

los últimos días

y otros cuentos



Adrián N. Escudero

Editorial AVE VIAJERA S.A.A. - Año 2018

Colección FICCIÓN CONJETURAL Y METAFÍSICA

ADRIÁN N. ESCUDERO



LOS ÚLTIMOS DÍAS
Y OTROS CUENTOS

(Colección Ficción Conjetural y Metafísica)

Marzo 2018

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

1ª Edición – 1977 (formato Gráfico – Editorial Colmegna S.A. – Santa Fe, Argentina).

2ª Edición – 2018 (Formato E-book – Ave Viajera Editores S.A.S. – Bogotá, Colombia) -
Texto actualizado de la versión original gráfica: 2015/2018

Diseño de tapa: *Rocío Carolina Escudero* (Santa Fe, Argentina)

Copyright by Adrián Néstor Escudero
<http://www.aveviajera.org/nacionesunidasdelasletras/id1022.html>
-E-mail: adrianesc@hotmail.com

E-book - Ave Viajera Editores S.A.S. Colombia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta publicación no podrá reproducirse total o parcialmente ni almacenarse en sistemas de reproducción, transmitirse en forma alguna, por ningún procedimiento mecánico, electrónico, fotocopia, grabación y otro cualquiera sin el permiso previo del Autor. Se autoriza su publicación y distribución digital E-Book a Librería y Editorial “Ave Viajera Editores S.A.S.” – Bogotá, Colombia.-

LOS ÚLTIMOS DÍAS

Y OTROS CUENTOS

ÍNDICE

**PRÓLOGO del Autor (“Los cuatro puntos cardinales)
RECUERDOS (“Palabras para un primer libro” – Edgardo A. Pesante)**

CUENTOS

- **DESPUÉS DE LOS OJOS**
- **SUCEDIÓ EN GRAY TOWN**
- **EL NIÑO VERDE**
- **MAMÁ Y GRIEGA**
- **LOS ÚLTIMOS DÍAS**
 - I - La Mujer
 - II - Los Días Rojos
 - III - Los Días Grises
 - IV - El Hombre
- **EL VIEJO DEL PARAGUAS BLANCO**
- **EL NIÑO DE CRISTAL**
- **CUANDO LLEGUEN LOS DUENDES**
- **NOSTALGIAS DEL FUTURO**
- **MARIONETAS CELESTIALES**
- **LA SALIDA (EN LA PRIMAVERA DE LAS TUMBAS)**

ANEXO - Citas y Notas referenciales

- **Breve Reseña Curricular**

La versión original del presente libro (1977) fue galardonada en 1978 con el Premio Bienal 1976/77 de la ASOCIACION SANTAFESINA DE ESCRITORES (A.S.D.E.) y el Segundo Premio del Concurso Provincial “ALCIDES GRECA” de la SUBSECRETARIA DE CULTURA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE; así como, en 1979, con el Primer Premio de la FUNDACION “ARTE Y CIENCIA” DE SANTA FE). La presente versión ebook fue revisada y/o ajustada por el Autor en el período Febrero-Marzo 2018.-

Porque nunca será suficiente agradecer, agradecer y agradecer...

... A mi **padres**, ángeles del cielo. A mi **esposa**, tierna compañera. A mis **hijos**, herencia esperanzada -en particular, a **Rocío**, filial y dulce lectora y poeta en flor de primavera-. A mis **nietos**, dueños del mañana. A mis **hermanos**, unidad en diversidad. A mis **familiares**, siembra de bondades...

... Y al **barrio** del nacer y a los otros del crecer, frontera y atalaya de esos sueños. Y al **mundo** y a las **estrellas**, donde deseo hacerlos realidad. Y a los maravillosos **libros** y **autores** que he leído y releído, y a la infinitud de ellos por leer y leer y leer... Ahora, a los sesenta y siete años, y desde **Santa Fe, mi País**: bajo el mandato de **Mateo Booz** y la perseverante tutela -desde lo Bajo y lo Alto- de **Jorge Alberto Hernández, Edgardo A. Pesante, Miguel A. Zanelli, Arturo Lomello, José Luis Vittori, Gastón Gori, Lermo Rafael Balbi, Hugo Mataloni, Antonio Camacho Gómez, María Hortensia Oliva, Graciela Maturo, Nelly Borroni Mc Donald, Nora Didier Iugman, Liana Friedrich, Osvaldo R. Valli, César Actis Brú** y **José Luis Pagés**. Y del incansable acompañar de todos los amigos y colegas -animoso consuelo- que conformaron y/ o integran actualmente, entre otras, la **Asociación Santafesina de Escritores (ASDE)**, la **Sociedad Argentina de Escritores (SADE-Filial Santa Fe)** y el **Instituto Argentino de Cultura Hispánica (IACH-Santa Fe)**...

Y muy especialmente al Poeta de la Paz y escritor emérito colombiano **Joseph Berolo Ramos**, Presidente de Naciones Unidas de las Letras-Semillas de Juventud Siglo XXI (UNILETRAS-SJ Siglo XXI - Chía/Bogotá, Colombia) y Editor Responsable de la **Editorial AVE VIAJERA S.A.S.**, amigo en las letras, maestro y hermano en la Fe y Humanidad, sin cuya incalculable generosidad este libro electrónico no se hubiera dado a luz...

“Definido su deseo de escribir, un Fitzgerald, un Caldwell, un Hersey, un Wriqth, un Philby, un Salinger, un Kerouac, ajustaron su actitud a la propia visión del mundo, (y) sintiendo la sustancialidad de la vida (...) develaron tantos aspectos de la realidad paradójicamente inmóvil y cambiante, o la trataron de tantas maneras como les fue posible, componiendo una de las literaturas más ricas en matices y angulaciones (...) (Pero) Al explorar otras dimensiones de lo posible o de lo improbable, al tentar configuraciones diferentes a las reflejas, al proponer valores diferentes a los consagrados por el sentido común y hasta por el buen sentido, Bierce, O’Henry, Lovecraft, Thurber, Bradbury, Clarke, Sturgeon, Stanley Hellín, Francis, fueron tan fieles a la verdad en sus personales modos de ver, de sentir y de narrar, como los realistas en los suyos; tan honestos y tan maestros como cualquiera (...)” – JOSÉ LUIS VITTORI (1928-2015). Escritor santafesino y miembro de la Academia Argentina de Letras ¹

¹ ANEXO: Citas y notas referenciales.

PRÓLOGO

Los cuatro puntos cardinales

Las presentes palabras introductorias tienen por objeto homenajear a los cuatro puntos cardinales, bastiones o hitos motivacionales que influyeron y me ayudaron indubitadamente a descubrir y principiar mi vocación innegociable por la literatura, y dentro de su complejo corpus, hacia la narrativa en general y el cuento en especial.

En tal sentido *–y dejando para el lector cuáles de ellos pudo haber sido mi norte, mi sur, mi este y mi oeste–*, recordar en **primer lugar** a mis padres: don José Manuel Agustín y doña Zulema Angélica González *–en particular, ella, mi madre lectora y docente de entre casa–* quien junto a mi memorable maestra de grado A. Rapella de la Escuela Primaria N° 471 “Juan Arzeno”, mis profesores de idioma de la Escuela de Comercio “Domingo Guzmán Silva” y, ya ingresado a la Universidad (1969-1975), mi joven esposa María Teresa Susana Helguero, supieron alentar, con carácter profético, mis deseos lectores y esbozos de principiante escritor de poemas amorios y narraciones quizá algo insensatas... Un deseo oculto entre otras apetencias más científicas y tecnológicas, las que, parcialmente satisfechas, nunca pudieron apagar la chispa vocacional que encendieran nuestros padres y alentaran nuestra esposa e hijos y nietos, conjurados todos bajo los fervorosos efluvios de la sangre del Verbo o Maná de la Palabra -como elixir de vida para la Vida-, o alimento imperecedero para el descubrimiento de la trascendente misión que encierra, bajo el celaje del talento, la agridulce peripecia de la condición humana...

En **segundo lugar**, y sobre aquellos sólidos cimientos familiares y docentes, honrar a la persona y obra de quien sostengo como a mi primer y por siempre admirado Maestro Literario por excelencia. Me refiero al genial escritor estadounidense **Ray Douglas R. Bradbury (1920-2012)**². De manos de don Gregorio Paredes, jefe contable de mi primer trabajo como perito mercantil, y asiduo lector de historias fantásticas, vino a mi alma ésa como otra alma gemela que, sin darme cuenta estaba buscando en el campo de las letras, y escondida bajo el título de un magistral libro de cuentos: “Crónicas Marcianas” ... Sí, y como lo sostendría en un reportaje³ que me

realizara la Universidad Católica de Santa (UCSF), respecto a mi labor escritural y mis

² Consultar https://es.wikipedia.org/wiki/Ray_Bradbury.

³ ANEXO – Citas y Notas referenciales.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

incurSIONES por la FICCIÓN CONJETURAL⁴ y el REALISMO MÁGICO⁵, y, “... fue exactamente después de leer “Crónicas Marcianas”, de Ray Douglas Bradbury, a mediados de 1974, y de haber intentado antes (1969) y casi infructuosamente, en completa soledad, narrar hasta una novela futurista (“Hacia el año 3.550”) (...), que descubrí: primero, al cuento y al relato como las formas literarias que podían llenar sustancialmente a mis expectativas literarias; y luego, concomitantemente a dichos géneros narrativos, a ese espacio inconmensurable que constituyen las “nostalgias del futuro” o, más bien (en forma amplia y satisfactoria), la “ficción especulativa (S. XIX-XX) o conjetural global (S.XXI)”⁶...

Esto es, elucubraciones argumentales cuyo estilo y trama iban “más allá de lo real”, aunque fundadas siempre en soportes históricos, actuales o futuros –audaces pero posibles: esto es, ni fantásticos ni mágicos, ya maravillosos o macabros-; soportes científicos, técnicos, psicosociales y/o espirituales⁷, y con un abanico de posibilidades⁸ que podían vencer las barreras de la mente y del espacio-tiempo inter e intragalácticos, bajo los alcances epistemológicos de cosmogonías ensayadas en modo de ucronías, distopías o utopías humanas, incluso desde la perspectiva metafísica (vgr.: el transhumanismo, el apocalipsis, y similares)... En ese orden “... la amplitud semiótica del mismo (término “ficción conjetural”) acabó de algún modo con las disquisiciones filosóficas y epistemológicas del referido concepto. Aunque huelga resaltar que muchos (escritores⁹ y lectores) sigan refiriéndose a todo lo que tenga que ver con ciencia y tecnología futuras (saltos y ascensores espaciales, robótica, nanotecnología, ingeniería bioecológica, comunicación instantánea, realidad virtual, etc.), hecatombes, mutaciones, alienígenas y mundos desconocidos, como “ciencia ficción” o “canción de cuna para técnicos”, al decir del filósofo argentino Pablo Capanna¹⁰...

... Y fue así como, mientras leía y releía aquellas “Crónicas...” y demás libros bradburianos a mi alcance, un aviso en el diario El Litoral me hizo captar el interés por un taller literario que funcionaba en nuestra ciudad, y de cuya existencia (año 1975) recién me percataba –tal mi “solitaritarismo” escritor de aquel entonces- y que viene a conformar el **tercer hito** a valorar, insoslayadamente, en estas palabras liminares: o como la otra cara de una moneda cuyo canto es el mismo escritor y su

obra-, el tercer punto cardinal amanecía frente a mi asombro jamás satisfecho de niño

⁴ ANEXO – Citas y Notas referenciales.

⁵ Ob.cit.

⁶ Ob. cit.

⁷ Ob.cit.

⁸ Ob.cit.

⁹ Ob.cit.

¹⁰ Ob.cit.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

grande, al encontrar en el **Taller Literario de la ASOCIACIÓN SANTAFESINA DE ESCRITORES (ASDE)** -vigente como tal desde 1965, y creado a diez años de la aparición de la pre aludida entidad cultural en octubre de 1955¹¹- y en las personas que lo integraban, la guía que necesitaba para comenzar a explotar el don que se me había concedido para el arte literario, no ya a las grandes distancias -casi míticas- de un escritor extranjero, sino muy próximas, situadas territorialmente y encarnadas en los talentosos e inolvidables escritores santafesinos -Viajeros Inesperados- que fueran: don **Edgardo A. Pesante**¹² (quien tuvo a bien prologar la primera osadía editora del autor -“Los Últimos Días”: fruto por completo y asimismo del trabajo realizado en aquella primera y única experiencia tallerística personalizada realizada entre 1975/1977- y que, a la postre y hasta la fecha, sería reemplazada por talleres virtuales e Internet mediante-), y su amigo, el erudito bibliotecólogo y poeta don **Miguel A. Zanelli**¹³ (quien tuvo a bien dirigirse a mí un día para darme a conocer ya no una crítica constructiva sino un espaldarazo definitivo a mi casi incipiente labor creativa en el taller, cuando al concluir la lectura -en aquella imborrable sesión- de mi trabajo “El pacto”, me dijo delante del grupo: “Adrián, amigo. Tienes el “don”. Tienes el “don”, Adrián...”; dejándome atónito y boquiabierto, y con el corazón bombeando como un millón de volcanes en erupción...). Experiencia formativa desarrollada entre fines de 1975 y mediados de 1977, y en la que no puedo dejar de memorar -entre otros¹⁴- a los inolvidables amigos e instructores de oficio, **Susana Valenti, José Luis Pagés, César Dávila y Tincho Actis**, cuyos conocimientos literarios se conjugaban amablemente con la cordial idoneidad de los propios Coordinadores principales.

Ahora pues: cabe preguntarse si la dicha osadía editora o “atrevimiento librero”, tuvo a quien lo sustentara en modo concreto para su eficaz materialización. Y como otro de los regalos de Dios que sindico en estos sucesivos puntos cardinales, cabe dar su justo e inescindible **cuarto lugar** a otra señera institución provinciana: me refiero a la famosa **Librería y Editorial “Colmegna S.A.”**¹⁵, fundada por don **Virginio Colmegna** (1863¹⁶-1937), pionero tipógrafo de profesión llegado de Italia y radicado en la ciudad de Santa Fe en 1887, fundador de la imprenta “La Elegancia” (1897) y de la Librería y Editorial “La Artística”. Emprendimiento sobre cuya base y, a su muerte, en 1937, se creara por sus hijos -entre 1940-1041- “**Colmegna S.R.L.**”, a la postre “**Colmegna S.A.**” (D. 1974). Editorial finalmente desaparecida a mediados del año

1997 y tras los inexorables avatares y circunstancias comerciales del mundo de los

¹¹ ANEXO – Citas y Notas referenciales.

¹² Ob.cit.

¹³ Ob.cit.

¹⁴ Ob.cit.

¹⁵ Ob.cit.

¹⁶ Ob.cit.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

negocios -en general- y del arte gráfico local -en particular- luego de una pujante tarea difusora; ello, de manos de su incansable gerente general, don **Néstor Lammertyn** (Esperanza-Argentina, 1915/Santa Fe-Argentina, 2004), fundador de la Sociedad de Industriales Gráficos de Santa Fe, consejero de la Cámara Argentina del Libro y responsable directo de su época de mayor esplendor e influencia en el interior del país (en particular, décadas de los '60 y '70) y de la publicación de la obra de autores argentinos a lo largo de más de 50 años, con alrededor de 800 libros en su haber, tantos de escritores santafesinos como de otras provincias argentinas e, incluso, del extranjero. Editorial que, junto a otra gran librería y editorial vernácula ("**Castellví S.A.**", iniciada en 1901 y cesaba años antes), presente hoy tan sólo en la memoria de algunas generaciones supérstites de vates y narradores santafesinos, y como un recuerdo doloroso que brota *-desde las hondas entrañas de un ethos cultural ciudadano-* consternado por su (s) inaudita (s) disolución (es) societaria (s)...

En fin, puntos cardinales que, a partir de aquél (éste), mi primer libro apadrinarían la irrenunciable tarea de trabajador de la palabra, y que, en la generosa progresiva valoración recogida de colegas, familiares y amigos en las letras, comenzaría a acostumbrarnos, no sin vergonzoso recato, a ser llamado nombrado con el carácter de "escritor". Don gratuito para el Mana de la Palabra que, desde lo Alto, echaba raíces en nuestra alma impávida frente a la inmensa majestad y magnetismo de lo Creado y su Misterio insondable, sublime y cautivador. Un Misterio que convidaba, con sus genialidades canalizadas hacia la imaginación creadora, a volvernos como a hijos de Su luz... Como a hijos de la Luz. Hijos del sueño del Supremo Todopoderoso (Uno y Trino), mientras aprendíamos *-primero como niños y jóvenes, y luego como adultos en la piel más siempre con el corazón de niños y de jóvenes-* a solazarnos junto a la infinitud de sus mundos y galaxias consteladas, preñadas de estrellas y de astros ignotos y lejanos; muy lejanos... Mundos y galaxias llenas de vida por develar o prefigurar en sus enigmas existenciales y espirituosos...

... Pero aquella osadía editora o atrevimiento librero primigenio, al que aludiéramos, no hubiera podido transformarse en auténtico "acto de reincidencia", sin la presencia novedosa y electrónica, y como centro de los invocados hitos referenciales de esta obra en su versión actual ("**Los Últimos Días (Y Otros Cuentos)**", de otro generoso y noble amigo y maestro literario y de vida... Me refiero, claro está, al Poeta de la Paz, **Joseph Berolo Ramos**, Fundador y Presidente de **Naciones Unidas de las Letras (UNILETRAS, 2011)**, actual **Naciones Unidas de las Letras-Semillas de Juventud Siglo XXI (UNILETRAS-SJ SIGLO XXI)**, con sedes en Chía Cundinamarca y Bogotá, Colombia, y gerenciador de uno de sus más preciados oikos culturales: la **Librería y Editorial "Ave Viajera Editores S.A.S."**, parnaso libertario y responsable de pájaros lanzados en vuelos

alborados, luminosos y/o crepusculares, pletórico de oníricos ideales enderezados al

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

horizonte redondo, perfecto, de un oficio escritural tan circular como desafiante y evolutivo.

Así, vuelta la vista atrás por un momento para unir historias y linajes, retomar entonces fuerzas y seguir aventurados sin prisa pero sin pausa por los cauces libertarios de la bondad, la belleza y la verdad...

Esto es, y como decíamos al comienzo de este prólogo, mantener viva *"... la chispa vocacional que encendieran nuestros padres y alentaran nuestra esposa e hijos y nietos, conjurados todos bajo los fervorosos efluvios de la sangre del Verbo o Maná de la Palabra -como elixir de vida para la Vida-, o alimento imperecedero para el descubrimiento de la trascendente misión que encierra, bajo el celaje del talento, la agri dulce peripecia de la condición humana"*, y del avatar cotidiano: nutrido, policromo y multiforme, con cerrojos y llaves ocultas a los sentidos que, una vez destrabadas, puede hacernos introducir en la maravillosa congruencia, como veíamos, entre lo real y lo conjetural, en una simbiosis sinérgica y cosmogónica semejante a la eternidad... ¹⁷

Al respecto y acerca del Autor de estos comentarios, el **Prof. Eugenio CASTELLI** (Rosario), fallecido hace pocos años, en su postrer **Libro "Un Siglo de Literatura Santafesina – Poetas y Narradores de la Provincia (1900-1995)"**, de **Ediciones Culturales Santafesinas, 1998**, al referirse a nuestra diversificada narrativa aunque inclinada preferentemente al cultivo de letras *"de proyección fantástica, pero en línea de la literatura de anticipación, con un trasfondo religioso"*, expresaba a colación de lo que hemos venido sosteniendo precedentemente que dicha expresión literaria de tono fantástico no era, *"... una literatura lúdica, sino un claro compromiso en torno a valores trascendentes del hombre de esta época. (Ya que) En una entrevista periodística, en 1980, señalaba que "Escudero" entendía su misión de escritor como 'simplemente la de ser testigo de su tiempo". Y remarcaba: "La ficción se apoya en la realidad. Si la realidad no me preocupara no escribiría, pero sucede que lo hago a través de otro lenguaje: el de los símbolos. Mi aspiración es que ese lenguaje vuelva a la realidad. De otro modo sí sería evasiva"*. Y da cuenta Castelli del alcance de dichas manifestaciones, escribiendo sobre este Autor: *"En el primer volumen, **LOS ÚLTIMOS DÍAS (1977)**¹⁸, se hace evidente la finalidad de reflejar la realidad a través de símbolos, mediante construcciones narrativas ubicadas en un futuro en que el mundo se transforma por los tremendos avances de la tecnología, con situaciones límites en que la máquina sustituye cada vez más a lo humano. El*

drama se traslada a la realidad existencial de los robots, carentes de los atributos

¹⁷ ANEXO – Citas y Notas referenciales.

¹⁸ Ob. cit.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
humanos de sentimiento y amor, o de las criaturas aplastadas por un mecanicismo que ahoga toda posibilidad de redención. Como un ejemplo de este tipo de narración, citemos un fragmento de uno de sus cuentos mejor logrados: “Los días grises”, en que se desnuda el drama de un personaje, Fermín, al descubrir su naturaleza robótica, y la imposibilidad que ello implica de vivir normalmente (...).

En fin... Y es a ese chisporroteo mental, sensorial, anímico y espiritual de duendecillos que no pueden dejar de soñar ni de narrar sus sueños, que los invito a unirse –sensorial y afectivamente- a las inofensivas aunque apocalípticas páginas de... **“LOS ÚLTIMOS DÍAS (Y Otros Cuentos)”**.

EL AUTOR
Santa Fe (Argentina) – Febrero/Marzo 2018

“Aunque la escritura que conforma la literatura fantástica se encuentra ya en los comienzos de la historia del hombre, con la mirada visionaria de quienes muestran imágenes de futuro, es sólo desde el avance irrefrenable de las ciencias -y de los mundos que éstas hace presuponer- que los literatos se aventuran en tiempos por venir, de manera sistemática, haciendo uso de innumerables símbolos que parten de un recorte de la realidad, con su correspondiente amplificación (...). La creación de mundos y de atmósferas insólitas y por lo tanto, atractivas para el lector, vigorizan el sentido de esta modalidad anunciativa. El hecho significa comprender que existe detrás de ella, una intensa relectura de la existencia toda, y un planteamiento de nuevos caminos en la búsqueda esencialmente metafísica, tratando de descifrar (o por lo menos, intentarlo), ese orbe desconocido e infinito que nos precede en el tiempo: los escondidos mundos venideros.(...)” - NORA DIDIER DE IUGMAN – Presentación libro DOCTOR DE MUNDOS (Adrián N. Escudero) – Club de Leones de Santa Fe, 2000.¹⁹

¹⁹ ANEXO –NOTA Y CITAS REFERENCIALES.-

RECUERDOS

Palabras para un primer libro

La mal llamada ciencia ficción –o ficción científica, que es lo mismo- arrastra como pecado de origen el provenir de la subliteratura o literatura de quiosco, de la tira o historieta. Pero la literatura de anticipación -su designación más exacta- ha alcanzado jerarquía insospechada y sus cultores serios se multiplican por la faz de la tierra. Es que la historia del mundo se acelera, los ciclos o edades se suceden con rapidez vertiginosa, de la Era Atómica pasamos a la Era Espacial, el hombre pone su planta en la Luna; el progreso científico y técnico se adelanta peligrosamente a la capacidad de adaptación del hombre.

Entonces, la verdadera literatura, la gran literatura, que es la conciencia de hombre y de su devenir, acusa el impacto y da sus respuestas. Entendámonos, no da soluciones, porque eso no es su cometido. Ofrece, sí, interpretaciones, advertencias, pronósticos y hasta llega a profetizar. Julio Verne a la distancia, aparece como un ingenuo fabulista. Y Ray Bradbury es quien más influye sobre los escritores jóvenes de los últimos años.

Adrián Escudero llegó al Taller Literario de la Asociación Santafesina de Escritores (ASDE) a mediados de 1975. Era un solitario de la literatura, como lo son todos los escritores jóvenes hasta que traban conocimiento con otros escritores, en especial con los de su propia generación, con quienes más cómodos habrán de sentirse. Había escrito bastante, con arrollador entusiasmo, pero le faltaba la opinión sincera, la crítica constructiva, el rigor de la gente de su oficio. Con todo, en este libro, en la sección que le da título, el lector encontrará cuatro cuentos que corresponden a la época previa a su contacto con el Taller. El resto del material es posterior. El escritor ya existía; el Taller no da talento, simplemente ayuda a su desarrollo.

Entre junio y diciembre de 1976, Adrián Escudero obtuvo la única mención en el certamen del Rotary Club de Santa Fe, el Premio “Mateo Booz” de la ASDE, el “Ciudad de Santa Fe” de la Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal y fue seleccionado para integrar el libro “Cuentistas Santafesinos” que (publicó) la

Subsecretaría de Cultura de la Provincia en su Fondo Editorial. También en ese

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
semestre apareció su primera colaboración en la página literaria del diario "El Litoral" (de Santa Fe-Argentina).

Nunca creí que fuera misión de los prólogos elogiar textos que el lector encontrará volviendo unas páginas –hasta puede resultar ofensivo, aparte de superfluo-, ni tampoco vaticinar. Pero Adrián Escudero es uno de esos hombres de buena estrella – como los quería Napoleón-. En el tiempo que lo conozco –apenas un año y medio- trabajó en su oficina, cumplió tareas en la Facultad, realizó su postergado servicio militar, fue padre de un segundo hijo y concurrió a las reuniones del Taller en la medida de sus posibilidades. Y tuvo tiempo para escribir las tres cuartas partes de este libro.

En el último cuento – "La salida", subtulado, "En la primavera de las tumbas"- aparece, como personaje episódico, Ray Brabury esbozando 'su obesa e invitante sonrisa'. Un homenaje al maestro. El comienzo es promisorio, hay buena estrella y capacidad de trabajo. El futuro se encargará de decir la última palabra. Y el lector, que tiene en sus manos estas interpretaciones, estas advertencias, estos pronósticos surgidos de la inquietud, la imaginación y el arte narrativo de Adrián Escudero.-

Edgardo A. Pesante – Santa Fe, enero de 1977

“No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio donde escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o cómo aletean los insectos, pero quizá también esto debe ser porque soy un salvaje que no comprende nada. El ruido sólo parece insultar nuestros oídos. Y después de todo, ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar el grito solitario del chotacabras ni las discusiones nocturnas de las ranas al borde un estanque...? Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Esto sabemos. Todo va enlazado, como la sangre que une a una familia. Todo lo que le ocurra a la tierra, le ocurrirá a los hijos de la tierra” - Gran Jefe Seathle, al Gran Jefe Blanco de Washington (1854).

DESPUÉS DE LOS OJOS²⁰

A los que **escriben**... Porque, según Virgilio, "cada uno va detrás del deseo que lo arrastra".

Especialmente al colega periodista **Cristóbal Reinoso** (Diario "Clarín" - Buenos Aires, Argentina), por su nostálgico artículo "El papel testigo de la memoria", redactado in memoriam de **Alberto Spinetta** y su poema canción "Muchacha ojos de papel)...

Y muy en particular al colombiano **Poeta de la Paz, Joseph Berolo Ramos (UNILETRAS-SJ SIGLO XXI-AVE VIAJERA S.A.S.)** y su hermoso soneto "Luz en el Bosque", y a la consagrada escritora rafaélina **Prof. Lic. Liana Friedrich** Coordinadora Distrito 02-Asociación Internacional Clubes de Leones, Argentina) y prologuista de mi libro "El Emperador ha muerto (Y otros cuentos)": con eterno agradecimiento y reverencial afecto admirativo...

Uno - Mientras las cabañas esperaban el amanecer, alguien, que había dejado una lámpara encendida, despertaba bruscamente...

Don Esteban Fuentes movió la cabeza con parsimonia, deslizó una mirada de satisfacción hacia los prístinos albores que se filtraban por la ventana, y reclinó sus espaldas contra el apoyo de su atávico sillón. Mas el gozo que experimentaba no partía, indudablemente, de la cómoda postura que lo llevara a estirar las

²⁰ Santa Fe (Argentina), 1976. Texto ajustado el 31-12-2005. Su versión original del 21-04-1976, integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS" (Ediciones Colmegna S.A. - Santa Fe, Argentina - 1977), págs.15/18.

Publicado el 01-01-2006 en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante - España** - Director: Denis Roland. Jurado.

PRIMER PREMIO (Período 2017-2018 - Género Cuento) - CONCURSO LITERARIO GOBERNACIÓN DISTRITO 02 - ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE CLUBES DE LEONES (ARGENTINA)²⁰ - Distrito 02: Integrado por las Provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones. Gobernador: JOSÉ CARLOS ODASSO - Moreno 637 - 3560 RECONQUISTA (Santa Fe) - 03482-420636 - Gobernador@leoneso2.com - joseodasso@hotmail.com - Auspiciado por **ESCRITORES RAFAELINOS AGRUPADOS (E.R.A.)**, Rafaela (Provincia de Santa Fe, Argentina). Acta del Jurado: 26 Enero 2018. Comunicación Presidente Jurado: 01 Marzo 2018. Notificación Oficial: 05 Marzo 2018 (San Adrián, mártir - Cesarea de Palestina - Año 318).

Publicado el 05-03-2018 en el **Foro "PARNASSUS, PATRIA DE ARTISTAS (Patria simbólica de escritores y artistas internacionales)"** - Galardonado como **Prosa Felicitada** por la Administración del Foro (Elias Antonio Almada y Trina Mercedes Leè de Hidalgo) y como **Prosa Destacada** por la Administración del Foro (Angélica Davinna Blom) y la Dirección del Foro (Buenos Aires, Argentina). Directora Fundadora: Prof. Marisa Aragón Willner.-

piernas por debajo del vetusto pero noble escritorio de roble con ocho cajones, todavía cubierto por esa sábana tenue y grisácea –cual barba de olvido- y a volcar en él sus puños –enormes, endurecidos y encallecidos por el esfuerzo- más allá en el sur, en el campo de las simientes...

No, porque todo el sudor y la firmeza de su rostro duro y contagiado de sol, se había concentrado también, al igual que aquel súbito, gigantesco y maravilloso bienestar, en sus ojos...

Dos - *Y los ojos de don Esteban eran verdes y profundos. Y sonreían como unos cincuenta años atrás...*

Los ojos de don Esteban tenían el brillo de los dioses profanos que encienden su cuerpo ante la majestad del placer.

Y no se movían.

Simplemente, miraban... Sin soñar. Porque aquello que veía frente a sí no era un sueño. Podía tocarse, olerse...

Pero don Esteban detenía la idea tercera. Era esa sensación que debía recorrer cada gramo de su, ahora, basto cuerpo. Cada poro de su ser debía respirarla. Esconderla en miles de burbujas espirituales, canalizarla hasta el cerebro, y luego retocarla, madurarla... Y entonces sí, frente al mágico instrumento...

Aunque no fuera tiempo de gritarla. Debía quedarse un poco más adentro. Curando las mil muertes que acomodara en el estómago, en el hígado o en los riñones cuando ya el corazón estuvo repleto de frustraciones.

Era fantástico mirar aquella cosa e imaginar todo lo que podría hacer con ella. Estaba ahí. Nadie podría arrancársela. Así que tendría todo el tiempo que quisiera robarse en una espera distinta a la que había experimentado durante esos años...

Era hermoso también verse abandonado en mil mundos y en mil vidas propias y ajenas, inventando gentes y ciudades. Más ni siquiera quería ponerse a meditar sobre esto. Quería, sí, degustar antes aquella almibarada nebulosa de colores, entornos, contornos y aromas, que empezaba de a poco a hormiguitar en su sangre y a crepitar en sus huesos.

Ya no se sentía viejo. Y eso era importante.

Empezaba a nacer.

Tres - *Creo que ni el hecho de soplar la nariz para espantar el resfrío de aquel aire níveo, pudo desubicarlo un instante siquiera.*

Don Esteban seguía con la vista fija en aquella cosa blanca e inerte, mezclado con los fantasmas y rumores que escondía...

Pronto el sol avivaría aún más su conciencia ardiente. Mientras tanto, encerrada en la pequeña habitación marrón, casi desprovista de muebles y adornos, y acogida por la soñadora luz de la lámpara vieja del viejo pero noble escritorio, viviría la eternidad.

Por su parte, los pequeños árboles seguirían recreando retoños de coníferas. Despacio, sin prisa... Con esa seguridad que daban las voluntariosas manos de los hombres del campo de las semillas.

Y los ojos del mundo acabaron por volcarse hacia el secreto lugar. El lugar de La Fábrica, del minúsculo Reino de la Celulosa, lejos de las ciudades protegidas como almejas u ostras por aquellas campanas de vidrio *antismog*.

Eran ojos cansados de mirar desiertos y bocas ceñidas de polvo, cemento y carburantes. Ojos cansados de no ser usados. Olvidados del color de las hojas del verano. Del color de las hojas del otoño. Del mórbido invierno. De la ansiada primavera.

Porque los gigantes de aluminio no fomentan perfumes, ni tonalidades, ni pétalos como las flores. Apenas apantallan, con sus ventiletes electrónicos y sus equipos refrigerantes o calóricos, según el caso, el negado oxígeno eructado por las especies sobrevivientes al...

... Pero había que olvidar todo eso. Olvidar lo pasado. Lo horrible del ayer debía enterrarse -como a un millón de ojos sin suerte- en lo grandioso del presente y en la esperanza del porvenir. La vida era más que un simple acto de respiración.

Y todos los comienzos son difíciles, recordó don Esteban. Éste también lo era. Pero dejaría de serlo. Aquella recortada, pulida, tersa y alba hoja de papel lo anunciaba...

Y don Esteban seguiría con su mirada absorta hasta que el amanecer la enrojeciera de sueño y felicidad... Pero cerca de sus nuevos árboles. De sus fibras largas y gomosas. De esa pulpa madre misericordiosa y providente que moriría con *libertad*, con *alegría*, para que los hombres volvieran, como antaño y después de los ojos, a escribir...

SUCEDIÓ EN GRAY TOWN²¹

*A la Asociación Santafesina de Escritores (ASDE),
madre y maestra de mi vocación literaria, con eterno
agradecimiento...*

*Y a las Prof. Hesperia Mary Merlo y María
Hortensia Oliva, quienes junto al escritor Antonio Camacho
Gómez, concedieron a este cuento el Premio Mateo Booz
1976-ASDE...*

Uno

Cuando Mr. Clapton miró afuera desde la ventana de su casa en Gray Town, la lluvia desgranaba los objetos comunes que solía encontrar deambulando sus calles. Autos, vecinos, empalizadas, cobradores y moscas, eran un difuso mundo que tornaba a aclararse cuando la fuerza del vendaval dejaba por momentos de arreciar.

Aún así, ni el huracán más violento, ni la escarcha más helada, ni el granizo más persistente, habrían de detenerlo.

Estaba dispuesto a cumplir consigo mismo, y, el hecho de que la naturaleza compitiera con él o ahogara su ánimo con malos presagios, sólo aumentaba la fuerza de su rebeldía. Y la intensidad de sus pensamientos pudo apreciarse en la velocidad con que saltó de su cama, se vistió, desayunó y abandonó – íntegramente encapotado- su ajustado departamento de soltero.

Ni siquiera, en su vehemencia, había notado el familiar zumbido que escapaba

sisiente de la consola de su aparato postal y que, en rojo, titilaba sus luces en las

²¹ Santa Fe (Argentina), 1976 - Texto ajustado al 24-06-2004. Su versión original del 05-01-1976, integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS" (Ediciones Colmegna S.A. – Santa Fe, Argentina – 1977), págs. 47/52.

Primer Premio Concurso Literario para Escritores Jóvenes "Mateo Booz" - Año 1976 – Asociación Santafesina de Escritores (ASDE) – Santa (Argentina).

Publicado el 31-12-2005 en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)** – Director: Denis Roland Jurado.

Publicado el 14-10-2017 en el Blog virtual de la **ASOCIACION LATINOAMERICANA DE POETAS, ESCRITORES Y ARTISTAS (ASO.LA.PO)** – Filial Argentina (Buenos Aires) – Presidente y Director de Organización Internacional: Norberto Pannone.-

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
tinieblas...

Mr. Clapton caminaba a paso apresurado. De vez en cuando miraba hacia arriba pero el puente no aparecía. Enfundado en aquella capa gris, sólo el pelaje de los bigotes lograba emerger de entre la oscuridad cavernosa de unos ojos furtivos y escudriñantes.

Mr. Clapton no estaba loco.

Sin embargo...

Dos

El pueblo había crecido. Sin lugar a dudas, en veinte años se había puesto a la altura del progreso alcanzado por las grandes ciudades. En realidad, no había sitio alguno con el que uno no pudiera comunicarse desde él y toda esa importancia material había trastrocado la conducta de sus gentes.

Los corazones, forrados con la alegría del oro, se endurecieron pero con gozo. Nadie podía decir en Gray Town que no era feliz, excepto Mr. Clapton y algunos otros que siempre habían mirado con recelo a aquellas ostentaciones del consumo. Por ende, su corazón no estaba endurecido por el oro, pero tampoco podía decirse que hubiera encontrado algún material –o inmaterial- elemento con qué forrarse para ser feliz.

Mr. Clapton en ningún momento había abandonado su carácter hosco, retorcido y hasta delirante. Incluso, hasta se había propuesto organizar un Club donde sus socios sólo vivieran de la caza y de la pesca, anduvieran todo el día semidesnudos –como si fueran libres-, sin mirar video ni escuchar radio. Una vez, hace cuarenta años casi, había sabido de la existencia de un singular personaje: *Robinson Crusoe*. Y desde dicha ocasión, su vida había sido un continuo peregrinar por el bajel del tiempo, tratando de naufragar con éxito en algún sitio paradisíaco donde sentirse hombre, lejos de sus tontos vecinos, de sus alienados guardias civiles, de sus calles con limpieza electromagnética, de sus casas con frentes intercambiables, de sus troles, automóviles y, sobre todas las cosas, de aquella bendita máquina acechante y lógica que todo lo sabía o adivinaba...

Tres

Mr. Clapton pagaba sus cuentas, compraba su ropa, hacía su comida y visitaba a los que eran como él: meditabundos y ermitaños. Es decir, Mr. Clapton era un excéntrico; pero si bueno o malo, ¿quién lo juzgaría?

Por supuesto, era muy raro verle obedecer alguna orden picoteada por la máquina postal, una especie de simple marioneta conectada al sistema de programación inglés. De todos modos, nadie podría aseverar que, en aquella

época, existiera si se quiere, una pizca de “incomunicación”.

Mas esa tarde, Mr. Clapton no tuvo más remedio que enterarse de un nuevo fruto del progreso. Entonces, la piel se le erizó de terror -en principio- y de odio – después-.

Mil veces maldijo el instante en que pasara por delante de aquel tonto vecino. Mil veces el momento en que le saludara –pues nunca lo había hecho-. Y mil veces más haberse detenido a escucharlo...

Mr. Clapton *sabía* ahora la fecha de su muerte.

Él se lo había comentado. Le había aclarado que se trataba del último descubrimiento. Que el Ordenador Mayor lo había logrado. Que los científicos estaban entre eufóricos por el éxito y melancólicos por sus posibles consecuencias. Que todo ese tiempo en que había venido preparándose a la gente para un acontecimiento similar, podía haber resultado escaso para borrar al miedo de la lista de prejuicios ancestrales de los hombres. Que, de todos modos, el asunto era inevitable y que, el hecho de conocerlo, podía tener sus ventajas desde muchos puntos de vista. Que, al fin y al cabo, hacía tiempo que los hombres deberían haberse acostumbrados a ser dioses y no ídolos. Que había llegado la hora de programar en función de esto una nueva sociedad. Que...

Mr. Clapton ya no estaba.

Con los puños crispados se había ido maldiciendo a los que malgastaban su tiempo buscando cosas que acortaran o ensuciaran el de los demás...

Sin embargo, no estaba loco.

Cuando esa tarde penetró en su apretado cubículo derribando a puntapiés muebles y artefactos, destrozando vajillas e implementos, y mirando con odio asesino a una máquina tan gris como él que también lo miraba, pero con una especie de lástima en el discontinuo palpitar azul de su señal del “todo okey”, uno podría haber pensado –sin temor a equivocarse- que un incendio sería declarado en *Gray Town*...

Pero Mr. Clapton, de pronto inmóvil, con una suerte de maza tremenda blandida y amenazante sobre la indefensa criatura electrónica, dudaba en asestar el golpe mortal. “*Un error de estos podría costarme la cárcel*”, meditó. Y las cárceles eran sin duda más oscuras que toda la particular visión del mundo que lo destruía día a día...

Cuatro

El puente estaba ahora a la vista.

Era majestuoso.

No obstante, se negó a reconocer la habilidad del millón de arañas que, con gran paciencia, lo habían tejido...

El puente estaba levantado y los buques entraban al puerto, y, la niebla,

esfumada con la noche, ocultaba sus vapores clandestinos en los acezantes

muelles, mientras una gélida llovizna arrancaba a pálidas narices los primeros estornudos de resfrío.

Mr. Clapton sabía que, aquel puente, era una hermosa y pequeña réplica que él mismo, en su juventud, había ayudado orgulloso a construir tomando como referencia al magnífico ejemplar tendido en Londres sobre el Támesis. Pero la hiel que llevaba acumulada en la suela de sus botas, no permitió a su ego contagiar la tierra con un sesgo de alegría...

Si debía morir, lo haría como siempre había sido: circunspecto, idealista y empleado.

Las aguas plomizas lo recibirían con su danza macabra y turbulenta porque, las nubes, movedizas y chispeantes, asentadas en tenues reflejos, transformaban al río en un tenebroso tembladeral donde el barro y el musgo esperaban hambrientos alguna ofrenda...

Mr. Clapton se turbó.

“Aquello” era, en verdad, muy difícil.

Pensó, entonces, por un momento (por eso creí que no estaba loco) en que, si moría, lo que había venido combatido lograría sobre él su mayor victoria. Despacio, sin prisa, le había ido avejentando. Le había ido nublando los cabellos y el alma hasta volverlos mustios como la niebla de su pueblo. Le había ido rodeando de enemigos y, ahora, ¡la estocada final! Ni siquiera esperaría a que su hora llegara por el carril más cómodo o lento de su infancia. No, Mr. Clapton se *autoeliminaría*, y los diarios, el video y la radio, todos cantarían con sus voces, sus letras, sus dibujos y su malgastada verborragia, la victoria sobre el infiel...

Pero Mr. Clapton (en cierto modo esto también, aunque resultara contradictorio, me probó que no estaba loco) perseguía un gran triunfo. Un triunfo que la arrogante sociedad no percibiría sino demasiado tarde. Y “aquello” era demostrar a todos, simplemente, que no sería un 20 de marzo del año venidero el día de su muerte (como lo había asegurado la máquina infalible), sino *este* día: un 25 de diciembre de 2100... Demostrarle pues, a todos, que uno podía ser libre hasta de elegir cuándo volver al polvo... Demostrarles que, Navidad, era un buen tiempo para morir.

Cinco

Por eso me negué a creerlo cuando lo supe.

Por eso me golpeé las sienes y se estremeció mi alma en aquel mediodía escabroso.

Mr. Clapton, que no estaba loco y que era mi mejor amigo, había olvidado su cita en ese día. Pero yo no.

Y pasé a buscarlo.

Y allí estaban los vecinos apretujados contra la puerta de su vivienda

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

unimodular, parlotando y haciendo gestos. Gritando que llamaran a un técnico pues la máquina postal estaba humeando de tanto titilar en rojo sin ser detenida.

Y entre esa marea susurrante y agorera hube de abrirme paso, observar el espectáculo de centelleantes látigos azules que castigaban las paredes y comenzaban a teñir de amaranto las cortinas y muebles de la casa, hasta arrancar una faja de papel blanco impresa que emergía, asustada, de la boca de la consola, y que anunciaba, con claridad: "ESTIMADO MR. CLAPTON H. SMITH: RECTIFICAMOS FECHA DE SU MUERTE. ÉSTA SE PRODUCIRÁ EN EL DÍA DE HOY, A LAS 11HS. 30', 16". CON PESAR SALUDA A UD., SU COMPUTADORA PERSONAL".

El fuego envolvió la casa, y ni siquiera la lluvia pudo impedir que su color, celeste y amarillo, se tiznara de fantasmas crujientes y dolorosos en los últimos bloques de piedra renegrida, que terminaron de sepultar para siempre entre sus brumas, la existencia de un amigo...

EL NIÑO VERDE²²

A *María del Carmen Villaverde*, hacedora de sueños...

Las aguas blancas de la luna corren densas por la colina ensombrecida. Ríos de estrellas serpentean por ella su descenso, en tanto el niño corre. Un niño verde (como todos), de cara y de pies verdes, de cuerpo verde escondido en la túnica leve que lo envuelve sin color.

El niño no es el río, pero corre y serpentea como las aguas de la luna y el torrente de estrellas que sacude el valle casi desierto. El roquedal se eriza por el eco destemplado del niño de diamante que jadea y gime por su madre. La noche se angosta en cada sendero y la atmósfera se espesa en cada hueco agazapado.

El pastorcito tiene miedo de esa noche especial. De nada vale la larga (a pesar de su edad) experiencia acumulada en las quebradas de su tierra.

Los duendes del fogón han llegado. Rayando el cielo negro con humo de espanto y bocarrón de fuego.

Gimen las ovejas de tres patas abandonadas al embrujo.

No habrá bufandas el próximo invierno.

Una bandera y un cohete se plantan y arrellanan por fin tras las piedras herrumbradas, como simientes de espera. Comienza el ciclo irreversible de lo incierto.

Después de consolar a su hijo, *Mauanna*, muerde su cola en gesto penitente, mientras piensa que, éste, ha dejado de ser el mejor de los mundos...

²² Santa Fe (Argentina), 1981. Texto ajustado: 24-06-2004.

Su versión original integró la primera edición gráfica del **Libro "Breve Sinfonía y otros cuentos"** – Colección de **Realismo Mágico** (Ediciones Colmegna S.A. – Santa Fe, Argentina), Marzo de 1990, págs. 21/22.

Publicado en "**La Gaceta Literaria de Santa Fe (Argentina)**", N° 01 – Junio 1981.

Publicado el 18-02-2007 en el **Magazín Virtual LA LUPE.COM – LITERATURAS VANGUARDISTAS** (Círculo Internacional de Literatura Vanguardista y postmoderna – 2da. Etapa).

Publicado el 24-02-2007 en el **Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO** (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España - Director: Denis Roland Jurado.-

MAMÁ YGRIEGA²³

A Susana Gianello de Olivera, quien disfrutó como nadie este relato. Y muy especialmente a Isaac Asimov, el Señor de los Robots, y a Leopoldo Marechal, y su "Poema de Robot". In memoriam.

El Señor Equis ahuyentó el frío de julio acondicionando su cuerpo con cuatro puntos más de calefacción central. Tenía ya unos setenta años y estaba solo en el cuarto. La medicina moderna le había solucionado algunos achaques, al margen – hay que reconocerlo- de que su permanente actividad deportiva lo mantenía en buen estado.

Su madre andaría aún por allí, en la cocina y sus quehaceres, después de la cena. Claro que, aunque mamá Ygriega era muy cuidadosa, de vez en cuando podía observarse algún recipiente de aceite lubricante mezclado con latas de arvejas...

Pero yo se había acostumbrado –o creyó hacerlo- a esa extraña convivencia. El trabajo esperaba por la mañana, mientras que, por la tarde o, al otro día, bien temprano, compraría flores y visitaría a sus recuerdos del pasado. Los guantes, el abrigo y la gruesa bufanda que ella le tejiera, habrían de protegerlo. Aunque esa noche hubiera deseado no estar solo. La vida de soltero llega a cansarlo a uno, sobre todo si no se tienen amigos en quién confiar.

Sentía un poco de angustia. Hacía mucho que las viejas remembranzas no llegaban hasta él como lazos invisibles y crueles para anudar su garganta. Por eso, si bien lo deseó, no pudo dejar de rendirse al cansancio y a la idea de que, ni siquiera, podría optar por el próximo sueño o la siguiente pesadilla...

²³ Santa Fe (Argentina), 1976 - Texto ajustado al 31-07-2004. Su versión original del 19-09-1976, integró la primera edición del Libro **"LOS ÚLTIMOS DÍAS"**, ob. cit., págs. 53/68.

Publicado el 10-09-2005 en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)** – Director: Denis Roland Jurado.

Publicado el 07-11-2014 en el **Foro "PARNASSUS, PATRIA DE ARTISTAS (Patria simbólica de escritores y artistas internacionales)"** - Galardonado por el Foro como **"Prosa Destacada"** (Buenos Aires, Argentina). Directora: Marisa Aragón Willner.

Publicado el 12-01-2017 en **REVISTA LUNASOL (USA/España)** – Sección: CUENTOS Y RELATOS – Directora Editorial: Eunat Goicoetxea (Alicante, España).-

Había una vez una gran ciudad...

Una ciudad con enormes alfileres dirigidos al cielo como cohetes grises y brillantes prontos a desgarrarlo. Con autos voladores, rutas atmosféricas y telarañas metálicas de comunicación. Una ciudad en la que los hombres habían desaparecido tras los muros plastificados de las oficinas electrónicas y debían esperar largo tiempo en filas de paciencia para visitar sus reducidos y escasos parques, respirar el aroma de sus flores antiguas, aclimatar sus oídos al bullicio de los pájaros y admirar -con un brillo dulce en los ojos- el corralito de sueños que, los niños, fabricaban al jugar en ellos.

Una ciudad en la que sólo un barrio había logrado escapar de sus terribles arquitectos y conservarse como tal. Con sus casitas bajas y blancas, con sus balcones discretos y altillos misteriosos, sus tejas rojas, techos a dos y a cuatro aguas, puertas de cedro labrado y picaportes de bronce dorado. Casitas con buzones cuadrados y gordos, timbres musicales, jardines delanteros y un pino para la Navidad...

Y, en ese barrio extraño -para los demás hombres- donde los niños jugaban todavía fabricando cometas, tiznando paredes y brincando rayuelas; contando películas, asustando vecinos y persiguiendo gatos por las azoteas, había uno llamado Equis que, en una Noche llamada de Reyes, estaba feliz, esperando...

El pequeño Equis, estrenando sus nueve años, bajó de prisa la estrecha escalinata del altillo donde trabajara con especial ahínco. Y, recordando a uno de sus cuentos favoritos -*el del niño que odiaba a la noche*- pensó que, ésta, tampoco debía existir para él; por lo que, al igual que "su igual", encendió una a una las lámparas del pórtico, de la escalinata, del guardarropa, de las habitaciones, de la escalera, y, más tarde, hasta las lámparas del garaje.

Pero el pequeño Equis no odiaba a la noche; la amaba. Había muchas cosas que hacer en ella. Ocurría, pues, que siendo ésta una Noche Grande, difícilmente apareciera para hablar con él y convencerlo de algo que ya sentía, la legendaria Niñita que Alumbraba la Noche... Entonces, emulando a algunos de sus héroes precoces, montó de un salto el pasamanos de la perpleja montaña de madera, y se precipitó zumbando y lleno de gozo hasta la planta baja donde esperaba abuela Tita...

Con una mano en la boca, la otra en gesto paralizado y el corazón sobrecogido por el susto, la espantada anciana sólo atinó a proferir un ahogado grito de disgusto. El jovencito, sonriente, restando importancia a su acto de arrojarse, dio un brinco, alcanzó los cercos de la ceñuda frente y estampó con ternura, el más ruidoso beso que recibiera abuela alguna...

Estaba feliz.

La alegría gorgoreaba en sus talones, trepaba por los pliegues de su gastado vaquero, se perdía en los laberintos cuadrículados de su camisa escocesa, y se

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

volvía ¡hurras! y risas en la diminuta boca de una redonda y castaña cabecita con flecos de luz...

El sol de las siete de la tarde despedía aún la claridad de su acostumbrada agonía, y esa noche volverían papá Zeta y mamá... Ygriega.

Mamá Ygriega... Sana. Hermosa. Como antes... Así lo había asegurado abuela Tita. Y el pequeño crío, que la amaba tanto como a sus padres, confiaba en ella.

Pero la venerable vieja no cesaría tan pronto en sus reproches. Casi de inmediato, la queja sobre por qué había bajado de ese modo las escaleras y encendido todas, sin excepción, las luces de la casa, se hizo escuchar. Mas el niño, incentivado por la anhelada espera, respondería a viva voz que todo había significado la alegría enorme con que su alma festejaba el retorno a casa de mamá y papá. Así que, abuela Tita, como buena abuela, enternecida por la franca respuesta de su nieto de nueve años, le acarició la frente, agitó el perfume de sus cabellos finos y tiró, suavemente, de su sonrojada nariz... ¡Y hasta le pareció verlo más hermoso, inteligente y obediente que nunca!

Con certeza había mucho de verdad en esto, porque el pequeño Equis era un niño hermoso, inteligente y... casi obediente. Y había aprendido a amar mucho a los que rodeaban su vida; había aprendido a escucharlos y a comprenderlos. Porque, a veces, que uno saltara a las doce de la noche desde la ventana de su cuarto hasta el árbol más próximo y, acunado en sus brazos, se fuera por el jardín plagado de luciérnagas, sapos y grillos a perseguir duendes negros y blancos (*sobre todo blancos, porque eran los más tentadores y juguetones: los duendes blancos bajaban todas las noches por la alfombra brillante que cuelga de la luna y se prenden de las copas de los cipreses aledaños derramándose como leche por sus dedos frágiles, hasta alcanzar el suelo donde desaparecen confundidos con la cola de la alfombra; en cambio, los negros, sólo saben jugar a las escondidas, se ocultan en la oscuridad y es muy difícil poder hallarlos*), eran cosas que sus parientes no entendían mucho...

Más había aprendido también a tenerles paciencia. Y hasta les había perdonado el hecho de no poder contar con un hermano como el resto de sus amigos. Sí, era un buen chico. Y sonreía siempre; con su mueca de pícaro tan particular sonreía y asentía cuando papá Zeta ordenaba sus zapatos negros y los lustraba hasta convertirlos en cristales de charol; o cuando ensayaba nudos de corbatas frente a los espejos, o procedimientos de rasuración tras una oculta barba de crema de afeitar –por si él no estaba el día en que despertara y viera que sus pantalones, camisas, medias y mocasines, colgados en los roperos o guardados en los cofres, de golpe, habían crecido-...

Un poco más serio atendía los ejemplos de mamá Ygriega: sus consejos sobre la calle, los juegos y los demás niños; el estudio, el aseo, el cabello recortado, la comida a punto y la ropa bien planchada...

Pero cuando hablaba abuela Tita, la lógica desaparecía. Transformado en mágico arlequín de lo tragicómico, ensayaba toda clase de gestos frente a la mirada complaciente –resignada- de la singular anciana.

El pequeño Equis puso un dedo sobre su frente, y su actitud pensativa se convirtió en un giro inesperado que, en forma de trompo, recorrió la cocina, el patio y el galpón de la casa, desenrollando metro a metro los hilos de su imaginación y arremetiendo contra todo lo que osara cruzarse en su camino.

Después, el jadeo jubiloso, los dedos sucios de tierra y los brazos cubiertos de palos y hierba silvestre, mostrarían al trompo detenido en su marcha, con su derroche de energías marcado en el piso, y la eterna sonrisa del que espera algo que vendrá seguro...

Así, de pie, en el centro de la sala, y dando las espaldas a su abuela, se preparó –atento los oídos- a escuchar, en ese día, una nueva reprimenda.

Sin embargo, la enigmática nona supo confundirlo al cuestionar sus actos con pronunciada ironía:

--- ¿Y ahora, qué harás con *todo* eso? ¿Acaso no habías “concluido” la tarea?

La voz susurraba el espacio, viboreaba la piel del acusado y fabricaba cosquillas en los cuencos de sus orejas encendidas...

El pequeño alzó los hombros, mordió sus labios, respiró hondo, y, al fin, contestó:

--- Vuelvo al cuarto. Había olvidado cuánto comen. No he colocado demasiado pasto en los potes. Y agua. Sí, pondré más agua. Puede que deseen quedarse por aquí una horas antes de seguir. Además, si han de traer a papá y mamá, estarán agotados. Es mucho peso para ellos.

--- Claro... -asintió la abuela sorprendida en contraataque-. Pero te olvidas de los Reyes. No sólo los camellos tendrán que comer y descansar. Los Reyes también querrán hacerlo. Así que, si no apuras el paso, no podré terminar de preparar la mesa ni de hacer los bocaditos ni la tarta de manzanas. Tienes que ayudarme a colocar el mantel, los cubiertos y los vasos. Y, mientras borro las huellas de tus travesuras, irás hasta la esquina, golpearás la puerta de la señorita Hache y pedirás cubitos de hielo. Desde ayer que no funciona la bendita heladera y el vino caliente no resultará bueno para papá.

Más sereno ya, el pequeño Equis dio la razón a su abuela y subió las escaleras, silbando y meneando la cintura al compás de su canción predilecta. El Puente de Aviñón lo llevaría hasta la habitación. Y no tardaría mucho. Ya vería abuela. Estaría listo en un segundo y podría ayudarla. Todo saldría perfecto. Por eso, debía poner más atención en *ellos*...

Ellos vendrían hasta su ventana oscura y sedienta de ofrendas con trajes luminosos, bordados en oro y perfumados con miel; vendrían montados sobre las

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

jorobas marrones de simpáticos bichos de arena. Bichos pomposos y mansos, con lenguas largas y pastosas, ojos gigantescos y melancólicos, piel sedosa y con estelas rubias de sol...

Abuela le había preguntado en esa tibia tarde, cuál era su mayor deseo, qué les había pedido. Y éste, con los párpados vibrantes, las manos entrelazadas y la sonrisa engomada por los resabios de un dulce de chocolate, le había respondido, con sencillez, "... que mis papis vuelvan pronto a casa"...

Entonces, sin poder evitarlo, un suspiro profundo avejentó aún más el silencioso andar de abuela Tita. El temor a lo inevitable ensombrecía los colores de su doloroso secreto. Difícil era la tarea encomendada, pero era preciso celarla hasta que el bronce del tiempo revistiera de temple a aquella dulce inocencia...

Mientras tanto, el pequeño Equis esperaba. Papá Zeta y mamá Ygriega *debían* estar con él esa noche. Una noche Grande y Buena. Como la de días atrás. La Noche de Navidad...

Aunque doliera recordarla.

Ese día, mamá Ygriega había estado de nuevo enferma, por lo que, abandonando juguetes y premios, se había recostado sobre su pecho para acariciarla invocando sosiego. Pero su alegría, mutilada por la angustia, no fue más que una lluvia azul corriendo lastimera las vertientes de la impotencia. No había logrado, de tal modo, aunque fuera Navidad, sentirse feliz. Como el Niño Feliz. Claro, de haber sabido que ella podía enfermarse así, seguro le habría pedido al Niño Bueno y a Los Reyes Magos por mamá Ygriega, por su delicada salud... Nada de juguetes plásticos, de madera o latón para armar o romper. Ni de autos a pila, guitarras enanas, teléfonos blancos o trenes eléctricos para viajar y soñar; ni de botas de cuero, pistolas ruidosas o estrellas de cobre para vestir de Comisario... Sólo que mamá volviera con él. A prepararle postres, a regentear la casa, a salir a pasear...

No obstante, algo extraño ocurrió. Porque aquella húmeda mañana de fin de año, la señorita Hache vino a buscarlo, y, al otro día, sólo abuela Tita estuvo en casa para jugar. Papá Zeta y mamá Ygriega se habían ido. Un auto negro y brillante, seguido de otros similares, se los había llevado quién sabe dónde...

El Señor Equis dio un par de vueltas sobre la cama y una mueca de contrariedad se plasmó primero en su boca, cuando aquellos secretos recuerdos parecieron devolverlo a la infancia...

Su respiración era suave y, poco después, una manifiesta sensación de bienestar se advirtió en su semblante. El hombre adulto soñaba mientras el silencio de la madrugada se prendía en cada mota de fría oscuridad...

Allí estaba de nuevo él, asomado al balcón de su niñez.

Cuando el pequeño Equis dirigió la vista a través de la ventana desnuda de su cuarto, el Gran Pintor supo que debía cambiar de telas, tomar los pinceles, y echar una mirada inteligente a su paleta de colores. Después, dibujar un sol inmenso en el horizonte, podar sus gajos, y tiznar el cielo de sombras. Todavía no pondría a las estrellas, pero sí pintaría a la luna. La blanca hamaca celestial puliría sus vestidos y las chispas de su brillo quedarían, luego, como abrojos refulgentes en un negro mar de lentejuelas...

Y sería de noche.

El llamado sonó a la puerta. Los tubos de música cantaron sus sones, y, la casa, plena de luces, pareció pronta a descender el telón de la espera.

El pequeño Equis pegó un salto y dio un grito...

--- ¡Son *ellos!* –dijo–.

Y se abalanzó tras el bronce dorado del picaporte.

--- ¡Sí! –Confirmó abuela Tita–.

Y abandonando con premura su descanso en el viejo sillón, siguió los saltos del crío.

La puerta se abrió y el viento cálido de las diez de la noche envolvió a unas figuras impávidas que se volvieron como de piedra delante del pórtico. El croar de las ranas, el chirriar de los grillos vagabundos, y el aroma verde de jardín, se mezclaron con el perfume dulce de la esbelta mujer que, desde él, miraba, y con el duro resuello del tabaco ahumado crecido en los bordes gruesos de una boca tensa y coronada de bigotes que, a su lado, carraspeaba...

--- ¡Mamá! –exclamó el pequeño.

Y se perdió entre las faldas ceñidas de la bella mujer que intentaba sincerar una sonrisa.

--- ¡Papá! –volvió a exclamar el niño.

--- ¡Hijos...! –exclamó por su parte abuela Tita–. Estábamos esperándolos. No saben qué alegría nos dan... ¡Oh, gracias!, ¡gracias por haber llegado a tiempo!...

Papá Zeta levantó a su hijo y el pequeño Equis imaginó haber sido lanzado hacia un cielo ocre por la boca de un bruñido cañón. Los ojos azules y acuosos de su progenitor se avivaron, y el ansia del reencuentro se ató a la hirsuta cabellera que acabó aún más por desgreñarse. Las manos fuertes atenazaron con enérgica ternura los flancos frágiles y nerviosos de niño. Una lágrima espesa escapó de la caricia franca que devolvía la unidad en aquellos seres...

Y entonces fue como aquel largo abrazo hizo de papá Zeta, mamá Ygriega, abuela Tita y el pequeño Equis, una gigantesca flor apretujada por el rocío misterioso que sabe poner el invierno en la torridez de una añoranza...

--- ¡Mamá...! ¡Papá...! Sí; fueron... Los Reyes... Oh, tengo que verlos... Pero, ¿adónde habrán ido?, abuela. ¿Adónde se fueron? ¿Dónde están?

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Mamá Ygriega y papá Zeta guardaron silencio. Aún no habían pronunciado palabras. Aquella bolita de nervios daba vueltas, tironeaba sus brazos, les obligaba a sentarse, les mostraba la mesa tendida, las luces encendidas y las guirnaldas de colores que pendían como graciosos puentes de papel sobre sus cabezas...

--- Sí; estarán en el cuarto. Allí deben estar. Claro, los camellos, junto al árbol... Sí... Oh, abuela, vengo en seguida. Tienen que bajar. Miren, les he puesto estos cubiertos. Y para sus camellos, estos caramelos. Les he guardado dulces para sus camellos. Seguro que les gustarán... ¡Estoy seguro!

Y, por enésima vez en aquel día, un rayo de carne y huesos marcó los plumones de la ascendente alfombra y ahuecó las paredes del altillo buscando entrar en él...

El día siguiente amanecería radiante. Y sería domingo.

En domingo las gentes grises de los edificios grises se volcaban al viejo barrio para admirarlo y otear, desde sus veredas, el enigmático emerger de un febo redondo y majestuoso que, los alfiles de cemento, borraban siempre tras sus redes geométricas...

Sin embargo, hubiera sido imposible para tan reducido espacio absorber el frenético peregrinar de los que machacaban baldosas, respiraban flores, fotografiaban esquinas y robaban, de sus entrañas misteriosas, un augusto terrón de libertad...

Por ende, en ordenado circuito, aquellos seres amarillos y ojerosos, se deslizaban cansina y placenteramente por el barrio, intentando incluso conversar con sus afortunados –celosos- habitantes; pero siempre dentro de ciertos márgenes de prudencia y contención.

Una y otra vez la historia de la defensa de aquel cuadrado urbano preñado de verde en sus jardines, de olores campesinos en sus huertas y criaderos de aves, y de fábrica de postres caseros brotando humosos en aromáticas ventanas, recorrería las conciencias inquietas o despistadas de ese hormigueante caminar de turistas ciudadanos que esbozaba, en el pecho y en los puños de sus agrias personas, la marca que el infortunio, la ambición o la apatía, acabó por sellarle en la mirada; mirada torva de hombres que habían vuelto al Progreso imagen de la soberbia con que manipularan y vulneraran, un día y sin posibilidad de retorno, las leyes de la naturaleza...

Por lo demás, el domingo era un buen día para jugar. Al igual que el sábado. Sobre todo si uno, además del amigo o del juguete preferido, puede sentir a sus espaldas la manguera de riego empuñada por mamá, o el croar de la hamaca donde lee papá.

Pero cuando el pequeño Equis trazaba con tiza las andanzas urdidas por su imaginación preparándose, como Tarzán, a dar el grito de reunión a sus bohemios compañeros, la señorita Hache lanzó hasta sus oídos –como un

murmullo de alguaciles veraniegos- aquella misteriosa exclamación de asombro que tardaría un poco en comprender...

Es que la señorita Hache hablaba con abuela Tita y sus gestos airados escandalizaban los rasgos de la anciana quien, al parecer, intentaba una infructuosa explicación a lo que acababa de suceder...

--- Pero... -balbuceaba-. ¡No puede ser! -insistía-. ¿Cómo el señor Zeta se ha permitido tal engaño? -concluía-. ¡Oh, no...! ¡Es horrible...!-, y las lágrimas acabaron por vencerla...

Por supuesto, se trataba de un problema entre grandes. Y como los niños tienen sus propios problemas, era mejor encogerse de hombros, concentrarse de nuevo y lanzar aquel grito que, como mágico augurio, poblaría la casa de críos tan simpáticamente feroces y atrevidos como él, y a los cuales habría luego que echar con tanta energía como audaces fueran sus travesuras.

Aunque los "turistas" llevaran la peor parte.

Lo cierto es que aquella circunstancia se borró luego como tantas otras que suelen merodear la paciencia de uno. Y por eso es lícito afirmar que, desde aquella Noche Grande, la vida comenzó a transcurrir normalmente en casa del pequeño.

Era cierto también que, desde hacía unos días, papá Zeta parecía cansado y nervioso; pero un exceso de trabajo podía llegar a ser la razonable explicación de su estado. Papá Zeta no era hombre de dejarse abatir por los problemas, y quizás esas grandes cajas amontonadas en su oficina privada con intrincados aparatos, tuvieran algo que ver. Sin duda había anexado a su tradicional empleo alguna otra actividad. Como de vendedor, por ejemplo... Y claro, habría una razonable clientela que formar, y eso lleva tiempo.

No obstante, al cabo de un mes, ya no fue posible asegurar que la vida transcurriera con normalidad en casa del pequeño Equis.

Papá Zeta había logrado entristecerlo realmente, y aunque se empeñara en simular, algo malo estaba ocurriendo con él. La señorita Hache, pues, se lo había advertido hace una semana...

--- Tú me quieres, ¿verdad? -preguntó la joven.

El niño incrustó los ecos de su mirada ansiosa en la sagacidad de una mirada que sabía cómo hacerlo sentir bien...

--- Oh, sí... Es usted muy amable conmigo, señorita Hache. Y con papá. Y con todos nosotros. ¿Cómo no habría de quererla? -respondió cabizbajo, incapaz de adivinar los furiosos celos que, sobre la conducta de su padre con mamá Ygriega, animaban a la señorita Hache.

Las esquilas del pino formaron una flor de madera en torno a los pies desnudos

del niño. La navaja se movía con destreza y los nombres de papá y mamá iban descubriéndose poco a poco...

El atardecer del otoño era frío y gris. Aunque, a veces, el sol se animara a despertar primaveras en los jardines arrasados por el viento implacable y la muerte de las hojas...

--- Gracias, pequeño Equis. Es muy lindo sentirse correspondida. ¿Sabes una cosa...? –insinuó.

El niño detuvo el cinkel, giró la cabeza y se mostró interesado.

--- ... Eres un jovencito grande, ya; ¿verdad? –expresó-. ¡Qué diré!: ¡eres *todo* un hombre! –exclamó.

El chico no entendía muy bien, pero la tristeza pareció alejarse de él. La mujer prosiguió...

--- Entonces, lo que sucede en casa tienes derecho a saberlo, ¿no es así? –recalcó.

Sentada en el suelo, con los faldones cubriendo sus bonitas piernas y coqueteando con suaves movimientos de cabeza, esperó una respuesta...

La misma tardó en llegar; pero, cuando lo hizo, no fue más que un tácito asentimiento apenas adivinable.

--- Quiero ayudarte –confesó la joven.

--- ¿Ayudarme? ¿Por qué? –preguntó el niño aunque sin ingenuidad.

La señorita Hache no perdió más tiempo. Se echó sobre él, lo tomó de las manos y le habló con extrema dulzura...

--- Porque lo necesitas –aclaró-. Tu padre no anda bien –cuidó en subrayar-. No deseo interferir en lo que me es ajeno, pero aprecio mucho a tu familia, ¿sabes? Y al señor Zeta particularmente. Y el señor Zeta está muy triste...

El niño tenía los ojos húmedos.

--- ¿Triste? ¿Papá triste? Oh, no. ¿Por qué triste? Sólo cansado; si, sólo un poco cansado, nada más...

El niño estaba llorando.

--- Claro, eso es. Tienes razón... –la joven trató de consolarlo-. Vamos, no llores. ¡Vamos!, un hombre no debe llorar. Además, aquí estoy yo, y dije que para ayudarte...

El pequeño secó sus lágrimas. El silencio ganó todas las respuestas, y la muchacha sintió cómo el niño se refugiaba en sus brazos, asíéndola fuertemente. Una sonrisa, como de triunfo, pareció abrirse en su boca ardiente y veleidosa.

--- Allí está *tu* casa –susurró la voz-. Si existe algún problema, averígualo... –aclaró con sutileza-. Yo estaré cerca para compartirlo contigo. Pero no digas a nadie que tratas de hacerlo. Eso quitaría mérito a la acción –ahora la voz sonaba más firme-. Sí; tal vez sea un problema de trabajo. ¡Eso es! –concluyó-. Nada grave, por supuesto. Sólo algunos problemas de trabajo y por eso tu padre está tan abrumado...

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

--- ¿De... trabajo? –preguntó el niño, y su vista quedó fija en la blanca casita.

--- Claro. Y es fácil saber de qué se trata. Simplemente tienes que hurgar su... ¡portafolio! -reveló la joven; el final llegaba...

--- ¿Su... portafolio?

--- Sí. Su negro y venerable portafolio. Los señores cuando van al trabajo llevan un elegante portafolio. Dentro del portafolio llevan papeles. Y dentro de ellos, escritos, sus... *problemas*. Algunos sin importancia. Otros..., otros muy importantes. ¿Entiendes? –preguntó la señorita; había mucho de malicia en el brillo de sus pupilas...

--- ¿Cómo? -reaccionó el niño-. ¡Oh, no...! ¡Eso estaría muy mal...!

El pequeño se desprendió de la indiscreta vecina.

--- ¿Lo crees? –insistió ésta-. Eres *su* hijo. Y estás preocupado por él. ¡Y quieres ayudarlo!

--- ¡Buenas tardes! –dijo el crío. Y salió corriendo hasta su casa.

Nunca más volvería a ver a la señorita Hache.

Por la mañana, las sábanas se agitaron. Las mantas tibias se desplegaron y un cuerpo hirviente y sudoroso despertó sofocado...

No recordaba bien la pesadilla, pero el portafolio grande, negro y siniestro de papá parecía haber estado en sus manos. Era un alivio saberse despierto y rodeado de los objetos comunes que decoraban el mobiliario de su cuarto. Éste, aún penumbroso, lo enmarcó en sus tinieblas dándole tiempo a pensar que otra Noche de Reyes había pasado...

La brisa que acendrabla la somnolencia de sus ojos no era, sino, el esquivo adiós de los camellos.

Pero el lustroso folletín y el gráfico de colores salpicado de líneas y complicados símbolos que descubriera en su interior, no serían vana ilusión. Por algo al abrir la puerta del ropero había notado que sus pantalones crecían y crecían; que las mangas de sus camisas se estiraban largamente, y que un cinto delgado y marrón, capaz de abrazar la humanidad de tres niños, colgaba como culebra en su lugar esperando ser calzado. Como sus zapatos. Grandes y marrones también. Pero sin cordones...

El espanto tiñó de rojo su asombro, y el impulso violento que azotó la puerta del viejo armario caoba, sólo confirmó lo que sus ojos no dejaban de comprobar...

El pequeño Equis había muerto. Un señor enorme, lloroso y cano ocupaba su lugar. El pequeño Equis había abonado de pisadas la existencia de aquella habitación, y su minúscula sombra se había erguido de manera inexorable.

Papá Zeta no existía. Tampoco abuela Tita.

Miró el reloj. Otra vez un sol blanco y redondo refulgía tras los cristales del altillo

astillando su luz. Las agujas le marcaron en clave que el sueño alcanzaba su fin. El tic-tac del minuterero acompasaba un discurso sobre el tiempo vivido, mientras repetía –sin cesar- cosas absurdas como esas de que los Reyes Magos no existen, que los camellos menos... Que hace largos caminos se había muerto también la inocencia de su credo y el romanticismo de su fe. Ni siquiera su barrio, aquella tajada solitaria y envidiada por el vientre de la gran ciudad, se había salvado.

Sin embargo, no deseaba arrepentirse. Si alguna vez, a escondidas, había descubierto por fin el secreto de los fantasmas de su padre, estaba justificado. Pero aunque la señorita Hache hubiera tenido razón, el odio que, desde aquel día, manifestara por ella, no podía obnubilarlo eternamente. Debía comprender un día que así sólo rumiaba y amargaba su vida a pesar de los años, y en torno a un suceso que, también a otros había alcanzado y de jóvenes en el pasado.

Claro, que una cosa era que a Willy se *la* hubieran *reemplazado*, o a Glenda se *lo* hubieran *reemplazado*... Sí, incluso, ¡hasta le había parecido fantástico! Una cosa era eso... Pero a él...

A él le resultaba imposible *todavía* aceptarlo. Y tenía ya cuarenta años.

Fue en vano entonces que el Señor Equis frotara su rostro con frenesí, lo ahogara en agua helada o sacudiera su cabeza como loco para espantar aquellos fantasmas que habían venido a instalarse en el centro de su alma desde hacía mucho tiempo...

Abría los ojos con desmesura, sacaba la lengua, estiraba las cejas y atornillaba sus dedos frente al implacable espejo del baño, y no había dudas. Estaban demasiado quemados sus cabellos y crecida su barba para pensar en extirpar del rostro los poros de la adultez... Y el miedo que le punzó el corazón, lo encerró en su cuarto, y, apoyándolo en la cama, le dobló la cabeza entre unas largas falanges que parecían gemir...

Mamá Ygriega, joven y esbelta como siempre, desde la puerta de su cuarto de soltero, lo estaba mirando. Entonces, volvió a la cocina, preparó el desayuno, entornó sus ojos eléctricos y azules, y se puso a llorar...

Cuando el sol de la mañana fundió la escarcha deshilando sus niveos tejidos, los pensamientos del ayer se diluyeron en el fondo de la tierra junto a las tumbas.

El Señor Equis las miraba, y, desde ellas, papá Zeta y mamá Ygriega le observaban con amor. Veinte cruces a la derecha y diez mausoleos al fondo, abuela Tita rumoreaba chismes al abuelo Epsilon, a quien no alcanzara a conocer... A su lado, una segunda y joven y esbelta mamá Ygriega, acompañaba en gesto serio y retraído la angustia de un hijo que, a muchos años de ese ayer, persistía en aquella *otra* y mortal mamá Ygriega todavía...

Y mamá Ygriega tomó del brazo al Señor Equis y lo confortó. Costaba

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

convencerse sobre lo ocurrido por aquellos tiempos. Tiempos durante los que había ido creciendo en cada uno de sus músculos y en cada neurona de su cerebro. Tiempos en los que su padre se secaba por la impotencia del desconsuelo y su adoración por él... Por no dejarlo sufrir... ¡Es que era tan niño! Tiempos en que la nueva mamá Ygriega comenzara a insinuar una eterna juventud. Con los mismos gestos, la misma sonrisa y los mismos gustos que su frustrada y mortal mamá Ygriega... Una frágil mamá Ygriega que se mantuvo viva durante el corto lapso de una víspera y un día de Reyes, como un regalo celestial... Pero que la señorita Hache se había encargado de segar: casi al instante y para *siempre*. Sí, en un instante había estrujado el envoltorio de sueños azules y brillantes con que los Magos llenaran sus manos. Había dicho, con ácido despecho, "*los muñecos no tienen alma...*". ¡Pobre señorita Hache! ¡Cómo se había equivocado...! Si hasta hubiera deseado encontrarla para demostrárselo. Pero bien sabía él que, tal cosa, ya no sería posible: había perdido demasiada vida tratando de convencerse a sí mismo...

El sol gateó las torres, acarició las cruces y avivó los movimientos de la pareja. El Señor Equis rodeó con delicadeza la cintura de su joven madrastra, y los niños del parque contiguo al Cementerio sonrojaron sus rostros cuando, como un novio, la besara dulcemente en la mejilla.

--- ¿Vamos? -susurró el Señor Equis.

--- Vamos... -dijo en voz baja mamá Ygriega.

La Casa del Autómata esperaba. Había cables, bujías y aceites que comprar.

LOS ÚLTIMOS DÍAS²⁴

*Al maestro **Ray Douglas Bradbury** y sus motivadoras, inigualables "Crónicas Marcianas". In memoriam.*

I - LA MUJER²⁵

*A la maravillosa poeta de las cosas simples, **Edith Caliani de Villordo**: in memoriam... Y a las dulces colegas en el arte literario, **Prof. Mirta del Carmen Gaziano de Bella** (SADE-Filial Santa Fe, Argentina) y **Prof. Zunilda E. Gaite** (ASDE-Asociación Santafesina de Escritores): conjurados por el amor al Verbo, al servicio de la paz, los sueños y la imaginación creadora...*

Uno

Madrugada.

Hacía frío en la ciudad de los hombres viejos. El frío del décimo milenio para el reloj cósmico.

Estaba muerta la ciudad. No podía ser de otra forma.

Desde la medianoche hasta las cinco de la mañana, tenía la obligación de estar muerta. Porque quien vive, necesita respirar...

Por ende, nada de circular entre las cintas aéreas que revoloteaban aquellos caminos de nubes cristalizadas. Nada de querer arrimarse a las sin límite murallas donde vivían, técnicamente bien, casi todos los hombres, y visitar a otros hombres.

La ciudad, debía estar muerta.

La luna intentó por un millar de veces más encender el rostro de la joven mujer que corría, jadeante y temerosa. Mujer hermosa y triste...

²⁴ Santa Fe (Argentina), 1975/2005.-

²⁵ Santa Fe (Argentina), 1975. Texto ajustado al 14-07-2004. Su versión original integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS", *ob. cit.*, págs. 21/26.

Publicado el 12-11-2005 en el Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España) – Director: Denis Roland Jurado.-

Mas, no pudo. Se resignó.

Es que no entendía a estos hombres viejos. De antiguo se había sentido sensual y vanidosa de poder acariciar, en aquellas verdes plazas, los sueños de millones de rostros enamorados. Rostros que jugaban con ella, ocultos en la primavera tras los azahares, como bufos cómplices abotagados de amor y de misterio; que la buscaban o evitaban para descubrir o esconder candorosos besos prendidos a tiernas mejillas sonrojadas...

Ahora, ella también estaba triste. Y, al igual que los hombres viejos, sólo podía vestirse de navegante espacial y trepar las terroríficas alturas donde yacían los últimos escalones del oprobio.

Porque las terrazas son quietas.

No podía ni deseaba jugar con ellas.

Hizo, pues, un postrer intento en averiguar por qué corría la mujer, furtiva e incansable, tras un punto de luz que parecía muy difícil de alcanzar.

Pero una nueva frustración tiznó su brillo. Entonces se puso el traje de astronauta, y se difuminó grávida como una burbuja nocturna.

Por lo demás, fue la negrura sin límites que contuvo al espacio quien devoró, en un segundo, sin prejuicios y para su bien, a la hermosa y triste mujer...

La joven indefensa arrastraba las distancias pesadamente. Su cara era un modelo de angustias y de miedo tallado en la oscuridad de la noche. El aire corrompido arqueaba su cuerpo en contenidas convulsiones, mientras un aroma fétido flotaba y caía manso sobre el cemento del mundo.

Sabía que arriesgaba demasiado.

Los autómatas tenían orden de destruir cualquier factor dinámico que perturbara la muerte de la ciudad. Porque quien vive, necesita respirar...

El buen aire.

El olvidado.

La silueta, doblada y aterida por el hielo de las sombras, continuó su marcha hacia el objetivo, confundiendo entre las columnas y muros de un camino aceral...

De pronto, se detuvo. Y lo hizo a tiempo.

Una pequeña cabina de televideofono le sirvió de refugio.

La recortada cabellera cereza se le endureció al verlo pasar, mientras los ojos verdes se le agrandaban de espanto y el corazón se le henchía de terror. Todo su ser se estremeció.

Fue un segundo.

El autómata pasó rígido a su lado, blanqueando las tinieblas con el palpitar sincrónico de unos ojos luminosos y eléctricos.

Gina no respiró. Una estatua como de mármol ocupó su lugar. La menor vibración del aire daría al autómata la señal de que un ser dinámico se hallaba próximo y en

horario prohibido. Y ella debería...

Pero nada ocurrió.

(La mujer dio gracias. A quién, no sabía decirlo).

Dos

Ya no sentía el frío de la noche. Ahora sus huesos hervían en brutal agitación. Pero todo continuaba oscuro, muy oscuro.

Gina alzó la vista y buscó con desesperación a su luna...

No la encontró.

Supo que, como ella, triste y etérea, había huido finalmente de allí. Y pensó en Maniel, su compañero, inmóvil y enfermo. También en su bebé, único y dormido.

El circuito de emergencia se había descompuesto y no podía emplear otro medio. Ni siquiera acudir a la asistencia de un vecino. Se había descuidado sin alcanzar a evitarlo.

Había llegado al límite de su cuota de oxigenación familiar y no podía robarle vida a sus seres queridos. En el exhausto recipiente metálico agonizaba una porción vital de ese elemento, pero la enfermedad de Maniel exigía una mayor cantidad molecular. Y ella tendría que compensarla.

Sí, necesitaba aire. Algo más de oxígeno esta noche para sobrevivirla hasta la llegada del amanecer, cuando todo volvería a ser normal...

Por ello, sin auxilio de nadie y sin poder comunicarse con el Centro Médico más próximo, se había jugado por entero y había escapado de la Colmena infringiendo la ley de queda. Escapado a las diminutas calles de una ciudad que tenía la obligación de estar muerta en esas horas. Y debía llegar. Tenía que hacerlo. Diciembre era su mes de suerte: por algo había superado ya un duro escollo. Por otra parte, el sitio que buscaba estaba ahora sólo a unos cuatrocientos metros por delante... Y la cuestión era llegar. Conseguir llegar. Luego vería...

(Sus dedos apretaban con fuerza la ficha amarilla).

Tres

En sigilo, continuó la marcha.

Después de media hora de esquivo y medroso caminar, alcanzó el objetivo.

La Gran Campana estaba iluminada con intensidad. De tanto en tanto, su resplandor exhalaba movimientos intermitentes, y su gigantesco y semiesférico caparazón se transformaba en un monstruo de onírica pesadilla.

Su diámetro de trescientos metros y su elevación central de igual medida,

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

encerraba las fuentes de la Vida. Las últimas clases de vegetales de la Tierra y el oxígeno de sus poros. Y debía alcanzarlo... Porque ahí estaba, a pocos pasos, el Centro de Oxigenación DV-4 de la Compañía "Días Verdes", Sociedad Cósmica. El mayor de los complejos comerciales pertenecientes a un monopolio secular mundial, y cuyos dueños entendían que no era bueno para sus intereses permitir la libre oxigenación de los humanos, aunque la capa de ozono se hubiere recuperado ya hace mucho tiempo; y ello, con total ignorancia de los sumisos habitantes de la Colmena...

Arrogante, Mr. Sosep Ralod, presidente del H. Consorcio, sostuvo desde el primer día:

--- "Nadie destruirá este brillante negocio. No lo permitiremos..."

Alguien gritó también en ese primer día:

--- "Fortuna; ¡botín de poderosos!"

El resto, no tuvo tiempo de hacerlo. Hubo un ejército de autómatas que se encargó de ello.

Gina volvió a ocultarse. Lo hizo por enésima vez; y, en la ocasión, tras uno de los incontables sostenes del edificio departamental -contiguo a la Gran Campana- de más doscientos pisos, y que reducía el tamaño de su humanidad a la de un germen...

Y se dejó caer.

Trató de recordar a Maniel y a su hijo, pero la cabeza le bamboleaba locamente a causa de los sentidos aturdidos por la falta de oxígeno.

Sintió ganas de vomitar.

Logró dominarse. Tanteó con angustia la ficha de identificación. Estaba en su lugar todavía. Era un alivio, aunque de nada serviría si...

Pero casi lo había logrado.

Entonces rogó.

(A quién, no sabría decirlo).

Cuatro

El animalito de las estrellas recogió su cuerpo y esperó impaciente el momento para sortear los últimos metros que restaban aún para alcanzar el Panel de Control.

La suerte volvió a sonreírle. Al menos, eso pensó. Sí, diciembre era su mes de suerte...

La esfera redonda y sin aberturas visibles se detuvo. Había arribado por el riel médico hasta la puerta principal del Centro de Oxigenación. Unos humanoides

descendieron del familiar vehículo asistencial. Llevaban en camilla a una persona.

Era una anciana.

Inmovilizada por dos gruesas correas plásticas gritaba y jadeaba con desesperación. Gritaba que se ahogaba, que necesitaba aire para respirar...

Los autómatas apuraron el paso. Introdujeron una ficha amarilla en la ranura del cilíndrico panel y la puerta de acceso se abrió en silencio. Luego, se cerró.

Gina sabía lo que harían ahora. La transportarían en el carril hasta una cabina esterilizadora, y, después de acondicionarle el cuerpo, la enviarían a fantástica velocidad hacia una Unidad Libre de Oxigenación. La operación duraría pocos segundos: hasta que la anciana recuperara su capacidad de absorción atmosférica, o, simplemente, muriera de asfixia. Pocos segundos, nada más.

A la sazón, la esfera comenzó a moverse otra vez por el carril médico. Alguien la había solicitado de nuevo utilizando el circuito de emergencia. Como un rayo partió desde otra vía hacia algún sector de la ciudad... Junto a ella, otro millar de esferas se dispararon hacia las entrañas de la ciudad que dormía sin sueños.

Gina pensó que el momento había llegado.

Nadie estaba a la vista. El frío volvió por un instante a arrancarle bocanadas de esfuerzo, y todo su cuerpo se contrajo –llagado de escalofríos- preparando sus reservas para el último salto.

Corrió furiosamente.

Empleó la magia de su ánimo, y, como un niño intentando atrapar una sortija de calesita atómica, alargó el brazo que portaba la ficha amarilla pensando en ellos...

No pudo hacerlo.

De pronto, estaba muerta. Como la ciudad. Como *su* luna.

El oscuro y gris, y nuevamente oscuro y gris autómata, guardó el arma.

(Chirriaron un poco sus extremidades al cambiar de rumbo).

II – LOS DIAS ROJOS²⁶

Al amigo cubano-canadiense, Prof. Eduardo Frank Rodríguez, y sus maravillosos y esperanzados “Mundos Azules”, sitios en las antípodas de este mundo guerrero y apocalíptico...

Uno

La bruma ya se ha ido. La mañana comienza a reflejar los brillos del mediodía, y, la atmósfera, casi muerta, abanica a las moscas virulentas que bailan en los remolinos del aire oxidado del mundo, irrespirable ya, enfermo y sin cura.

Los hombres de carne y hueso, nacidos del vientre de Natura y otrora reyes del Planeta Azul, habían marchado aquel día, por una extraña razón, más tristes que nunca hacia el trabajo...

Vigilados por sus propias marionetas *neuronaes*, y éstas, como autómatas de látex no exentos de inteligencia pero carentes de sentimiento y voluntad, controlados a su vez por otros seres de aparente perfil humano enmascarado por la concupiscencia del dinero y del Poder, sólo tenían un factor en común: la pérdida de la libertad.

El libre albedrío, de alguno u otro modo, le estaba negado a las tres especies que la evolución de la raza había terminado generando en los últimos días.

A los de carne y hueso, junto a los atributos que edificaban su plena conciencia de seres vivos, el don de la libertad se le había ido agotando proporcionalmente a la falta de oxígeno, volviendo a aquellos seres una suerte de minusválidos despojos humanos dependientes de la impersonal asistencia de *robots* que alimentaban con frío interés sus branquias pulmonares, cancerosas ya y secularmente agredidas por el smog y los rayos infrarrojos que invadían sin piedad la desenhbrada capa de ozono del Planeta Azul...

Por otro lado, los autómatas, sólo gozaban del supremo don de la inteligencia aunque más no fuera artificial, pero careciendo de sentimientos y propia voluntad: el Cuadro de Mando de los Selectores que dominaban al mundo administraba su utilidad al servicio del hombre común.

Y los Selectores, una mixtura humana y computarizada denominada *androide*, al

²⁶ Santa Fe (Argentina), 1975. Texto ajustado al 03-12-2005. Su versión original integró la primera edición del Libro **“LOS ÚLTIMOS DÍAS”**, ob. cit., págs. 27/31.

Publicado el 10-12-2005 en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)** – Director: Denis Roland Jurado.-

conservar sólo el cerebro como sistema conductor del resto de sus cuerpos flexibles y enteramente mecanizados, dependían por su parte del trabajo que los escasos humanos primigenios sobrevivientes podían prestarles, tanto en la generación de nuevos modelos de *robots* como de las partes sintéticas y electrónicas que, en virtud de una insensata búsqueda de la inmortalidad sin trascendencia, habían suplido en estos *humanoides* los órganos naturales primordiales.

Así, el hombre y el *androide*, extremos de una civilización que preanunciaba la desaparición de la vida en su contextura y en su astro mayor original, sumidos en la tensión permanente de una sorda lucha concebida por los particulares intereses de cada especie, habían llegado al límite de una forzada relación sociopolítica y económica, la cual estaba a punto de explotar...

Sí, aquel día, los hombres habían vuelto a poner en movimiento, en los cuatro puntos cardinales de la Joya Cósmica Azul, toda una sistémica rutina de órdenes, fichas, puestos y controles electrónicos. Sin embargo, aquel día de los últimos días, los hombres se habían sentido especialmente diferentes...

Durante muchos otros días de estos últimos días, las manos sólo se les habían crispado de terror e impotencia sobre el frasco mensual de comprimidos amarillos. La vida estaba en ellos y en su poder para fijar los mendrugos de oxígeno que debían tramitar en los Centros Barriales de Oxigenación de cada villa planetaria, mientras servían a la necia supremacía de los Selectores. Pero ahora, el terror y la impotencia se les habían vuelto rebeldía... Una rebeldía incontrolable y programada; tan programada como el sistema que los Selectores les habían impulsado a diseñar para proveer a su inútil permanencia de dioses de arena en tronos de arena.

Entonces...

Los días rojos llegarían... Y los días rojos llegaron.

Los extremos, en positivo, harían contacto: las especies lucharían entre sí. Una para recuperar, y la otra para sostener su dominio del mundo y de las redes coloniales extendidas hacia el Universo en busca de nuevas expectativas siderales donde medrar, mutar o implantar las bases de su moribundo proyecto vital.

Dos

Por un momento el Refugio Atómico de la Resistencia abrió sus fauces de acero blindado, dando lugar al embajador humano ante los Selectores. Turbado severamente, éste balbuceó:

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

--- Sr. M., ¿es cierto lo que Ellos dicen? –la voz angustiada sembró un eco en las catacumbas de la resistencia humana.

--- ¿Qué si es cierto, qué, Sr. N.? –la voz firme derribó y suplió con fuerza el eco anterior.

--- Que, finalmente..., ¡les hemos declarado la guerra!

--- Ah... La guerra. Sí. Así es, Sr. N.

--- Pero...

--- Cuestión de perspectiva, si lo analiza con cuidado ¿O piensa Ud., Sr. N., que los últimos días han sido días de paz y dignidad para los nuestros?

--- ¿Entonces...?

--- Sí, mañana habrá guerra. Liberación o muerte será la consigna. El tiempo de los acercamientos se ha terminado.

--- Pero, ¿y las negociaciones que Ud. y...?

--- Los fines resultan incompatibles. Los medios también. No hay cadenas posibles de “relación medio a fines”. *Mother Computer* ha fracasado también en la búsqueda de alternativas atendibles para los seres humanos. O Ellos o nosotros. Lo que queda del Planeta está en juego: sólo existe una leve esperanza de salvarlo para revertir el proceso de calentamiento, y si el sistema productivo que mantiene a los Selectores no cambia de objetivo y funcionamiento, lo perderemos... Perderemos el Planeta. Y es lo único que tenemos. Ellos, en cambio, dominan el salto a las estrellas; nosotros, sojuzgados como estamos, jamás tendríamos la posibilidad de... Sin el Planeta, nuestra vida carece de sentido.

--- ¿Entonces...?

--- Mañana puede ser nuestro fin. El fin de la especie humana.

--- ¿El fin de la...? Pero...

--- Esta guerra no será detenida como las anteriores. No perdonaré; lo siento. Se ha votado en el norte y en el sur, en el este y en el oeste. La suerte ha sido echada: los hombres lucharán hasta el fin. Hemos decidido morir a vivir esclavizados hacia un futuro macabro cuyo horizonte está a la vista. Es preferible así. De un solo golpe. Liberación o muerte.

--- ¡Están locos! ¡Ellos nos necesitan! ¡Y Nosotros a Ellos! ¡Sin Ellos, no sobreviviremos!

--- Tal vez, pero es la decisión que deberá comunicar Ud., Sr. N., a los Selectores.

--- ¡Están locos!

--- (...).

Y las voces se apagaron...

Tres

Como todo guerrero, Maniel no pudo dejar de recordar que se estaba por

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

producir, como hace quinientos años atrás, un hito en la historia donde la suerte del hombre sufriría un doloroso quiebre; pero un quiebre que, esta vez, parecía ser fatalmente irreparable... Como un viaje sin destino ni retorno alguno para la Humanidad. Nada menos que la profecía apocalíptica cumplida...

Dicen que cuando alguien está cercano a la muerte, recuerda fugazmente toda su vida... Así también Maniel presintió como soldado que, cuando la muerte de la Humanidad se aproximara, casi inexorable *—porque en su espíritu creyente la Luz de la fe y la esperanza, era como un óleo que sólo en su Dios podía mantener encendida, y cual último recurso—* su mente recorrería los cruentos avatares del acontecer de la vida desde los israelitas registros bíblicos, haciendo hincapié, especialmente, en aquellas amenazas mortales que el Planeta Azul experimentara sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, donde el átomo fuera partido en una explosión de energía felizmente y a la postre controlada... También durante la Tercera Guerra y su milenio de consecuencias increíbles para la evolución de la raza. Una Guerra que escritores y filósofos llamaron *“de los idiotas”*²⁷ o *“guerra de los clónicos contra los comunes”*, donde volviera a *“gemir el Ignorado porque bien sabía que la libertad era inmanente a la capacidad de sus creaturas en distinguir y optar, día por día, lo natural de la diversidad. Que la equivalencia genética no mejoraría al Hombre destruyendo la vigencia cotidiana de los desacuerdos. Que en la vana esperanza de la Nueva Raza no había, sino, como en otros tantos ejemplos del transitar humano, un corazón endurecido... Los clónicos habían triunfado sometiendo a los comunes a una vana racionalidad sin sentimientos ni imaginación creadora”*...

... Y habían triunfado fue al cabo, una forma de decir; amargados infinita pero inconscientemente en razón de su normalidad forzosa, edificaron un mundo de callada quietud incorporándose a los dominios de un Reino Plástico y Aeral... Y abolieron la lluvia y su poder germinador... Y también las leyendas sobre aquel Dios triste y quejumbroso que, una noche (Feliz) sin embargo, volvería por séptima vez (o setenta veces siete) a redimir al Mundo...

Sí, Maniel recordó la historia que alguien contara de libro en libro y, después, de holograma en holograma, bajo el subtítulo de *“El Sillón de los Sueños”*, sobre aquel sempiterno Doctor de Mundos²⁸ (Pascual y Resurrecto), haciendo posar *—en postergada Parusía y Juicio Definitivo Universal, dando al mundo chances “detrás de las tinieblas” otra vez y otra vez, y otra vez y otra vez, y otra vez y otra*

²⁷ **Nota:** Tema desarrollado por este Autor en su libro **DOCTOR DE MUNDOS (El Sillón de los Sueños)**, cuento de cuentos o novela experimental editada bajo su nombre principal por Editorial Vinciguerra S.R.L. (Buenos Aires, Argentina), Enero 2000.

²⁸ **Op. cit.**

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

vez, y otra vez ...- su Cohete Apostólico, humilde y misericordioso en tierra de gentiles y paranoicos, susurrando el antiguo bramido de trompetas angelicales, y sólo para Él “estrepitoso y ronco”... Él, que como un duende eterno esbozara una tierna sonrisa de complicidad con su Amado Ignorado, al desatar aquella lluvia bautismal y benefactora, provocada por el desvencijado artefacto de la Salvación Eterna, mientras acumulaba, entrechocaba y enfurecía nubes de nostalgia, “*arracimándolas unas con otras, atemorizándolas con su iracunda alegría de volver a casa*”... Él, que como un cordero inocente reincidía en su entrada a la tecnológica Jerusalén Pecadora, renovando la promesa de no dejar al hombre solo y protegerlo hasta el fin de los tiempos: porque, un día, y para ese siempre, había pactado con sus hijos una Nueva Alianza en un manso río galileo llamado Jordán...

Cuarto

... Las voces se apagaron y aquel día, el siguiente día, pronto estaría al llegar. El mortecino paso del sol por el horizonte hastiado, apenas podría anticipar su arribo.

Entonces, los hombres, organizados en pequeños grupos comandos atacarían los Centros de Oxigenación custodiados por los autómatas. Sería una operación única a ejecutar en el mismo instante en todo el Planeta...

Ese día fue llamado, el “Día Rojo”, porque los días sólo serían rojos a partir de aquel momento...

--- ¡Maniel!, ¡Maniel...! –gritó la mujer de los últimos días.

El hombre joven y esmirriado se detuvo. La extrema delgadez de su porte se agigantó a causa del pánico que, secretamente, quemaba sus entrañas.

Agitado, giró el rostro con rapidez hacia la sombra cuya silueta ensombrecía la débil fuente de energía del primer Centro de Oxigenación que habían capturado a los Amos, pero sin dejar de apuntar su arma contra quien intentaba, con sigilo, darse a conocer.

Ahora era de noche; la primer noche del Día Rojo. Una noche donde la atmósfera seguía alimentando su secular herrumbre con millones de moléculas irrespirables y el rayo lunar, debilitado por la constante formación de nubes de anhídrido carbónico, azufre y plomo, daba un aspecto terrible al beduino danzar de aquel aquelarre de sucias partículas...

--- ¡Ah!, eres tú... ¿Pero qué haces en zona restringida? Podría haberte...

Vamos... -dijo el joven reconociendo a la mujer.

Y rápidamente penetraron en un subsuelo de la estación conversora de oxígeno. En aquel lugar yacían como momias egipcias los cadáveres de los autómatas destruidos durante la invasión, y había como un ejército de humanos recuperando sus piezas más valiosas para transformarlas en editores de información o armas tecnotrónicas de gran poder de fuego.

No era muy grande aquel agujero cavado bajo la superficie de la explanada principal del Centro de Oxigenación, y, de hecho, estaba agónicamente iluminado por unas nerviosas lumbreras eléctricas. Había mesas y sillas de exquisito diseño antropomórfico, pero en mal estado. Había pistolas desconocidas adormiladas en decenas de armarios empotrados en los muros del sótano, y un círculo de cabinas oblongas donde seguramente los autómatas chequeaban sus sensores y alimentaban sus registros informáticos.

El grupo que comandaba Maniel sólo atinó a un vistazo fugaz de la aparición del líder acompañado de Gina y un pequeño bebé en brazos. Todavía Gina no sabía si su destino estaría escrito como le había sido anunciado en el tenebroso sueño de la vigilia anterior, donde se veía muerta por el aséptico disparo de un autómata celador del Centro de Oxigenación al había intentado penetrar en vano, como en una pesadilla y en busca del comprimido vital, dando así la vida por su hijo y por Maniel...

Sabía que su heroísmo de mensajera la llevaba a la audacia, y ésta, las más de las veces, a la imprudencia, y...

--- ¡Maniel!, insistió luego con el rostro aún bello pese al agónico desgajamiento que lo estriaba por la falta de oxígeno.

--- ¿Qué ocurre? ¡Habla! –dijo Maniel con dureza en tanto arrancaba al niño de un tirón de los brazos abatidos de su esposa.

Ahora sí aquellos hombres agotados, delgados, sucios y enrojecidos por la tos, no sólo prestaron atención sino que abandonaron sus tareas y rodearon a la pareja.

--- Algo terrible, Maniel. Algo... terrible.

--- ¡Dí, mujer! Por Dios, ¿qué información...?

--- Los Amos... -balbuceó la niña-joven-esposa-mensajera.

--- ¿Qué pasa con *ellos*? –preguntó Maniel sumamente exasperado-. ¿O es que acaso no estamos derrotándolos?

--- Claro, sí. Por eso es que...

--- ¿Es que, “qué”? –demandó en un grito haciendo que el pequeño Fermín explotara en llanto. Sabía que como líder no podía perder la paciencia ante sus

subordinados, pero lo que presentía le cerraba toda posibilidad de control mental.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

--- ¡Ya! ¡Habla de una vez...! —y se arqueó de súbito tosiendo con ferocidad, y ahogando el sollozo que dilataba la respuesta de su mujer...

--- ¡Se han vuelto locos! ¡Los Amos se han vuelto locos, más locos que ustedes! — espetó ésta y trató de hacerse de nuevo del aterrado Fermín. Maniel se resistió, y Gina cayó de rodillas transida por las lágrimas y el miedo...

Dos hombres la ayudaron a ponerse de pie. La mujer tenía un aspecto espantoso. Aparte de los andrajos que la cubrían y de la aparente fealdad que denotaba ahora, no fueron sino aquellas lágrimas como de sangre las que enlodaron su mirada de angustia y desenredaron una por una a sus precoces arrugas...

--- ¡Tranquilízate, mujer! ¡Siempre estuvieron locos! ¡Por eso luchamos contra ellos! —dijo Maniel al abrazarla con firmeza consoladora.

Pero ella, insistió:

--- ¡Maniel!, escucha... -comenzó diciendo y se apartó de su esposo. ¡Escuchen todos! —ahora su voz era como tan cruel como lo que habría de anunciar...

--- ¡Nos han lanzado una proclama!

--- ¿Una proclama? —preguntó alguien del Comando Azul. Luego tosió ásperamente.

--- Sí -respondió Gina-. Una proclama...

--- ¿Y qué dice? -inquirió Maniel.

La mujer suspiró hondo, apretó los puños y quedó como muda, desorbitados los ojos y con la boca abierta en suspenso, mientras una espesa baba le circuía la comisura de los labios resechos... Pareció que iba a perder el sentido. Se tambaleó, y sólo los brazos de Maniel impidieron que cayera al suelo como un saco roto.

--- Ven, mi amor. Vamos a sentarnos... Tranquila. Ya pasa. Todo pasa... -la arengó con dulzura.

Después, ordenó a uno de los soldados que trajera un vaso de agua... ¡Al tope!, gritó.

La depositaron suavemente en uno de los extraños sillones metálicos del sótano. En seguida le dieron a beber el agua con un comprimido amarillo. Luego, trajeron un mascarón de auxilio, se lo aplicaron diez segundos y le inyectaron oxígeno puro. Entonces Gina pareció reanimarse e intentó adoptar una postura normal, separando de las rodillas a su cabeza vencida por la falta de presión sanguínea.

Fue un instante gravemente crítico para el grupo que, aunque sin demostrarlo, había estado gozando de las buenas noticias que llegaban del resto del Planeta, y acerca de los buenos resultados de la operación programada.

--- Despacio. No te agites. Cuéntanos: ¿qué dice la proclama? –le insistió ahora suavemente Maniel.

La niña-joven-esposa-mensajera un tanto anciana, tragó saliva, y en un tono bajo y pausado de voz, dijo:

--- Ellos dicen..., dicen que si ustedes se rinden de inmediato, todo será olvidado... Prometen que no tomarán represalias, excepto con los cabecillas de la revuelta. Los demás podrán reintegrarse a sus trabajos sirviendo a los autómatas, y todo volverá a la normalidad...

--- ¿A la normalidad...? ¿Pero de qué normalidad hablan esos malditos cerdos endemoniados y asesinos? –protestó Maniel.

---... Pero si no lo hacemos –continuó la mujer-, si no nos rendimos, los Amos desintegrarán el Planeta y escaparán a las estrellas... Afirman que ya están en condiciones de hacerlo. Y que no dudarán.

--- ¿Desintegrar el Planeta? ¿Destruir nuestro mundo? ¿Nuestro hogar en los cielos? ¿¡Más de lo que ya lo han deshecho!? Esto sí que es cómico... -agregó el segundo comandante del grupo.

--- ¿Y qué más Gina; qué más dicen? ¿Cómo lo harán? ¿Qué plazo tenemos para decidir? –demandó Maniel.

--- Ellos dicen que tienen una hora para rendirse. El tiempo que estiman suficiente para lograr una comunicación y convencer a todos los demás grupos comandos esparcidos por la Tierra y aún en acción. Y tú eres su Comandante en Jefe, Maniel, tú...

La tos la devolvió al silencio. El ambiente del refugio ardió de tensión y, los demás hombres, también enmudecieron al unísono de la impotencia que les había arrebatado toda esperanza de triunfo.

La amenaza proferida por los Amos de las Colmenas podía ser sólo una mentira. ¿Pero quién podía asegurar que ellos ya no hubieran alcanzado los medios para huir hacia...?

Entonces, la mujer prosiguió...

--- Si no rindes tus fuerzas, ellos pondrán en funcionamiento el mecanismo atómico que se oculta en cada refugio y en cada Centro de Oxigenación, y el Planeta, en unos segundos, sólo será una mota de polvo vagando por el cosmos...

--- ¿... que se oculta en cada refugio de cada Centro? Pero, ¿de qué hablan? ¿Quiere decir que bajo nuestros zapatos tenemos al... ¡Ángel Exterminador asomando las uñas!? Pero, ¡muchachos!, ¡revisen!, ¡busquen!, ¡horaden!, ¡y comprueben si es cierta esta maldita patraña!

(...)

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Sí, los Días Rojos habían llegado.

Los más rojos.

Y traían en sus vientres de sangre y fuego, cenizas de Días Grises...

III - LOS DIAS GRISES²⁹

A Jorge Alberto Hernández, silencioso maestro de la erudición sin proclamas; y al compañero y amigo del Taller Literario de ASDE (1976-1977), el inefable narrador fantástico, José Luis Pagés: con irrenunciable afecto admirativo.

Y en particular, al filósofo, poeta y narrador Arturo Lomello, de quien aprendí que la vida es milagro. In memoriam...

Uno

La escuela estaba llena de ruidos.

Los niños habían comenzado a jugar. Y corrían. Torpe, rígidamente, pero corrían. Y gritaban. Y reían, o, al menos, parecían hacerlo.

Había un montón de niños jugando por allá, en el fondo del patio cubierto de la escuela.

Una especie de tinglado gigantesco y gris, cortaba el paso de la nieve y el viento. Pero éste, ululando sin desmayo, se filtraba por entre el tosco armazón de metal y agitaba el polvo acumulado de las piedras grises y llanas que arrugaban el piso del patio.

El día era gris. Muy gris. Además, ¿qué niño hubiera imaginado a los días no grises? Ninguno.

Por lo tanto, todo estaba bien. Los días eran grises.

Los niños eran amigos también de aquel extraño viento cargado de partículas brillantes. Y el viento no los había abandonado nunca. Como la nieve. Tampoco ella los había abandonado nunca.

Estaban felices. Los días eran grises y el viento y la nieve estaban con ellos.

²⁹ Santa Fe (Argentina), 1975. Texto ajustado al 24-06-2004. Su versión original integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS", ob. cit., págs.. 33/41.

Seleccionado en diciembre de 1976 por el FONDO EDITORIAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE (SUBSECRETARÍA DE CULTURA), para integrar su primer volumen titulado "Cuentistas santafesinos".

Publicado el 17-12-2005 en el Magazin virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España). Director: Denis Roland Jurado.

Publicado el 24-09-2006 en el Magazin virtual FANTASYMUNDO.COM (Madrid, España) – Co-Director: Alejandro Serrano Martín - Coordinador de Literatura.-

La escuela era un edificio enorme. Estaba muy deteriorado. Algunas paredes parecían querer desmoronarse y reventar contra el colchón blanco. Morir en la nieve.

Sin embargo, era sólo un pensamiento. Allí seguirían, estoicas, firmes, como en los mejores tiempos: los de la pintura, el rasqueteo y la modelación...

Mas, ¡cuidado!: los niños no deben escuchar. Los días siempre habían sido grises, y las paredes de la escuela, de las casas, de los museos, de los teatros, de los cines y de los juegos atléticos, siempre habían sido así: viejos, herrumbrados, tristes y mohosos. Sin colores ni estilos. Rústicos, cuadrados, pedregosos y ruinosos.

Por lo tanto, todo estaba bien. Los días eran grises.

Dos

Un día, en el patio de la escuela, una de las tantas de aquella desolada ciudad, ocurrió algo.

Algo común.

Algo a que los mayores ya estaban acostumbrados. Los niños, en cambio, estaban conociendo el mundo, y, por ende, debían superar día a día nuevas sorpresas.

Pero aquel hecho en la vida de Fermín era, como todos los grandes sabían: *El Hecho*. Y había sucedido de pronto. En realidad, como siempre parecía ocurrir.

Los viejos y los jóvenes recordaban bien sus casos particulares. En todos ellos había acontecido súbitamente, y seguiría sucediendo así.

Fermín se había apartado, junto a sus tres amigos predilectos, del grupo que ensayaba rondas en el centro del patio de juegos. Estaba enfrascado –con la atención propia de un niño– en la admiración y entendimiento de un extraño elemento que su padre fabricara con hilo y trozos de cuero. Éste había asegurado que el tal objeto era un simple balón, y que no podría agregar nada más. Sólo les había mostrado su ritmo de rebotes al estrellar aquel rostro recortado contra la superficie despejada del salón de la casa.

El balón estaba allí. Ahora ellos debían inventar con él un juego.

Parecía fácil y divertido.

Desinflado y oculto entre los útiles, Fermín lo había traído a la escuela.

Y el momento del recreo llegó. Los preceptores se alejaron.

Podrían, pues, jugar con el extraño invento.

Fermín dio una idea a sus amigos. Los cuatro se colocarían separados a distancia prudencial y empujarían el objeto con el pie, el uno al otro, el otro al uno, y así sucesivamente... Hernán, en cambio, habría preferido arrojarlo con los brazos. Aquello de hacerlo con los pies no era cosa fácil, pero –por eso mismo– Fermín había insistido en hacerlo con ellos porque el riesgo de una caída

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
aumentaba, a su entender, el interés del juego.

Aceptadas las reglas, comenzaron.

Transcurridos los primeros minutos, y formando un cuadrado imperfecto, el balón recorrió con mal trato las extremidades de unos y otros.

Pero los niños reían. Aquello era sumamente divertido. El resto no entendía aquella jarana especial, por lo que cada grupo continuó en lo suyo.

Todo era perfecto. El viento, la nieve y ahora aquel fascinante globo marrón.

Todo estaba bien. Sólo los adultos estaban tristes. Y sollozaban. Siempre en secreto. Nunca delante de los niños...

Faltaban algunos segundos aún para concluir el recreo. Los niños seguían jugando. Hacían rondas y parecían cantar con esos sonidos uniformes y acompasados que brotaban de sus boquitas toscas, duras y torpes.

En aquella esquina del patio, cuatro inventores se deleitaban golpeando cada vez más al indefenso objeto.

De súbito, un niño quedó inmóvil. Demasiado inmóvil para ser una broma.

Era Fermín.

Los compañeros se acercaron a verle. Lo tocaron. Estaba rígido. Entonces, los tres corrieron asustados. Los demás niños seguían con sus rondas y cantando.

Luego, todos se volvieron. Pusieron sus ojos luminosos y eléctricos en aquella humanidad inmóvil.

Los preceptores se acercaron a Fermín. También los niños.

Los preceptores ordenaron a los niños volver a las aulas. Después, uno de ellos regresó a Preceptoría, descolgó un misterioso tubo y efectuó un llamado a unos seres invisibles. Les dijo que vinieran rápido, que era una emergencia. Que en un niño había sucedido lo común...

Luego de colgar el tubo en una saliente del aparato parlante, pensó en volver al patio de la escuela, pero no lo hizo. Volvió a levantarlo y discó unos números. Le dijo a otro ser invisible que su hijo estaba enfermo, que no era nada malo, pero que sería llevado al Centro Médico más próximo. Le rogó se llegara hasta la escuela. El ser invisible contestó con un sí grave y el preceptor regresó.

Allí estaba Fermín.

Quieto.

Con los ojos apagados...

Tres

El vehículo rugió velozmente. Unas manos toscas, duras y torpes como todas, lo conducían.

La ciudad estaba muy sola. De vez en cuando algún ser tosco, duro y torpe deambulaba por el viento y la nieve en los eternos días grises de las calles y caminos de la Tierra.

El vehículo eligió la recta despejada. Lo hizo, no por necesitarlo demasiado sino como precaución. El colchón silencioso de aire asentaba suavemente su pesada carrocería. Pero podría descomponerse. Entonces, las ruedas andarían mejor por el rumbo desierto de nieve. Además, de ese modo podían recordar los días verdes y azules. Los jóvenes y viejos sabían muy bien de ellos. Los niños no. Y Fermín pronto se daría cuenta que, los días, podían ser distintos.

El coche se detuvo. Algunos hombres toscos, duros y torpes llevaron a Fermín dentro del edificio. Los padres de Fermín estaban a su lado cuando penetraron en el ruinoso local. Afuera, en horrible diseño, se leía: CENTRO MEDICO NORTE.

Unas extrañas máquinas se movían matemáticamente en todos sus complejos circuitos. Algunas producían pequeños elementos: roscas, bulones, listones de acero, etc. Otras tomaban algunos aparatos ya armados y los ensamblaban rítmicamente para producir aparatos más complejos. Era un gigantesco taller aquello.

Algunos hombres manipulaban con ademanes de marionetas un sinnúmero de controles y las máquinas continuaban su marcha. Un día se detendrían. En poco tiempo, tal vez. Después quedarían sin aceite y sin vida, herrumbrándose con el silencio de los siglos. Pero mientras ese día no llegare, los hombres toscos, duros y torpes tratarían de hacerlas funcionar alegremente, cuidándolas como nunca habían sabido cuidar de ellos mismos.

En otro lado, no tan distinto del anterior, en un sitio bien iluminado y espacioso, estaban las camas. Alrededor de ellas, algunos hombres daban vueltas, hacían gestos, sostenían en sus manos pequeños y grandes artefactos, mientras hablaban un idioma difícil de entender.

En las camas podían verse tanto a jóvenes como a viejos. Mas cuando llegaba un niño, aquello era un silencioso revuelo; y, a pesar de que muchos hombres y mujeres toscas, duras y torpes rodeaban su lecho, todo se hacía sin ruidos y de modo sincronizado. Los ruidos estaban en el otro lado del edificio.

Cuarto

Cuando Fermín se levantó al otro día, sintió en su alma desconcierto. El espejo de su habitación lo mostraba diferente.

Pero afuera, el viento y la nieve seguían acompañándolo. Por lo tanto, todo parecía estar bien.

No obstante, tenía razón en extrañarse. Él había cambiado. De ello no cabían dudas. Estaba más alto. No sabía por qué, pero estaba más alto. Sentía además que su cerebro funcionaba con mayor libertad. Podía intentar razonar sobre ciertos límites que antes le habían impedido entender muchas cosas.

Había cambiado.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Incluso, sintió mayor flexibilidad en sus movimientos.

Tanteó su cuerpo. Sintió la misma sensación de siempre. Estaba tosco, duro y torpe, aunque no tanto como antes, por lo que sólo debía preguntar lo ocurrido.

Apenas recordaba aquel juego en el patio de la escuela.

Se sentó en la cama e intentó recordar. Sólo vinieron a su memoria aquellas rústicas acciones, aquel empujar de un lado a otro, de un pie a otro, el redondo y cómico regalo a quién su padre llamara balón.

Y Papá Maniel le explicaría. Debía hacerlo. Nadie mejor que los padres para explicar con tacto algunas cosas importantes en la vida de sus hijos...

Fermín salió a caminar aquella mañana por la ciudad. Se dirigió hacia el lugar donde, antiguamente y según sabía ahora, los barcos atracaban para llevar, a otros países, alimentos y artículos que, por sí mismos, no podían producir.

Luego, con la guerra, todo había quedado así: en ruinas. Todo había quedado desmoronado. Las ciudades y los hombres.

Todo.

El viento y la nieve seguían a su lado. Les sonrió por dentro.

Sus labios no servían para sonreír, pero su cerebro sí.

Entonces, volvió a sonreír.

La ciudad seguía estando sola. Poco a poco iba muriéndose. Como los hombres...

Fermín dejó de sonreír. Había llegado al viejo muelle. Allí los días eran más grises.

Recordó lo que sus padres dijeran sobre ellos. Pensó que antes los había amado con seguridad. Ahora todo cambiaba. Sabía que los días podían ser verdes y azules...

Creyó temblar. ¿Habría de odiar a sus fieles compañeros de aquí en más? Los días verdes...

¿Cómo sería aquello?

Los días azules...

¿Y si hubieran mentido?

Una luz de esperanza hizo más luminosos y brillantes los nuevos ojos eléctricos. Se acomodó como pudo sobre el madero húmedo y marrón del muelle. Las aguas se movían. Las olas grises salpicaban su mirada. Fermín sintió que deseaban jugar con él.

Volvió a sonreír. Pero sólo un instante.

Se tocó con una mano, la mano. Era tosca, dura y torpe. Y negra. "Qué raro - dijo-, nunca habría reparado en ello de no ser por... Uno debiera preguntarse por qué Dios no...".

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Se tocó las dos piernas. También se palpó su tronco. Todo era tosco, duro y torpe. "... ¿el hombre de carne? ¿Y huesos?...". Así le habían dicho. Lo cierto era que él nunca podría dejar de ser feliz. No podía concebir con facilidad algo tan disímil a aquello tosco, duro y torpe que le daba protección.

Ahora era un joven. Algunos jóvenes estaban tristes. Pero él no entendía aún por qué...

Pasó un largo rato mirando el mar.

Después se levantó y se fue. Retornaba al hogar.

Definitivamente, no entendía a sus semejantes...

Cinco

Habría transcurrido un mes desde que a Fermín lo alcanzara aquel acontecimiento común en la vida de los hombres, cuando esa tarde regresó turbado a su casa.

No saludó a nadie.

Su padre se miró con su segunda esposa sin decir palabra.

Fermín se encerró en el mohoso cuarto, antes hermoso y acogedor; ahora, frío y siniestro.

Y lloró amargamente.

Sin embargo, odió a esas lágrimas. Ni siquiera ellas eran reales. Así le había dicho Lina.

Se golpeó con una mano la otra. También se golpeó el tronco y las piernas. No sintió nada.

Entonces, volvió a llorar amargamente.

Y las volvió a odiar. Odió a ese llanto porque no era más que un ridículo espejo que intentaba venderle una humanidad que ya no existía en él.

Que no existía en ningún hombre...

Sus padres sabían lo de Lina. Fermín se había enamorado. Pero ellos no podrían...

Y todo desaparecería.

Los hombres morirían un día gris, en una ciudad gris, con un viento gris y una nieve gris.

Por eso, Fermín, seguía sollozando...

De pronto, aquella corriente ácida dejó de circular por su joven, tosca, dura y torpe cara. Había agotado las reservas.

Su cerebro había quedado solo. Solo para comprender que era lo único humano que, desde hacía una década atrás, quedaba en la figura de los despojados hombres. Solo para comprender que todo ese cuerpo, y, con él, sus manos y piernas, eran un complejo sistema eléctrico, renovable de tanto en tanto,

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

para adaptarlo a su desarrollo, activarlo y protegerlo contra la radiación mortal del viento y la nieve de aquellos atómicos días grises... Solo para comprender que, los autómatas, no pueden amar ni tener hijos; y, por ende, comunicar la vida para multiplicar su raza como las estrellas del cielo...

No pueden hacerlo, porque el tiempo se ahogó en la escarcha de esos días grises.

De los últimos días, Fermín...

IV - EL HOMBRE³⁰

*A la Poeta **Dra. Graciela Maturo** y al Prof. **Oswaldo Raúl Valli**: estudiosos y consejeros amables, incansables militantes de la vida y buscadores de la verdad, la justicia y la paz; amigos en las letras, y hermanos en la Fe y Humanidad...*

Ahora, vamos en busca de un nuevo Nacimiento...

Uno

La casa no estaba sola.

El rumor de viento radiactivo penetraba los rincones y esquinas de sus muros. El polvo del descuido la había cubierto sin sorpresas de una blanca ancianidad...

Los muebles estaban quietos y sucios. La cámara del descanso estaba quieta también. Y la cámara de los aromas. Y a cámara de los mensajes y los libros. Y la cámara de los juegos e invenciones...

Todo estaba inmóvil. Más inmóvil que nunca, excepto por aquella silla de crujidos ancestrales.

De ahí que, la casa, no estuviera sola.

Dos

Había tibieza en su interior.

A pesar del viento gélido, rebuznante y mortal que forzaba invisibles aberturas, todo se mostraba invitante, acogedor...

Y si alguien hubiera penetrado de improviso en ella escapando de los copos de nieve y radiación que fantaseaban la atmósfera, los árboles y las piedras, habría deseado toparse con el aroma alegre y dulzón del tabaco quemándose como en un rito haitiano, en una tosca, dura, pero no menos importante pipa de madera.

³⁰ Santa Fe (Argentina), 1975. Texto ajustado a Mayo 2015. Su versión original integró la primera edición del Libro **"LOS ÚLTIMOS DÍAS"**, ob. cit., págs. 43/45.

Publicado el 24-12-2005 (bajo el título de **"El Hombre"**) y el 27-07-2008 (bajo el título de **"Pesadillas"**), formando parte del relato **NOSTALGIAS DEL FUTURO** en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)** – Director: Denis Roland Jurado.-

Como en los días verdes, verdes y azules...
Los días de los buenos tiempos. Los del Paraíso terrenal.
Más, nadie entraría en la casa de tal modo.
Imposible.
Sin embargo, la casa no estaba sola.

Tres

Los ojos claros y serenos se abrieron.

Casi con tristeza y desesperación giraron hasta dar con el resplandor del amanecer.

Unas manos toscas, duras y torpes recorrieron la lluvia de hilachas amarillas que ocultaba el albor de la mañana. Y los ojos vieron que el mundo despertaba nuevamente gris en aquel día.

Después se cerraron.

Unas lágrimas casi reales empañaron -como antaño- el rostro tosco, duro y torpe como las manos. Afuera, la nieve y el soplo radiactivo que durante cien años azotaran al planeta, habían dejado un cielo plomizo, encapotado...

Las manos toscas, duras y torpes intentaron borrar, con una especie de orgullo, las fisgonas y pensantes líneas que cruzaban sin prisa la grotesca faz de aquel hombre.

Luego, los ojos se abrieron. Miraron el silencio de la casa pequeña y preñada de sombras al posarse con suavidad en los marcos de la ventana.

Allí se quedaron, mirando y esperando.

Esperando que un sol aguerrido y estrenado fundiera la piel del mundo, quemando las grises auroras que herían su desierto polvo.

Esperando que en los brazos cuarteados y avezados de los árboles, volvieran a despezarse, junto a las flores, millones de hojas y de pétalos ardientes de luz y color.

Esperando que las crías animales irrumpieran de huellas los olvidados bosques de la Tierra.

Esperando que los laberintos tejidos de estrellas y luciérnagas campestres, bordaran los sueños de los hombres con mágicos poemas y cuentos aleccionadores.

Esperando que los días grises murieran germinando días verdes, verdes y azules. Como en los buenos tiempos... Los del Paraíso terrenal.

Después, morir...

Pero, si aquello era cierto, si en verdad se trataba de *El Viviente*, del primero y último Hombre sobre la tierra, sus ojos se nublarían viendo días verdes, verdes y azules...

Alguien habría de entenderlo. Entonces, no se cansaría de esperar.
Alguien aflojaría la escarcha y las rocas que amurallaban los cielos en nubes grises.

Y lloraría.

Con libertad. Con alegría. Como sólo un fantasma o un *robot*, llamado Adán, podría hacerlo.-

EL VIEJO DEL PARAGUAS BLANCO³¹

A los amigos en la Palabra y hermanos en la Fe y Humanidad, Dennis Roland Jurado (MCH- Alicante, España), Luis E. Prieto (REMES - Madrid, España), Cristina Oliveira Chavez (OMT – Texas, USA) y Virginia Eunáte Goikoetxea (ARISTOS INTERNACIONAL – Alicante, España), militantes del Verbo y peregrinos de Sueños; con eterno agradecimiento...

Hacia el nuevo Edén

La noche llegó. Y era muy bella.

La noche vino con una brisa fresca que alivió la paciencia de muchos ante el calor húmedo del enero latino. Su paso acariciante invitó a grillos y vecinos a esperar la medianoche en los jardines noctámbulos o en los porches patriarcales de las casas del barrio suburbano vestido a media luz. Aquéllos, con su agrietado timbre; éstos, dibujando lunas, contando estrellas, o hablando de modas, deporte, política o economía...

Sólo el viejo no estaba en las aceras.

Con la ventana de su Altillo abierta de par en par, se había recostado arropado aún volcando su memoria en recuerdos casi lejanos en el tiempo...

Una tierra nueva, salvaje y turbulenta lo estrechaba en una lluvia de gases y moléculas de vida aún intoxicadas por el arrebató creacional. Recién había nacido y estaba solo. Y era muy pequeño. Tan insignificante... El ruido de los motores de Dios ganaba el espacio, y todavía parecía no haber lugar para él. De modo que corría y corría entre nubes de seda y esperanzas urdidas por el Señor de Todo y de Todos, hasta que se vio crecido por los años, y desnudo en aquel vergel que gustó en llamar El Paraíso.

Después que Eva aterrizara a su lado, los demás hombres también acabaron por nacer.

³¹ Santa Fe (Argentina), 1976. Texto ajustado al 21-11-2005. Su versión original del 24-03-1976, integró la primera edición del Libro **“LOS ÚLTIMOS DÍAS”**, ob. cit., págs. 69/78.

En versión del 05-11-2005, fue publicado en el Magazín virtual **MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)** – Director: Denis Roland Jurado.-

El Paraíso fue el sitio de luces y sombras que Dios mandó a construir para ellos, y su descendencia...

Pero fue una felicidad pequeña. Tan pequeña e insignificante que, al paso de la Historia, sólo quedó como una metáfora de la forma evolutiva en que la especie había asomado su inteligencia, voluntad, sentimiento y libertad en el Universo.

Fue así como, desde Atlantis a Sodoma, y de París a Las Vegas, pasando por cada gran ciudad que ellos levantarán, y por cada rústico pueblo de avanzada colona que alzarán, se lo había exiliado. No había lugar para él en ninguna posada. Centuria tras centuria. Milenio tras milenio...

Costaba, pues, encontrar el punto indicado. Uno sólo, siquiera. La armonía y el razonamiento se doblegaban al orgullo: la soberbia, la avaricia, la envidia y la vanidad lo tejían sólido e inmutable. Con una enorme capacidad para obnubilar aquellos dones primigenios con que el hombre había nacido a la tierra, desde la tierra...

Por eso lo había intentado: encontrar un *punto* desde el cual comenzar nuevamente, conforme a los principios del Plan Maestro o Director.

Pero dos millones de años después, acabó por declararlos necios.

A todos. O casi sin excepción. La santidad era un espejismo en el desierto de la concupiscencia. Y ya no había *Juanes Bautistas* que proclamaran el Reino en este mundo.

Él, con su paciencia infinita y misericordiosa, setenta veces siete crucificado y resucitado, pareció cansado de verse eternamente incomprendido y rechazado.

Su Mapa Humanístico de Situación parecía un mudo cementerio de colores agitados.

Pero los hombres no sabían de cementerios. Y el cupo de mártires de la bondad se había agotado. Con tristeza recordó el Diluvio y la destrucción de Gomorra y su vecina corrompida. Nuevamente, la autodestrucción estaba ahí, y nadie parecía darse cuenta, ni aceptar los alertas naturales.

Entonces, como en un milagro de muchas noches de oración en el Monte del Desamparo, el *punto* que buscaba brotó...

Sin embargo, no pudo presentarse en seguida en aquel lugar donde sintió latir - otra vez - su confianza en ellos. Primero, se hizo cargo de aquella reducida partida de apóstoles consecuentes pero melancólicos e introvertidos que, por su desesperante moral, merecieron su especial atención...

Entusiasmado, les renovó poderes y autoestima, y los lanzó de dos en dos en busca de almas perdidas. Después, firme su ánimo, *Él* también partió...

Estaba en Megalópolis. Preparó las valijas, pagó el hotel, subió al avión, luego al ómnibus y, al cabo, aunque hubiera podido proceder de otra forma conforme a

sus extraordinarias facultades demiúrgicas, descendió como un mortal más a ese pueblo. Al nuevo Edén predestinado, por su irrefrenable afecto a la vida...

Y el nuevo Adán esperaba, sin saberlo por supuesto.

El viejo (por lo de eterno joven), suspiró profundamente desde el Altillo, y supo que la noche bella y fresca duraría novecientos noventa y nueve mil años.

999 mil (por lo menos).

Don Carlos Bonafortuna

No fue sino desde que don Carlos Bonafortuna comenzara a sentir cosas extrañas en el alma y a desvelarse en sueños de atrevidos arlequines, que el tiempo volvería a tener importancia para él.

Era indudable que, hasta ese instante, las horas habían latido -midiendo el pulso del Universo- tan lenta o velozmente como siempre aconteciera. Y era lógico suponer también que, ningún hombre -y menos don Carlos, cuya esperanza se había robustecido aquel día, como un milagro, misteriosa y totalmente- habría puesto su cabeza a pensar que, en algún momento, el péndulo divino -oculto en la sangre de lo vital- podría agregar -a su lista de servicios horarios- una instancia más en el acomodado e inconsciente transcurrir de la existencia humana...

Nacimiento era un pueblo donde nunca pasaba nada. ¿Y entonces, por qué...?

Lo cierto es que desde aquella jornada, el número novecientos noventa y nueve comenzaría a tener desmedida consideración para el viejo Bonafortuna.

No en vano, noche a noche, miedo a miedo, y fiebre a fiebre, había sumado a su primer muñeco fantasmal -a quien viera danzar sobre las agujas de un gigantesco reloj como a un dislocado minuto transformado en año- a esos otros novecientos noventa y ocho payasos de colores indefinidos que ensanchaban muecas, estiraban sus lenguas y aturdían los sentidos con estridentes carcajadas...

Primero habían ido apareciendo, codo a codo, deslizándose a velocidades discontinuas sobre la circunferencia del gran marcador. En esas noches, mientras formaban su tropa de espantajos vibrátiles y deslizantes, habían mantenido seriedad en los rostros pintados y sombríos. Después, ya completos, parecieron desenfrenar su conducta en un agitar incesante de sus cuerpos etéreos. Las muecas del silencio se volvían como máscaras burlonas y parlanchinas que cuchicheaban y señalaban con dedos -de pronto- incisivos y alargados, que perforaban sus ojos, robaban sus imágenes para, luego de vaciarlos de recuerdos, volver a emplazarlos en el rostro definitivamente ciego del espantado reo...

Y de no ser por la alegría de haber sabido conquistar al pueblo que el viejo tenía, y de saberse recompensado de algún modo por la calidez de su gente, se hubiera vuelto loco en seguida. Sí, aquel gozo atemperaba en algo una pesadilla de siglos que había saltado de la noche a la mañana para hacer oír a sus chillonas marionetas, sus lejanos tambores, risas, voces y gritos de amenaza...

Y si bien nadie en Nacimiento despreciaba sus consejos ni la oportunidad de sentarlo a su mesa (*¡Maestro! ¡Quédate con nosotros porque ya viene la noche...!*), varias razones coadyuvaban a ello. Una de ellas, por ejemplo, y aparte de su elocuente sabiduría, había sido su sencillez para convertirse nada menos que en el Jardinero del Pueblo.

El mejor.

Y aunque esto no pudiera entenderse demasiado –por cuanto la figura del viejo sería siempre la de un escritor en tren de vacaciones–, don Carlos Bonafortuna había resultado un Maestro además con la pala y la azada. Sus conocimientos de semillas y métodos de siembra habían dado frutos, y Nacimiento era un excelente muestrario de las más variadas especies de plantas y flores. Tanto era así que alguien habían pensado convertir al pueblo de Emaús (para sus fundadores) o de Nacimiento (para sus actuales habitantes) en capital de la floricultura, y atraer turistas, cobrar un poco más de lo justo y engrandecer la villa y los bolsillos de sus astutos habitantes disfrazados de simpáticos anfitriones...

Claro que... no pudo ser.

Era aquella idea tan incongruente en la actitud como en sus maliciosos efectos deseados con su escala de valores (*¡Vean! –dijo, un día- ¡Que vengo a hacer nuevas todas las cosas en este pueblo! –y algunos se rieron*), que el viejo se negó obstinadamente a invadir su vergel con el zumbido enloquecedor de abejas farfullando gomas de mascar, embadurnadas de chocolate y almíbar, o a contaminar la atmósfera de sus caminos parquizados con el humo de cerillas, cigarros y cigarrillos, que hasta amenazó con destruir de un soplo lo que en novecientos noventa y nueve años había construido (*¡No hagan de la Casa del Bueno una cueva de ladrones!*).

--- “¡Retrógrado!” –sentenciaban los volantes (“*Los enemigos me humillan...*”).

--- “¡Tonto frustrado!” (“*...mis vecinos se burlan...*”).

--- “¡Egoísta!” (*..., y mis amigos me rechazan*”).

Y eran como fantasmas encolumnados como postes en su Avenida de Acceso, o como nubes huracanadas azotándose en lo Alto.

Pero al viejo nada importaban los volantes y su torpe caligrafía de insultos... Sí, en cambio, los fantasmas: en ellos había almas prisioneras de lo Oculto, y verlos

ahí, tan cerca y, a la vez, tan lejos, tan dolorosamente caídos en un abismo sin retorno, le partía el corazón.

Varias veces su pulcro paraguas blanco –mágico símbolo de una anciana eternidad que inmortalizaba de juventud a los hombres justos- hubo de suavizar, en su piel, las arrugas del insomnio contemplativo y orante. Aquel paraguas, una circunvalar y enorme hostia sacramentada que ocultaba la luminosa aureola de santidad que lo coronaba, varias veces le había transportado hacia el Edén mental con que soñaba convertir a Nacimiento. Allí, su cuerpo, sangre, alma y divinidad, descansaba. Y acallaba el tronar insoportable de aquellos pobres demonios, confundidos por su Presencia serena y alerta, con las que amurallaba a los habitantes del nuevo Emaús de sus embates siniestros. Entrando y saliendo del pueblo. Apareciendo y esfumándose en las brumas de la noche o en los brillos del atardecer. Sobre todo en esa última semana...

Es que por alguna razón, que no tardaría en develar, aquellas bestias oníricas que habían conseguido enmudecerlo como a Zacarías en las montañas de Judea, habían agudizado los ataques con tanta celeridad y continuidad, que ya ni el blanco paraguas alcanzó a disimular el sudor de sangre que terminara derramando en el Huerto de Getsemaní. Un sudor frío, tembloroso y achacoso que derrumbaron por tres veces al viejo, y lo postraron como crucificado en tierra de herejes y paganos... Un extranjero en su propio pueblo.

Feliz Día

Pero en aquel día de verano, tan bruscamente como aparecieran delante de su mente, los fantasmales arlequines desaparecieron...

Y el viejo no cesó de dar gracias al Creador porque todo parecía haber terminado. Las tareas del vergel esperaban. Y sus almas también.

Sin embargo, sólo algunas horas duraría el respiro.

Porque el extraño llegó. A las tres de la tarde, llegó.

Y era tan extraño como el viejo cuando arribara a Nacimiento unos cuantos siglos atrás...

Para este extraño no hubo un niño ágil, intuitivo y generoso que ofreciera albergue. Ni un baño refrescante para una piel reseca por la intemperie de los tiempos. O una fina colonia que abrevara en aquella barba sucia y maloliente,

mezclada con aguijones de saliva amarga en los cercos mustios de una boca quebrada y sedienta. Ni nadie que se mostrara inquieto por él, o impactado por la

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

magia de un paraguas –como el del viejo- pero brillantemente albo, capaz de abrir un cielo y mostrar una ciudad cristalina de copos tenues y acrisolados, con ángeles revoloteando otro vergel –como el del viejo-pero de ensueño, orilla de un lago de aguas perfumadas y azules y verdes, arrastradas lentamente por una tortuga de corales de otro mundo... Un paraguas blanco, blanco, capaz de convertir el nerviosismo de su extraña apariencia, en un carrusel de amigables espectros anaranjados o aturquesados, justo al transponer el portal de la invitante estancia de Nacimiento, entonando una dulce y añeja canción infantil (*“Manbrú se fue a la guerra, chiribim, chiribim, chiribim...”*). Un paraguas capaz de recuperarle –sin dejar por ello de sentirse ajado de combates- la juventud de sus trapos, trocando el andrajoso aspecto con que asustaba a sabios y prudentes, por la olvidada imagen de un hombre elegante, sensato y formal...

Tampoco hubo para este extraño -como para don Carlos Buenafortuna- alguien atento y jovial -como doña Elena, rostro vivaz, pelo rizado y, al igual que sus ojos, oscuro como lo desconocido- que le sirviera licor y masitas; o deseara -como don Ernesto, hombre maduro y locuaz, rostro firme, pelo corto y, al igual que sus ojos, claro como lo conocido- jugar con él ajedrez y fumar un buen tabaco, y estirar las piernas y descansar de tanto trecho maltrecho recorrido, y pensar para sí, que aún para alguien como él, era hermoso, de vez en cuando, volver a flotar...

Porque don Carlos había uno solo. Y don Carlos había sido el primero en advertir desde su Altillo la llegada del Otro, tan joven y sonriente, saludador de todos pero conversador de nadie.

El visitante se hospedó en uno de los hoteles más antiguos del pueblo. Traía una delgada maleta, como de médico o de doctor en leyes, que parecía bastante pesada.

Con una irónica mueca con apariencia de sonrisa, firmó: *“Feliz Día”*, y eso es lo único que se pudo averiguar sobre su callada persona.

A nadie importaba que fuera alto, robusto, de cabellera larga y negra, y de ojos rojos y profundos como las noches perfumadas de Nacimiento. Tampoco que llevara esa barba espesa y ocultara sus rasgos ahora lozanos, con lentes azules tornasolados.

Pero sí hubiera importado (e importaba) o hubiera sido indispensable, saber a tiempo la oculta razón de su venida; sobre todo luego de que, sin mediar explicación alguna, a las siete de la tarde, cuando don Carlos Buenafortuna y don Ernesto “Che” Guevara, después de sus famosas discusiones a cielo abierto sobre la cuestión social y su vinculación con el destino trascendente del hombre, emprendieran una impensada y sempiterna partida del Emaús de Otros Tiempos hacia un destino inescrutable, la gente del pueblo que cuidaba de sus flores o arreglaba sus casas -pero recelosa aún de lo que el vecino hacía y de

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

cómo lo hacía- viera azorada colocar al visitante, en medio de la arteria principal y a pocos metros del Altillo y lugar donde había vivido el viejo Buenafortuna, un llamativo cartel que decía:

“Pueblo de Nacimiento, del Emaús de Otros Tiempos: prepárate para el gran cambio. Dentro de dos días, el próximo domingo, el Reino del Progreso y el Consumo llegarán hasta ti. Todo está arreglado. Todo ha sido preparado. Sólo debes esperar y alegrarte, porque tu Hora, finalmente, ha llegado...”

Y, así como llegara, el extraño pagó la cuenta del hotel que habitara un mes de diciembre del 999, tomó el ómnibus de aquel viernes a las tres de tarde, y dejó a aquella multitud perpleja sin don Carlos, ni don Ernesto, y con un letrado enigmático profetizando vaya a saber qué consecuencias para su historia de pueblo sin historias...

Testigos

Entonces fue cuando Nacimiento se agitó en un mar de hipótesis sin respuestas, y sus dudas crecieron hasta el miedo de saber que algo malo pasaría, y no habría de suceder sin ayuda de adentro.

Pero sería difícil encontrar a los traidores.

Todo era confusión y quedaba poco tiempo para detener lo que fuera que pensara venir... De cualquier forma, y a pesar de los residuos de comentarios e interrogantes que quedaron colgando de las campanillas y petunias recientemente florecidas, la conclusión no pudo ser otra que la de acusar al extraño como loco de remate.

Los sospechosos –siempre es posible encontrarlos cuando la desesperación cunde, ausente la esperanza y la racionalidad para esperar con fortaleza lo que no se puede adivinar- habían negado tan firmemente su intervención en el asunto, que, con el cartel incendiado, las plantas y las flores volvieron a ser, al menos por cuarenta y ocho volátiles horas, la diaria preocupación de los habitantes del pueblo.

(Excepto, eso sí, para don Carlos)...

En un lugar sin sitio, separado ya de don Ernesto, don Carlos Buenafortuna tuvo esa noche, la Noche del Día de Feliz Día, la alborozada visita de sus malvados arlequines. Aquellos fantasmas, atrevidos y bulliciosos, no sólo volvieron a danzar en su mente sino en las calles desiertas pero aromatizadas del pueblo por los últimos aromas de los vergeles del Vergel del viejo del paraguas blanco. Con

tambores, colores, dedos alargados y punzantes, risas estridentes y gritos de

espanto, acabaron por convencer a don Carlos que su Hora había llegado, y la Paz construida en armonía de intereses y complejas personalidades –pues cada hombre es único e irrepetible, y con cada nacimiento, la historia de Nacimiento volvía a recrearse- pronto se convertiría en...

Y don Carlos pegó un grito. El viejo gritó pero con un mudo gemido de horror, y comenzó a sollozar... Su lenta agonía de sudores de sangre volvía a repetir, por enésima vez, el Getsemaní de su incursión hebrea.

Entonces...

--- ¿Entonces, se va?, preguntaron sus once testigos. Don Ernesto hacía poco que se había alejado para colgar su cuello del retoño de una higuera maldecida por la propia Historia del Pueblo, frustrado por lo que había concluido como el fracaso de una revolución incomprendida...

--- ¿Se va?, repitieron sus acólitos desolados. También don Ernesto desapareció.

--- ¿Y quién nos enseñará a cuidar los vergeles de niños e inocencia, de claveles y tulipanes, astromelias y rosas (porque la vida es pétalo y espina), de fresas y marimoñas, conejitos y petunias, pensamientos, narcisos y alelís, y conciliar los ánimos y amaestrar los pecados capitales de nuestra gente...? – insistieron más desolados aún-. ¿Y quién desenrollará de colores los copetes, erikas y jazmines kimura; alegrías del hogar, azaleas, cinerarias y hortensias?

--- Me voy, afirmó el viejo. Pero no los dejaré solos. Heredarán mi paraguas blanco, y su hostia consagrada al Señor de Todo y de Todos, será alimento de sabiduría y fortaleza para los que se amparen en El. Hagan tabernáculo de su presencia y busquen su sombra en memoria mía...

--- Pero... ¿Adónde irá, si pronto llegará la noche?, le preguntaron bajo súplica.

--- Adónde yo voy, ustedes no pueden ir. Pero después me seguirán. Cuiden a los niños de los vergeles más que a sus propios vergeles. Si se hacen como ellos me encontrarán dónde yo esté...

--- Pero, ¿cómo podrá haber niños si envejecen helechos y amarantos, aljabas y lazos de amor? ¿Y se precipitan las estrellas federales, resecan las begonias y frutillas de jardín, y declinan los fikus, asplenium y acordatum?

--- Tomen, agregó –y diciendo esto, les entregó su paraguas blanco-. Y cuiden de él para que jamás lo confundan con el del Otro. Porque no es oro todo lo que reluce. ¿Acaso no estaba escrito que muchos usurparían mi nombre, y que llegarían días en que todo sería arrasado y no quedaría piedra sobre piedra de Nacimiento ni de su Vergel?

--- Pero, Maestro, ¡llueve! Mire usted. ¡Se ha puesto a llover! ¡Y el ómnibus del viernes a las tres de la tarde no pasará! Algunos árboles han bloqueado el camino

y no podrá llegar a ninguna parte...

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

--- Para ustedes no es posible; pero para el Viejo del Paraguas Blanco, nada es imposible...

--- ¡Quédense! Le prepararemos un té caliente y el sofocón pasará. ¿Quién nos dirá lo que hacer cuando el extraño regrese? ¡Debe quedarse con nosotros! Agitaremos la ruda, habrá polvo de albahaca y tomillo, esparciremos menta, lavanda y peperina; salvia, orégano y romero...! ¡No podrá contra nuestros conjuros de magia blanca diseminados por especias olorosas sembradas por todos los caminos como diminutos bonsais de lapachos en flor!

--- ¡Apártense! ¡Porque sus pensamientos no vienen de lo Alto ni del Bueno!

Pero el viejo ardía de fiebre y se había quedado inmóvil aferrado a su paraguas sacramental. Un Mar Rojo de sales brotó de su cuerpo caliente, y los arlequines vinieron a azuzarlo con sus burlas y bromas... Ni un ángel asomó en su auxilio.

--- Padre..., rogó. Perdónalos porque no saben lo que hacen...

Afuera llovía a cántaros, y la lluvia azotaba a los campos y arreciaba fuerte sobre el pueblo amenazando su estructura. Era una lluvia inusual aquella. Como engendrada por las fuerzas... ¿oscuras?

El día de sol y la noche de estrellas no eran más que un recuerdo arrasado en forma súbita y macabra por el agua derramada en torrentes sobre la tierra anegada con rapidez.

--- *“Sí, quizá tengan razón. Quizá sea mejor esperar. Mañana es domingo. Es el día en que ha prometido su llegada... Y, tal vez, precisamente, el agua y todo eso... Sí, será mejor esperar. Además, es cierto, los caminos... Yo podría pasar, pero ellos y el Otro, ¿cómo lo harían?... Sí, esperaré. Voy a esperar...”*, decidió el viejo volcando su cuerpo desfallecido en el lecho del Altillo. Un altillo al que, curiosamente, doña Elena de Guevara vistiera de púrpura hace unos pocos días atrás...

El Reino del Progreso

El albor de la mañana encontró a don Carlos hirviendo en su cama polvorienta y descuidada por la desidia de doña Elena y su corte hotelera. Las pesadillas, multiplicadas por la fiebre, habían agravado sus dolores de cabeza y varias veces, durante aquella noche ahora cálida y húmeda de marzo, se había despertado en sobresaltos y angustia, luchando con denuedo contra aquellos dedos finos, largos y afilados, dedos como de pesadilla *Fredyana*, que habían robado sus ojos; y contra aquellas cadenas firmes que maniataban su cuerpo exánime, ciñéndolo de

tal manera que su contextura sólo era como una fina hebra de materia carnosa y

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

deforme; y contra aquel candado que mantenía ahogada su libertad en el gigantesco armario de un reloj de péndulo que no cesaba de golpear y golpear, bajo amenaza de surcar el umbral de sus 999 años de luchas por el Reino de Dios y su Justicia, para arrebatarse en pocos segundos el inminente milenio de la Eternidad...

Pero no fue el sol con sus reflejos sino los ruidos que, poco a poco, y minuto a minuto, estremecieron la paz de Nacimiento, los que terminaron despertándolo como sacudido en su posada de enfermo, y lo asomaron a la ventana del Altillo para encandilarle los últimos atisbos de razón que brillaban aún en sus pupilas descentradas...

Ellos estaban ahí. A la Hora y al momento prometidos por el Otro.

Todavía no se reconocían mutuamente, pero el viejo sabía que ellos y el Otro estaban ahí, muy cerca..., tan próximos como para hacer inevitable el enfrentamiento.

Lo intentó sin embargo. Evitar el combate del Fin de los Tiempos. Y porque sabía que el Otro había mentido. Y la Hora final no había llegado todavía.

Sí, en cambio y como lo había presentido, ahí estaba -con un fuego de odios y aborrecimientos- la Hora de las Tinieblas y del Desafío para los hijos de Nacimiento; la Hora de la Opción, la Hora en que la División -la brecha, la grieta- se haría palpable entre sus habitantes...

Porque, provistos en los vergeles del Viejo del Paraguas Blanco de inteligencia, sentimiento, voluntad y libertad, deberían elegir, sin excusas, entre El-Señor-del-Amor-Ofrenda o el Príncipe-de-la-Mentira-y-de-la-Corrupción; entre el Dios Providente, Justo y Misericordioso o el César del Dinero y el Poder Concupiscente; entre la Soberbia del egoísmo o la Humildad del manso sembrador; entre la Vanidad narcisista o el Desapego caritativo; entre la Ruindad necia y mortal, o la Trascendencia eterna; entre el Poder del Amor o el Poder del Dominio...

--- ¡Doña Elena, abra la puerta por favor! Soy yo, don Carlos... ¡Ya estoy mejor! ¡Abra la puerta, mujer!, clamó el viejo aturdido por aquellos ruidos siniestros que se acercaban y que sólo él podía captar.

La casa respondió con el eco de su propia voz. Y el pueblo parecía dormido todavía.

--- ¡Abra, por favor! ¿Por qué ha cerrado el Altillo con llave? ¿Qué...?

La voz del viejo, quebrada por el calor que emanaba incesantemente de sus

poros y enrarecía el aire de la habitación, era cada vez más débil... Más débil...

--- Abra..., por favor... Mi paraguas... ¿Dónde está mi...?", olvidando habérselo obsequiado a sus testigos.

Los helicópteros rojos, azules y blancos retumbaron su estridencia con motores de última generación y rudos marines obreros con poderosas gomas de mascar. G.W.B. (hijo del hijo de los hijos) los comandaba, seguido del Otro con su figura enhiesta y barbada, escondido tras unos suspicaces anteojos azules y tornasolados.

El nuevo sol, resucitado a la vida después de aquella marea incontenible de viento y lluvia, fue muerto en un instante seccionado por el aleteo invisible de aquellas plumas metálicas y filosas que alzaban su ronca algarabía sobrevolando los techos húmedos del pueblo... Y venían colgando de sus vientres grises, obesos y camuflados, un racimo de camiones brillantes, palas demoledoras y vehículos menores que desbordaban planos de obra y aparatos de medición...

Así, la imprevista, gigantesca y aérea comparsa imperial de la Logia Iluminada de las Finanzas, las Armas, las Drogas y, por ende, de la Violencia Planificada (LOIFAD-VIP), irrumpió en la mañana pueblerina de Nacimiento, bajo la excusa de detectar en sus túneles y sótanos, armas de destrucción masiva. Aquellas que no habían podido encontrar en el devastado Medio Oriente de la última centuria... Y la mañana pueblerina fue sorprendida en el rostro desencajado y absorto de un millar de cabezas somnolientas y asustadas, asomadas a otro millar de ventanas entreabiertas al escándalo de explosiones, risas, cantos y gritos de guerra...

--- Abran..., gemía una voz solitaria y desmayada.

--- *“¡Venimos a construir, a reparar, a cambiar...!”*, gritaban otras voces al bajar de sus máquinas voladoras como arañas por un hilado de escaleras amarillas...

--- *“¡El Reino de Lord Progreso y Sir Consumo han llegado, y Nacimiento, Nacimiento, no puede ni debe quedar atrás!”*, sentenciaban.

--- *“¡Abajo todo lo viejo, arriba todo lo nuevo! ¡El Reino de Lord Progreso y Lady Tecnología han llegado! ¡Y sólo Don Nadie debe quedar atrás! ¡Venimos a construir, a reparar, a cambiar...!”*, insistían mientras posaban en tierra santa sus patas de oruga y de falsas propuestas de libertad...

--- ¡Sa-Tán! ¡Sa-Tán! ¡Hijo mío! ¡Has vuelto...! ¡Por fin!, gritaba desaforada doña Morticia Elena Guevara, mientras corría al encuentro de su primogénito ángel caído, envuelto en los pliegues de un negro desabillé...

--- ¡Lo has conseguido! ¡Lograste demostrar que los extremos se unen!

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

¡Capitalismo y Comunismo de la mano! ¡Por fin! ¿Adónde están ahora tus enemigos? ¿Adónde la doctrinaria, democrática y misericordiosa Iglesia de la Tercera Posición? ¡Cobardes! ¡Los has vencido! ¡Oh, mi adorable Sa-Tán! Tu padre se ha suicidado. El viejo lo confundió. ¡Pero tú has conseguido matar al Dios Invisible y a sus fábulas de felicidad sin sustento material! ¡Que no sólo de pan vive el hombre...! ¡Ja, ja, ja! ¡Mentiras! ¡Abraza a tu madre, Sa-Tán! ¡Y juntos desataremos el péndulo del reloj del tiempo!... ¡Y morirán! ¡Todos morirán!

Y el joven arquitecto venido de Andrómeda estrechó irónico el pecho de su madre, mientras guiñaba un ojo al Supremo G.W.B.

El grito materno de alegría conmovió aún más a la legión de abejas sepias y fornidas que avanzaban resoplantes por la calle principal, siguiendo al Anticristo... Y era cierto. Todo sería mejor aquel día, no sólo en Nacimiento, sino... ¡en el mundo entero!, pensó doña Elena.

Y estaba claro que la Muerte sabía lo que le había costado convencer al viejo para que se desprendiese de su paraguas blanco, y se arrodillase ante Ella bebiendo vinagre y hiel.

--- Tengo sed..., dijo una voz. Y luego agregó: Todo se ha cumplido. E inclinando la cabeza, donó su espíritu.

¡Ahora sí podría afirmarse que estaba verdaderamente viva!, festejó vistiendo sus mejores galas de negro. Los progresistas, sin embargo, que, al matar al Orante, Contemplador y Hacedor de la Vida (*"Sin Mi nada pueden"*) habían perdido la inmortalidad, ni siquiera se dieron cuenta de ello porque la primera tumba que habría de ser cavada, ya no tuvo sentido...

El viejo y sus ruegos (*pero no -¿por suerte?- su paraguas blanco escondido por alguien en las ruinas de Turín bajo una especie de tabernáculo sagrado*), se habían vuelto en ese instante, sólo un cúmulo de cenizas grises que una pícara escoba mercenaria, se encargó –como otrora a los héroes de unas irredentas islas del sur planetario- de ocultar bajo una alfombra, como a un polvillo cualquiera.

EL NIÑO DE CRISTAL³²

*A los insignes maestros y amigos en las letras y en la vida, **Edgardo A. Pesante** (Y su bello libro de cuentos "Pájaros en la Niebla"), **Miguel Ángel Zanelli** (y su erudición poética en "La Búsqueda") y **César Actis Brú** (y su intrigante ficción metafísica de "El Disco Volador y otras historias"), viajeros inesperados al Cielo de los Escritores: por siempre recordados y venerados: in memoriam...*

I

"... Y Dios creó a los cristales a su imagen y semejanza..."

El ente de cristal envolvió su sombra. Después, giró con lentitud...

Su cuerpo esférico, encrespado por millones de trapecios jaspeados y relucientes, comenzó a rodar la ladera del Valle Ejemplar reflectando y entrecruzando una miríada de fugaces destellos, guiños de un sol enorme y amarillo que brillaba a media tarde sobre el fondo del cielo.

Era como una gigantesca tortuga marina que hubiera escondido su cabeza para no golpearla en los tumbos, pero que, de pronto, se detenía, cambiaba de dirección, y otra vez rodaba y rodaba hasta detenerse para tomar un nuevo destino.

El ente parecía conocer bien la región: una hondonada pintada de blanco y de negro por los haces desnudos de luz y la impertinencia de las sombras montañosas. El valle estaba un poco lejos del pueblo principal, y las entidades de cristal lo admiraban como a un templo de lo eterno.

De improviso, el extraño ser detuvo, pensativo. Cualquiera que entendiera la forma especial de su desplazamiento acompasado, hubiera podido adivinar un gesto de sorpresa en la coraza irisada por plasmáticas entrañas de vida y movimiento.

Es que un costado del cuerpo llevaba adherido un objeto de material desconocido, con formas desconocidas y contenido aún más desconocido. Sin

duda, esa cosa de reducido tamaño era ajena a su composición trapezoidal y

³² Santa Fe (Argentina), 1976. Texto ajustado al 24-06-2004. Su versión original del 27-01-1976, integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS", ob. cit., págs. 79/84.

Publicado el 12-02-1977 en *Diario "El Litoral"* – Santa Fe (Argentina).

Publicado el 24-09-2005 en el Magazin virtual *MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España)*. Director: Denis Roland Jurado.-

había venido sobrevolando el cielo del planeta hasta que, por alguna razón, de súbito, contradiciendo la serena intimidad con que disfrutaba las bellezas del lugar, se había dirigido hacia él e incrustado en su piel con sorpresiva violencia.

Por un instante, inmovilizado de terror, sólo había atinado a sacudirse una y otra vez, pero sin buenos resultados. El problema parecía grave, por lo que echó a andar tratando de no dañar al objeto.

Marchó divagante y sin rumbo por bastante tiempo y, como aquella cosa parecía no querer despegarse, optó por regresar al segundo valle del hemisferio norte - el Valle de las Cuevas Blancas- a casa de sus padres, antes de que su dios amarillo muriera ensangrentado tras las colinas.

Ya en el trayecto al hogar, su estado de ánimo comenzó a mejorar. Había empezado a simpatizar con esa misteriosa piedra grisácea de conformación ovoidal y diminutos agujeros simétricamente dispuestos en forma de anillo sobre el mayor diámetro de circunferencia.

En realidad, pasados aquellos momentos de incertidumbre, su imaginación había comenzado de nuevo a generar expectativas, y no hubo nada raro en que, al fin y al cabo, considerara un tesoro, un verdadero tesoro a tan imprevista aparición.

Y por algo 100-MNX había ganado en todo el pueblo de la Región Circular fama de niño terrible, distraído y melancólico. Es decir, con un carácter nada previsible. Aquella tarde de musicales colores, ora azul o albina, ora verde o rosa, luminosa u oscura, había desaparecido de su cueva. Y la razón de su familiar huida era, esta vez, meditar. Sí, el concurso estaba cerca y, hasta ahora, sus investigaciones no habían dado por resultado más que un amarronado corpúsculo subterráneo con algún sentido estético, que los grandes mirarían con sus enormes trapecios abiertos y burlones, encogiendo algunos y meneando otros, para luego arrojar tal hallazgo en el cajón de las ideas desechadas por lo poco brillantes.

Su habitual distracción, unida al espontáneo terror que experimentara, habían demorado su lógica conclusión, pero, cuando ésta llegó, la indescriptible sensación de alegría que lo embargó hizo que recorriera los tres sectores de medida que lo separaban del albergue comunitario con pasmosa velocidad de rodamiento.

Algo fantástico, y muy bello, cuya materia poseía una insólita superficie allanada había caído en sus trapecios. Y de allí lo insólito e ilógico: nunca hubiera podido imaginar la inexistencia de incrustaciones trapezoidales en un elemento

físico. No había –de acuerdo a su criterio- palabra alguna que conceptuara a esa realidad pulida y perforada tan ordenadamente...

Sí, no cabían dudas. Aquel objeto superaría todos los parámetros del buen gusto. Era un magnífico tesoro y, como tal, habría de protegerlo.

II

Caída la noche, llegó a la cueva.

Sus padres se felicitaron de que, por vez primera, no hubiera sido necesario recorrer la zona hasta encontrarlo. Era muy común saberlo extraviado y formando parte de aquel paisaje de gemas alucinantes. 100-MNX llevaba contadas diez mil estrellas y, a veces, uno podía hallarlo bautizándolas y haciendo un gran esfuerzo para recordar luego sus nombres. De todas maneras, ya crecería y aprendería... Mientras tanto, sólo había que tener gran paciencia y una adecuada cueva de reserva para hospedar a sus amigos y cachivaches, limpiar las huellas de sus juegos, arreglar los destrozos y pagar los insultos justificados de vecinos y conocidos...

Papá 10-MNX chasqueó un trapecio, señaló de manera peculiar la mesa redonda tendida con caseros manjares de cristal puro, y continuó luego enfrascado en su habitual manía de cercenar los brotes desiguales de sus trapecios inferiores que, según él, conspiraban contra el buen equilibrio.

Mamá 11-MNX, tampoco advirtió el paso fugaz del niño hacia el cuarto, ocupada en los quehaceres de la cueva.

¡Ah...! 100-MNX respiró profundamente y, su cuerpo, adoptó una expresión oblonga y apacible.

Cerró la abertura de su habitación. Encendió uno de sus trapecios y, primero con prudencia, más tarde con desesperación, efectuó el postrer intento de librarse de aquella cosa que, como tesoro estaba muy bien, pero como quiste incomodaba los límites de la tolerancia.

Fracasó. Ni siquiera pudo desprenderlo en parte de su caparazón. Y otra vez la angustia afligió sus sentimientos. Todos sus planes se verían comprometidos porque, al no poder zafarse de él para desarmarlo y entender sus secretos, corría el riesgo de no ser aceptado como lícito en la competencia. Ya no podría mostrarlo como gran descubrimiento sino como obra de la fatalidad...

¡Oh...! 100-MNX suspiró largamente... Sabía que los grandes no le entenderían. Pero es que aquello era en verdad un gran descubrimiento, y los descubrimientos no siempre obedecen al esfuerzo de la investigación cuanto más a la orientada casualidad... Tal vez, tal vez papá... 100-MNX dejó de lado su orgullo y, liberando

la abertura, desapareció rodando al punto que gritaba la numeración de su progenitor...

III

Era muy tarde ya. Faltaban pocas medidas de tiempo para que el dios amarillo reviviera tras las colinas.

Había luces en el Centro Mejorador. Los entes turnaban el encendido de sus trapecios mientras parlotaban y rodaban, de un lado a otro, como demostrando preocupación e impotencia por aquello que veían y escuchaban.

100-MNX, dormido todavía, no había sufrido nada. La operación había sido un éxito, pero las consecuencias de la misma, inenarrables...

Los entes parecían mirarse unos a otros y preguntarse cosas. Algunos se mostraban nerviosos y giraban sobre sí mismos a tal velocidad que era difícil apreciar en ellos a los tan familiares trapecios.

Mientras tanto, 110-MNX trataba de explicar a Papá 10-MNX que, su hijo, pronto estaría bien. Que en nada le había afectado el contacto con aquella cosa. Que aquellos seres rosados y blancos, diminutos y ariscos, que saltaban y huían estremecidos con una expresión incomprensible en lo que semejaban sus rostros, habían salido del objeto ovoide y no del cuerpo del niño. Que era imposible comunicarse con ellos o entender sus convulsiones y gritos. Que era imposible descifrar también la desgarrada simbología impresionada en la estructura del objeto, pero que, al parecer, decía: NAVE ETERNAUTA - PLANETA TIERRA - República del Salvador – 25/12/3001... Y que más imposible aún era tratar de explicarse por qué aquellos fantásticos animalitos sustentados químicamente a base de carbono y forrados en macilentas vestiduras artificiales, se iban desplomando uno a uno hasta quedar inertes para luego, tan misteriosamente como todo aquello que sucedía, trastocar su débil conformación ramificada y rosa, en una imprevista tonalidad violácea que los desintegraba –con el paso del tiempo- en un mar de blancos corpúsculos y cuyo origen nadie podría revelar jamás...

CUANDO LLEGUEN LOS DUENDES³³

A mis Abuelos, tiernos y benditos, con entrañable afecto. Y a la consagrada escritora santafesina en literatura infanto-juvenil, Prof. María Guadalupe Puntillo de Allasia, y su enternecedor libro "El Árbol Mágico". In memoriam.

Luigi abrió los ojos y un cielo negro y brillante le mostró el camino. Memo, parecía dormitar.

Los prados artificiales de las afueras de la colonia modular, le ofrecían el mejor de los escondrijos para soñar –como los otros niños- con la mañana, y con aquella estrella que no titilaba, allá, muy lejos de sus pupilas celestes...

La Colonia

La quietud de la noche mostró a las dos lunas reflejadas en el cristal que acampanaba el valle de los hombres, protegiéndolos del frío y de ese silencio oscuro que comenzara a envolverlos...

Las lunas, oblongas y blancas, presidían el rutinario velar de la colonia entibiando su hondonada con tímidos reflejos.

Era la noche sobre las colinas azules, y, el pozo ébano de la llanura viviente, circuido por ellas, dormía sus sueños de conquista a la espera de imposibles regresos...

Dormían los hombres. Y las mujeres. Y las máquinas casi humanas que convivían con ellos.

Dormían los hombres y las mujeres y las máquinas, pero los niños no; excepto uno.

Los niños estaban despiertos; excepto uno, esperando el día...

³³ Santa Fe (Argentina), 1974. Texto ajustado al 28-07-2004 y al 22-03-2018 (30º Aniversario del fallecimiento de Edgardo A. Pesante. In memoriam). Su versión original al 31-12-1976, integró la primera edición del Libro "LOS ÚLTIMOS DÍAS", ob. cit., págs. 85/101.

Publicado el 13-01-2006 en el Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España – Director: Denis Roland Jurado.-

No había ruidos en aquel lugar. Ningún ruido. Sólo la acompasada respiración de Memo enrollado en una gruesa manta, y el sonido acezante que las ideas de Luigi dejaban escapar en trémulos suspiros.

Los ojos del niño se entrecerraron al desviar la mirada. A un kilómetro estaba su hogar: en aquella caja blanca y plástica que lo viera nacer...

Supo que amaba a su ciudad, y a su gente joven, tan particular. Todo estaba claro para sus diez años. Sin embargo, aquella noticia lo había trastornado. A él y a los demás niños.

Un poco más a él, porque había sido el primero en enterarse. Su padre trabajaba en el Centro de Datos de la Colonia. Era el hombre mejor informado de la ciudad y formaba parte, además, del Consejo Gobernante.

Luigi confiaba y creía en su padre, como cualquier niño puede y debe confiar en el suyo. Por eso se había mantenido sereno. Junto a *ellos* vendría un cúmulo de promesas novedosas, de ternuras insospechadas, de vivencias jamás soñadas...

Pero se trataba de algo extraño. Nunca visto.

Más allá estaba Memo, su amigo. Memo tenía su misma edad pero semejaba un adulto. Tenía una inteligencia especial para captar ciertas cosas.

Cuando le confiara el secreto, sólo había atinado a levantar sus cejas oscuras, a frotar sus enormes orejas, y a tomarlo del cuello invitándolo a partir, lejos de la ciudad, sobre el borde la muralla, después de que el sol se hubiera consumido en púrpuras, crepusculares rodajas de luz.

Y allí estaban. Memo dormido. Y él, como los demás pero en sus cubículos familiares, con las mismas dudas acerca de *ellos* y su porqué...

Durante el camino habían dejado una esquela secreta elaborada por Memo que, sin duda, tenía por misión dar aviso a los demás niños sobre lo que, al día siguiente, les sucedería cuando bajaran del cohete. La habían dejado en casa de Marti, pues Marti era Jefe de Correos de Infantes; y, su aparato transmisor, pegaría la noticia en las orejas de todos los chicos que el Valle Azul ocultara.

Sin embargo, ni siquiera eso. Luigi ni siquiera había podido leerla. Memo se comportaba de modo singular con él, y parecía mezquinarse a sabiendas sus sabrosas conclusiones, o, tal vez, por considerarlo su mejor amigo, le había llevado a ese sitio para ser los primeros en presenciar su arribo. O para explicarle. Sí, para explicarle en forma serena y al detalle, algo que sólo él podía conocer. No en vano había nacido en aquella minúscula esfera sin brillo propio que, los grandes, llamaban La Tierra...

Memo, en verdad, un niño parco, de miradas profundas y hablar meditado, había sabido granjearse una inusual popularidad entre los chicos marcianos, a quienes respetaba con gran sentido de hermandad. El grupo que casi completara

a los diez mil colonos que la Tierra planificara donar al Planeta Rojo para su desarrollo, lo había desembarcado hacía sólo cuatro meses. El último cargamento era el único que había contado con niños a bordo. Sólo *ellos* habían quedado atrás todavía. Y eran como *mil*...

Claro que, ahora, con los informes y pedidos, los estudios sico-sociológicos y todo eso, los colonos lo habían logrado. Habían logrado ser escuchados. Y comprendidos...

¡*Ellos* también podrían venir!

Pero Luigi nada imaginaba. O imaginaba todo. Por eso tendría que esperar. Armarse de paciencia y rogar que su amigo despertara de ese sueño absurdo en que se había sumido después de sollozar largamente...

Los ojos de Luigi volvieron a posarse en la inmensidad que los cobijaba. Y no era la primera vez que lo hacían con tanto interés.

En realidad, uno de los placeres que los niños humanos nacidos en Marte aprendían a gustar desde pequeños, era de esa mística contemplación, pretérita vivencia enraizada con frescos recuerdos por constituirse en reflejo de la sangre.

Es que los hombres y mujeres que poblaban la colonia, no podían negar fácilmente el ayer aunque se lo hubieran propuesto. Habían dejado tras de sí cosas importantes en el largo camino hacia su nuevo hogar.

Algunos habían venido porque así lo decidieran. Otros, en cambio, eran sólo fruto de la resignación, vuelta rutina por las reglas del Gran Sistema que dominaba la geopolítica terrestre y sus planes de expansión sideral.

El Gran Sistema atendía a todos, y, a cada uno, les había asignado un lugar donde ser útil a las políticas del Estado Confederal. Por ejemplo, los padres de Luigi, expertos en alta cibernética, fueron enviados con su barca de proyectos a las entrañas mismas del Gigante: es que el impulso de un viento extraño los había llevado a tratar de comprender y dirigir parte de los complicados mecanismos de sus calculadoras. ¡Eran verdaderos cerebros programadores! Y la aventura de Marte no podía dejarse librada al azar.

Los más hábiles e inteligentes, convencidos o no, prepararían el camino y montarían sus bases hasta que el tiempo terminara solidificándolas. Después, una legión anodina de congéneres sería lanzada a la abierta espesura para poseerla en su totalidad...

Y Luigi había nacido allí. En Marte. Como los demás niños, a excepción de Memo y algunos otros.

Y era indudable que, entre ellos, había diferencias. El cerebro, órgano productor y receptor de sensaciones, formador del buen sentido y de la lógica, estaba prisionero. Prisionero de su propia lógica. Y la atmósfera, enrarecida por esa falta de distinción entre las apetencias necesarias y perdurables y los reflejos

anémicos del estado síquico de apatía general, era permanentemente jaqueada por las fuerzas de la Naturaleza.

Ésta, humanizándolos por momentos de su cuasi mecánica forma de comportamiento y a través de arduos combates entre el espíritu enfermo y las ondas evocativas de sus progenitores, intentaba recuperar la plenitud de sus miembros volitivos en núcleos familiares de formación. Y sus estrellas, eran perspicaces ondinas del Ancestro, buscándolos...

Así, Luigi espiaba los secretos del cosmos cuando, de pronto, unas flechas de luz rasgaron su velo, perdiéndose como granos de maíz esparcidos en el firmamento por un ignoto campesino de las galaxias...

¡Estrellas fugaces!

Luigi formuló tres deseos. No sabía muy bien por qué lo hacía, pero era algo que también había aprendido de sus padres. Estos decían que, cuando sucediera, era la oportunidad de cargar los mejores anhelos a la cola del cometa, quien los llevaría hasta el buen Dios sin interferencias...

Pidió entonces por mamá y papá, por los demás chicos y porque aquello que iba a pasar fuera algo hermoso, tal como lo presentía o deseaba al menos... Sin error ni daño alguno. Con las esperanzas del Pueblo Modular acrecentadas, pues, ¡al fin se vería a los grandes sonreír!

... Por eso los niños esperaban en esta noche. Sin embargo, los hombres y mujeres, que no habían podido dormir en otras veladas, también lo hacían. Sólo que, ahora, ya seguros, convencidos de que el cohete llegaría hasta el valle, se habían entregado al profundo reposo comprometido por una larga espera...

Añoranzas

Luigi sintió frío.

Poco a poco el sereno de las tinieblas fue empañando la cubierta de la traslúcida cúpula ambiental... Poco a poco las estrellas se fueron borrando del mapa estelar, mientras Fobos y Deimos se transfiguraban desteñidos por el rocío helado que plantaba cristales en el sombrero opaco de la ciudad...

Luigi meditaba sobre el cohete y lo veía abanicarse con seguro desdén. Veía su torva figura corporizarse y descender en el valle, como un poderoso alfil de colores grises. Veía desplegar sus alas de fuego, entreabrir sus compuertas y lanzar afuera una imprevisible marejada de seres bípedos distintos, en ritual columna de bagajes aún más desconcertantes...

Y se veía mirar a sus espaldas.

¡Todos estarían allí! Como él. Mirando y apuntando. Formando una espaciosa ronda de ojos y de dedos que descubrirían y señalarían nombres, gritarían reencuentros o se hundirían en la más penosa de las decepciones porque, muchos, no habrían podido venir...

Entonces, un sol débil y huraño, lejano amigo en la distancia, desayunaría su temprana avidez con las *burbujas* nativas y taciturnas que acudían, de noche en noche, a visitar la colonia, llegando desde una oculta morada en las colinas marcianas, sin que los hombres dieran cuenta de su real existencia...

Por lo demás, el cohete amartizaría cerca del muro; a unos cien metros del improvisado refugio que los niños habían construido para hacer contacto. Y las puertas del muro estarían al acecho, atentas al cohete y a sus asombrados tripulantes...

Luigi dejó de pensar.

El silencio marciano le pertenecía. No obstante, sintió algo especial. Un primitivo escalofrío le arredró el alma, y lo dejó solo.

--- ¡Memo! –gritó.

Pero Memo seguía tieso, obstinado, en el mismo sitio, como un monje tibetano oculto bajo las frazadas, metido quién sabe en qué mundo inexplorado de su ensoñación.

O no estaba.

Un parpadeo... y ¡clac!, se había prendido a la cola de la estrella que por allí pasara, y estaba ahora sumergido en la flamígera estela de ese carrusel universal. Palpando sus pies y viéndolos encendidos, rojos y veloces...

--- ¡Memo! ¡Despierta, por favor! –insistió asustado.

Unas brumas heladas se derramaban como espuma sobre el casco desnudo de la ciudad, y sus luces vivas eran como llamaradas de gas preparando café, huellas de color limón anaranjado, espasmos de brillos enturbiados por la mansa neblina exterior que no dejaba de fluir...

Luigi miró sus zapatos. Casi no los veía. “Por Dios, Memo; despierta, tengo miedo...”, pensó, ahogando un nuevo grito. Las gotas de cristal que caían, intermitentemente, disminuían el valor de Luigi, pero abrían para Memo el espejo de los sueños y recuerdos que la estrella llevaba en su ígnea cabellera, y que rondaban su mente como breves misceláneas fotográficas en las que uno no tenía tiempo de intervenir...

Una semana. Dos. Cuatro. Un mes. Seis meses... Estás cerca del año. La estrella apura el camino. La Tierra es cada vez más grande. Es enorme. Hermosa. Tiene unos mares imponentes. Y azules. ¡Hay nubes gigantescas! ¡Parecen copos de azúcar! ¡Vamos, hay que tomar un poco de eso...! Seis meses más...

Dos años.

El tiiovivo se detuvo. Memo recordó a Jim. Oculto en la biblioteca, dentro de su libro preferido. Como un gato. Acechando su personalidad...

Memo era entonces un Jim Memo Nigtshade escapado de un Will Luigi Halloway. Pero sin Feria de las Tinieblas.

El carrusel siguió detenido. Los animales, quietos. La música del órgano, enmudecida. ¡Soy Jim!, pensó Memo. Soy Memo. Jim era un cuento. Yo soy yo. Y es cierto.

Un silencio negro como de muerte trajo olores suaves.

A su lado, el horrible Sr. Dark sonreía. ¡Vete! ¡No existes! ¡Vete, maldito engendro del Tribunal! ¡No! ¡No me iré! ¡Vengo a llevármelos!

Memo miró los ojos del Sr. Dark y fue como mirar el sol. Eran rojos y fulmíneos. Más rojos que la cola del cometa. Quien ha leído “La Feria de las Tinieblas”, de R. D. Bradbury, sabe que el Sr. Dark tenía una espantosa coraza de zarzas en el pecho. Y la coraza de zarzas había empalidecido y la piel del Sr. Dark era como de color durazno...

--- No tengas miedo –dijo, y sus dedos flacos y largos fueron como agujas desgredando el pelo rubio de Jim Memo. Pronto volverás a verlos...

Memo enjugó una lágrima, y supo que el Sr. Dark le estaba mintiendo.

--- Memo, ¿estás bien?

Luigi ya no gritaba. Su voz era un susurro con gusto a menta. La goma de mascar había calmado sus nervios. Sin embargo, seguía preocupado. Por ellos, que aún no llegaban, y por Memo, que estaba ahí, latiendo sin latir, como un suspiro prolongado que, en cualquier instante, se podía cortar.

Oh, Memo. Vuelve. ¿Dónde estás? Deja de soñar. Dijiste que no me preocupara, que tuviera paciencia. Y ahora tú...

--- ¡Vamos! –dijo abuelo Lucas. Tú también, Cristóbal. No es tan difícil volver a ser niños. Sólo hay que desearlo con fuerzas.

Abuelo Lucas, papá Cristóbal y Jim Memo Nigtshade eran tres sombras irreales jugando en el tiempo...

--- Aquí, en este sitio, donde está el edificio, supo estar el campito... Éramos dos bandas –comentó papá Cristóbal. Abuelo (papá) Lucas venía con la cometa entre sus manos y nos encontraba. ¡Pobre de nosotros! Nos dividíamos, entonces, en dos grupos. Al norte había ceñidos matorrales. Al sur, también. Sólo el medio ampliado por el este y el oeste estaba libre. Allí jugábamos fútbol en tiempos de paz. Te decía, éramos dos bandas. Teníamos gomeras. Abuelo (papá) Lucas se enojaba mucho. Éramos muy traviesos. Con cartones hacíamos escudos romanos. Los

pintábamos. Y a las espadas las hacíamos de madera de sauce. Era muy lindo. Y había menos casos de chicos enfermizos...

--- Abuelo, ¿hacemos una cometa? ¿Cómo es? Dale, ¿cómo se hace?

--- Es muy fácil, Memo. Iremos hacia las afueras de la ciudad. Y encontraremos cañaverales. Crecen a la orilla de un río que se llama Salado. La madera de caña es liviana y flexible. De poco peso y especial para acompañar la fuerza del viento. ¿Entiendes? Así la cometa puede volar alto, muy alto. Compraremos papeles de colores. Con esos papeles cubriremos la armazón de cañas que es como el esqueleto de una cometa. En una palabra: le pondremos un vestido brillante y sedoso. Así el viento tendrá a quien empujar, y la cometa volará... Pero, antes de que me olvide: ¿sabes otra cosa? Papá Cristóbal te decía dónde jugaba al fútbol; sí, porque antes los humanos practicábamos ese deporte reservado ahora a las máquinas. No me gusta eso de las máquinas... Había equipos, sí, pero era muy distinto. Y el que no jugaba, hacía barra por su equipo. Cinchaba. Y hasta podíamos imaginarnos profesionales como ellos disputando la pelota en un rectángulo verde enredados en piruetas bajo la habilidad de los botines... Sí, otro día hablaremos de fútbol. Ahora veamos el tema de la cometa. Voy a enseñarte todo: el armado, la pegatina, los tirantes, la cola, los mensajes, todo...

El espejo estaba límpido. Y Memo saltaba dentro y fuera de él. Entraba y salía. Entraba y salía. Una, dos y tres... El abuelo sabía muchas cosas. Muchas cosas lindas que en Marte no hay...

La Feria. La Feria del Barrio. Los tres. Memo se asustó. ¿Otra vez el Sr. Dark? Nooo. La feria era pequeña. Tenía tres o cuatro cabinas de juego. Unos muñecos para voltear con pelotas de trapo, un rifle de aire comprimido y con el caño doblado para no poder ganar nunca ese precioso juego de ajedrez... Tenía una calesita también. Una calesita vieja y desteñida. El ruido de su motor era el chasquido mecánico de unas manos oxidadas por el descuido. ¡Ja, ja, ja! Ni pensar en subir. Que el abuelo Lucas se hubiera vuelto niño o papá Cristóbal hubiera aceptado serlo también, era una cosa. Pero él no. Él ya lo era. Y no quería saber nada con esa historia de la marcha fúnebre tocada al revés y que lo volvía a uno a pañales o tocada al derecho, y cada vez más y más y más rápidamente hasta meterlo a uno dentro de una barba blanca manejando un par de muletas y cantando una vieja canción de Los Beatles que decía: "cuando tenga sesenta y cuatro años" o más... Pero en seguida se fueron. Eran otros tiempos aquellos. No había ni tan siquiera luces en todas las cuadras de la vecindad. Mamá Zule y abuela Matilde esperaban ansiosas con la comida a punto. Y un vaso fresco de naranja para él, y de vino con hielo para los mayores...

--- Memo. Eh, Memo...

Luigi sacudió a Memo y fue como si el espejo de los recuerdos se astillara un millón de veces, y un millón de diamantes chocaran entre sí despidiendo un millón de destellos tornasolados, hasta formar una estrella gigantesca con una cola larga y roja como el vientre de una sandía...

Dos años. Uno. Seis meses. Dos semanas. Una. Y allí estaba de nuevo Memo, abriendo los ojos celestes con la cara perlada de sudor y el pelo naranja ennegrecido por la realidad marciana.

Memo se movió. El Miedo, entonces, se alejó del lugar.

El manto blanco se apresuró a envolverlos...

--- Pensaba... -intentó aclarar Memo-. Sólo pensaba. No dormía.

Una oscuridad sin vida los agarró contra el suelo.

--- ¿En qué pensabas? -preguntó Luigi; luego, buscó sus mantas en la alforja.

Memo levantó la cabeza, se deshizo de abrigo, y, bruscamente, se puso de pie.

Las frazadas tibias cayeron de sus espaldas como siniestras alas de murciélago terrestre...

--- ¿Estamos envueltos? -masculló.

--- Sí -dijo Luigi-. Recién acaba de cubrirse el área. Fue bastante rápido. Debe hacer mucho frío afuera.

Dos volutas escaparon de sus bocas como efímeros fantasmas de impaciencia.

Memo miró la ciudad. Ya casi no se veía. Sólo las luces amarillas de los veladores titilando en su seno tibio. Pero muy pocas.

Recordando una jornada memorable en casa de unos tíos suyos, y en la otra luz, imaginó sus campos sembrados de rocío, y dijo:

--- Mañana será un buen día.

Luigi insistió. Parecía su oportunidad...

--- ¿En qué pensabas?

Memo se mantuvo un largo rato como parte de aquel vacío secular.

--- En el viejo hogar, claro... -respondió lacónica, pausadamente...

Después, volvió a tenderse sobre la colcha y tornó a cubrirse con las tibias mantas. Luigi lo imitó.

--- Nunca nos hablaste de él. ¿Por qué? -los ojos de Luigi brillaron de un modo especial, pero su amigo, presintiendo aquel gesto, contestó:

--- Añoranzas. No hay problemas. Ahora sí, vamos a dormir. Mañana será un buen día...

Luigi volvió a sentir la aguda incisión en el pecho, pero no era miedo esta vez.

--- Entonces, ¿no vas a decirme cómo son? -la voz, trémula, tembló en la oscuridad como una muñeca fea y sin dueña...

Silencio.

--- Los demás chicos ya lo saben. Saben cómo son. Se los dijiste... -clamó.

El silencio se repitió.

--- Papá dijo... Dijo que traían todas sus cosas. Paraguas, barbas, habanos olorosos, diarios viejos, colecciones de estampillas, fotografías, cuadros y... ¡libros de cuentos! ¡Cantos y juegos en la mente! ¿Qué sabes de eso?

--- Si tienes frío encenderemos la portátil –rumió Memo.

--- Y sacos de lana, agujas de tejer, postres dulcísimos y miradas cálidas como sus brazos... Yo no entendí muy bien. No sé qué significan ni para qué sirven esas cosas. Pero lo dijo con entusiasmo. De los ojos le brotaban lágrimas... Y mamá también hacía lo mismo. Y se abrazaban... Papá la alzaba y modulaba un misterioso quejido. Dijo que cantaba, y, mientras lo hacía, hablaba de saltar cuerdas, regar jardines, remontar cometas, jugar ajedrez, escuchar música, y leer... ¡cuentos! Hubiera deseado entenderle. Memo, juro que lo hubiera deseado. Pero no pude. Creo que, por eso, fui a dormir aquella noche sin...

--- Buenas noches, Luigi –siseó Memo.

--- ¡No! –gritó éste. ¡Estaré despierto hasta que lleguen los duendes! –y abrió los ojos tan grandes como pudo...

Duendes

Alguien aspiró profundo como queriendo aprehender remotos aromas. Pero, en ese lugar, no había flores para el alba ni grillos para el anochecer...

De todos modos, Memo sonrió. Ocultamente sonrió. Miró hacia el cielo. Ya no se veían las estrellas. La escarcha acumulada borraba el camino, pero ya lo conocía. La bola fugaz se lo había enseñado y podía volver cuando quisiera.

Luigi estaría callado. Y muy enojado. Demasiado como para querer dirigirle la palabra. Y mientras preparaba la estufa y armaba la carpa, aprovecharía...

¡Ya!

Shhh... ¿Dónde estaba? Ah, sí. En la casa. En su casa. ¿Cómo era? Era una casa grande y augusta. Enriquecida por los años y las circunstancias. Un vistazo: el abuelo estaba vestido de Abuelo. ¿Y papá? Papá vestido de Papá. Ya no eran dos niños como él. Cada uno aceptaba su papel. ¿Dónde vas a meterte? ¡En la sala, por supuesto!

Era una casa grande y augusta, y, en lo alto, estaba la sala. Un espacio alfombrado de verde, con muretes divisorios que separaban la Lectura de la Conversación y de la Música. Cojines verdes acolchando las gradas escalonadas que el bisabuelo había levantado siguiendo los desniveles del cielorraso. Era ése su lugar preferido. Allí leía en silencio a la espera que, por las tardes, el abuelo Lucas subiera a conversar con él. Las famosas sobremesas del domingo que, según don Lucas, se hacían bajo el parral veraniego, y cuyas historias y anécdotas –

fragantes vahos de parábolas y vino circundados de sol- eran sólo un recuerdo más, aún podían gustarse escuchándole hablar.

Había uno de ellos, en particular, que nunca olvidaría. Uno, en especial, que le permitiría recordar para siempre la sabiduría con que este abuelo sabía explicar lo inexplicable y hacerle comprender lo incomprensible. Como aquella vez que demandara, entre vergonzoso y atrevido, por el alma...

--- ¿Qué es eso? –había preguntado.

Entonces, el abuelo Lucas, arremangando la piel de sus brazos, torciendo como un payaso los labios e imitando la voz dulce de un hada, le había respondido:

--- Mi querido Memo: un alma es... Pues, un alma es un conjunto de colores.

--- ¿Un conjunto de colores? ¿Y cómo es eso?

--- Muy sencillo. Escucha: un día, mientras caminaba por el barrio, encontré a un viejo amigo al que hacía tiempo no veía. Nos saludamos con efusividad. Con un abrazo muy fuerte quiero decir. Pero había algo en el brillo de sus ojos que me preocupó. ¡A mi amigo le faltaba el color azul!

--- El color azul...

--- Sí. El color azul. El color azul es el color de los sueños. Le dije a mi amigo que más luego lo llamaría y me despedí de él. Esa misma mañana, ya casi al promediar la jornada, a la salida del trabajo, otro amigo enfrentó mi abrazo. A éste hacía poco tiempo que lo había visto, y conservaba aún esa rara expresión en la mirada que no admitía dudas. ¡A este otro amigo seguía faltándole el color verde!

--- ¿El color verde? ¡Oh...! –Memo recordó su segundo sobresalto.

--- Claro. Todo el mundo, el de los grandes, sabe que el color verde es el color de la esperanza. Entonces, al igual que al anterior, le dije que después lo llamaría y me despedí de él. Pero allí no acabó todo...

En este punto, Memo contuvo la respiración como en aquella tarde...

--- Había acabado yo de cenar con abuela Lucía cuando, a mi puerta, sonaron unos golpes secos y acuciantes que no dejaron de asustarme. Un tercer amigo, vecino de piso, borracho de ira, hablaba entre sollozos y amenazaba con matar un viejo engaño. ¿Me entiendes?

--- Creo que no –contestó rápidamente Memo.

--- Es que mi amigo, era un joven amigo. Y estaba enamorado. Y a veces ocurre que no siempre resulta. ¿Ahora sí?

--- ¡Sí! –Memo se conmovió.

--- Bien. Adelante pues. Mi amigo tenía el corazón rojo. Su cara también estaba roja y el brillo de sus ojos era una llamarada púrpura. Así que traté de calmarlo. Le dije que fuera a su departamento y, en lo posible, sin molestar a sus padres porque eran ancianos y estarían durmiendo, tomara un calmante y pensara con fe en que, mañana, sería otro día. Dios había puesto muchos peces en el mar. Yo lo llamaría tan pronto pudiera.

*Días más tarde reuní a mis tres amigos en nuestro café predilecto y les expliqué el problema de los colores. Les dije que sería bueno que los tres hablaran y trataran de compartírselos como lo habían hecho conmigo. Así, los sueños, las esperanzas y las pasiones que faltaban o estaban desordenadas, encontrarían su lugar. Mis amigos entendieron y creo que sus almas funcionan mucho mejor ahora. Comprendieron necesitarse y optaron por darse ayuda mutua. No por eso dejaron de tener penas o preocupaciones que desdibujaban a veces el color de sus ojos, pero ya tenían un método para pintarlos adecuadamente cuando ello sucediera...
¡Cosas del abuelo Lucas!*

Memo volvió a regocijarse. Sus párpados pesaban cada vez más, pero abajo, en la cocina, abuela Matilde se empeñaba en reemplazar los modernos lavaplatos instalados, mientras mamá, divertida, terminaba enseñándole a apretar sus botones...

Pero... ¡Silencio! Pasa el abuelo Rómulo. El abuelo Rómulo era un abuelo distinto. Casi sin tiempo para ser abuelo. Lo cual era, asimismo, una verdadera lástima. Pero había que comprenderlo, pobre. Los Amos gustaban del buen comer. Y nadie mejor para satisfacerlos que ese hombrecito grueso de voz y de cintura, parecido a un gnomo ora cascarrabias, ora bonachón, que preparaba los manjares de la casa, cuando sus descansos en el Hotel América lo permitían... Y que hace tiempo andaba un poco gris.

Abuela María había muerto, dejándolo solo con sus llameantes omelettes y su pato a la naranja. Tanto que hasta se había vuelto taciturno y algo sabio tras su muda melancolía. Había logrado, en fin, separar de sus diálogos los conocimientos del oficio, liberando a un alma simple y sensible que por nada vislumbraban sus hedónicos y comprometedores vermicelli... Y tanto era cierto esto, que hasta había alcanzado a reducir a noventa, sus ciento... veinte... redondos y opíparos kilos de "bon gourmet".

Todo un caso de severa conversión.

Aunque había otras cosas con las que terminaría por soñar. Y en ellas siempre presente los abuelos...

Detrás de la vocinglería de sus evocaciones, del ácido olor de los perfumes de mediados de siglo veinte, de sus recuerdos de porches y hamacas caseras, planteras con flores "de verdad", y limoneros, naranjos y ciruelos, estaba la risa que sus propios padres les habían contagiado, y la especial ternura que demostraban al ser agradecidos devolviéndola y en abundancia...

Y quizás por eso dejó de sonreír. Porque también estaban los otros recuerdos.

Los del Decreto separándolo de ellos. Los de la ridícula elección a la que

*Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
fueran sometidos obligados al concluir su "vida útil" para la sociedad...*

--- ¡Señor Lucas! ¡Señor Rómulo! ¡Señora...! -la voz del Tribunal para los Viejos resonó en sus oídos como si la hubiera escuchado. ¡Con que ahí estabas, horrible Sr. Dark!

--- ¡Presente! -el eco se multiplicó en un millar de ciudades.

¡Voy a llevarlos! ¡Oh, Dios...! ¡No voy a dejar que los encierren! ¡Vuélvanse niños de nuevo! ¡Ustedes pueden hacerlo...! Y no habrá problemas... ¿Sabes?, ¡pronto pasará otra estrella! No se demoren, por favor...

Pero...

"Visto y revisto su currículo personal; y, merced a los antecedentes en él implícitos, este H. Tribunal le confiere, al término de su vida útil, la posibilidad de reencontrarse con los suyos. Esta regla de excepción que lo libera de confinarse en los campos de ancianidad, se dicta en amnistía al cumplirse -en la fecha- el tercer lustro de imposición del Gran Sistema. En especial, se ha querido observar la misma para aquellos padres de colonos que residen en Marte, y gracias a la encomiable labor que éstos desarrollan para extender su dominio hasta los confines del Universo. Regístrese, dése a conocer al interesado, y archívese. Firmado: Consejo General de Autómatas. Washingtonmarx D.C. – Otoño del 0015".

Silencio rojo

Ahora Memo volvía al silencio rojo. Y a su realidad. Sin otoños ni primaveras. Sin marzos ni octubres en los que conjurar brujas con escobas voladoras, búhos en las hombreras y calderos desbordantes de *potteriana* imaginación.

Tampoco habría un buen disfraz con el que vestir a papá Cristóbal de *Robin Word*, al abuelo Lucas de *Gepetto* –redentor de Pinochos-, o al abuelo Rómulo como rechoncho escudero de un *Quijote* cazador de molinos de viento...

Porque ya no estarían el crujiente entarimado, ni las viejas y deshuesadas calabazas con velas del viejo y terrible Teatro de las Luces donde desgastaran su incruenta niñez... Los toldos de arpillera robada a los vecinos, colgaban plácidos como deshinchados tapices de barro sobre el fondo de sus años perdidos. Los bolsillos rotos habían dejado caer las monedas de piedra y los pedazos de metal recortado que midieran el espectáculo de sus fascinantes poses filodramáticas...

Pero estarían la ilusión y el sonido.

La ilusión de poseer, como segunda oportunidad, a los dueños de las fantasías forradas, impresas e ilustradas en antiguas narraciones terrestres... Y el sonido de

sus aventuras de pluma y papel que, algún día, en algún mágico amanecer, podrían

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero
volver a reeditarse en la imaginación de estos nuevos niños...

Porque los niños marcianos estaban por despertar... Querían hacerlo. ¿Quién podría impedirlo?

Ni el Sr. Dark. Ni los Amos del mundo.

Por eso mañana sería un buen día. El Mejor.

Memo imaginó a los abuelos que allá no necesitaban, cargados en el cohete; y, rogando para que todos pudieran entrar en él, respondió finalmente en voz baja:

--- Seguro, Luigi: hasta que lleguen los duendes...

Pero Luigi, se había dormido.-

NOSTALGIAS DEL FUTURO³⁴

A los **visionarios y pioneros** de todos los tiempos... En especial, a mis **nietos** (Nicolás Alejandro, Sofía, Facundo Gabriel, Milagros Belén, Salvador José, Justina Paz y los que, a Dios gracias, vendrán): los dueños del mañana...

Y con singular afecto, al académico argentino en letras, **Dr. José Luis Vittori** y su delicioso "El Tiempo y Los Sueños", al Prof. **Norberto Pannone** y su maravilloso blog como Director Organizador de la Asociación Latinoamericana de Escritores y Poetas (ASOLAPO-Argentina), y a la magistral poeta argentina **Marisa Aragón Willner**, Directora fundadora del Foro "Parnassus – Patria de Artistas" (Buenos Aires, Argentina)...

1. Pesadillas

Ahora, "la casa, no estaba sola"³⁵. Recuerden que, "alguna vez" y "Mientras las cabañas esperaban el amanecer, alguien, que había dejado una lámpara encendida, despertaba bruscamente"...³⁶

¿Y cuánto tiempo habría pasado?

³⁴ Piriápolis (Uruguay), 23-01-2004 - Homenaje al amartizaje de la nave **USA-Spirit** el 2 de enero de 2004 - "La ciencia ficción lo señala constantemente: el futuro nos pertenece. Lo creamos con nuestras acciones. (...) La ciencia ficción es entonces un puente que une la ciencia y el arte, los ingenieros de la tecnología y los poetas de la humanidad. Ese puente nunca ha sido tan desesperadamente necesario". **BEN BOVA**, "The Role of Science Fiction" – Nueva York, 1974. Texto ajustado (Argentina): 24-06-2004.-

Seleccionado Género Narrativa para **Antología "Poetas y Narradores Contemporáneos 2004"**. Editorial "De los Cuatro Vientos", Buenos Aires (Argentina), 26-02-2004.

Publicado en Suplemento Cultural "La Palabra" - **Diario "La Opinión"** (Rafaela – Provincia Santa Fe), 20-03-2004.

Publicado en **Suplemento La Opinión On Line - Rafaela** (Rafaela – Provincia Santa Fe), 25-03-2004. Mención especial en el **Certamen de Cuento Breve "Gastón Gori" 2004** (Santa Fe-Argentina, 09-05-2004).

Publicado el 27-07-2008 en el **Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante – España – Director: Denis Roland Jurado**.

Publicado el 01-09-2008 en el **Magazín GACETA LITERARIA VIRTUAL** (Nº 21 – Setiembre 2008 – Año II – Nº 9).

Publicado el 10-12-2017 en el Blog de Autor del **Foro "PARNASSUS, PATRIA DE ARTISTAS (Patria simbólica de escritores y artistas internacionales)"**- (Buenos Aires, Argentina). Responsable: Prof. Marisa Aragón Willner.-

³⁵ **Escudero, Adrián N.** – Libro "Los Últimos Días", ob. cit., pág. 43.

³⁶ **Ob. cit.**, pág. 15.

Sólo vagamente recordaba un nombre: *Esteban... Esteban... Esteban ¿Fuentes?*

Cosas de la oxidada mente humana, pensó.

Destellos fugaces de un lugar llamado... ¿La Fábrica? ¿La Fábrica?... “... *minúsculo Reino de la Celulosa, lejos de las ciudades protegidas como almejas u ostras por aquellas campanas de vidrio atismog...*”³⁷. Un lugar encerrado en un... libro. ¡Dios! ¿Un libro llamado... ¿“*Los Últimos Días*”? O un libro descuidado en alguna añeja biblioteca llamada... “¿*La Fábrica?*”...

Sacudió la cabeza y aventó esos extraviados pensamientos. Luces que habitaban lo profundo de una mente incómoda y sujeta, *alguna vez*, al proceso de *transhumanización sicotrónica* de la que había sido objeto, aún sin saberlo, hace más de cinco mil años cristianos... ¿¡Dios?!

Mas ahora...

“... *el rumor de viento radiactivo penetraba los rincones y esquinas de sus muros. El polvo del descuido la había cubierto sin sorpresas de una blanca ancianidad...*

“*Los muebles estaban quietos y sucios. La cámara del descanso estaba quieta también. Y la cámara de los aromas. Y la cámara de los mensajes y los libros. Y la cámara de los juegos e invenciones...*

“*Todo estaba inmóvil. Más inmóvil que nunca, excepto por aquella silla de crujidos ancestrales.*

“*De ahí que, la casa, no estuviera sola.*

“*Había tibieza en su interior.*

“*A pesar del viento gélido, rebuznante y mortal que forzaba invisibles aberturas, todo se mostraba invitante, acogedor...*

“*Y si alguien hubiera penetrado de improviso en ella escapando de los copos de nieve y radiación que fantaseaban la atmósfera, los árboles y las piedras,*” se habría topado con el aroma alegre y dulzón del tabaco quemándose como en un rito haitiano, en una tosca, dura, pero no menos importante pipa de madera. Como en los días verdes, verdes y azules...

“*Los días de los buenos tiempos*”. Los del Paraíso terrenal.

“*Más nadie entraría en la casa de tal modo*”.

Imposible.

“*Sin embargo, la casa no estaba sola*”.

³⁷ *Ob. cit., pág. 17.*

“Los ojos claros y serenos se abrieron.

“Casi con tristeza y desesperación giraron hasta dar con el resplandor del amanecer.

“Unas manos toscas, duras y torpes recorrieron la lluvia de hilachas amarillas que ocultaba el albor de la mañana. Y los ojos vieron que el mundo despertaba nuevamente gris en aquel día.

“Después, se cerraron.

“Unas lágrimas casi reales empañaron (como antaño) el rostro tosco, duro y torpe como las manos. Afuera, la nieve y el soplo radiactivo que durante cien años azotaran al planeta, habían dejado un cielo plomizo, encapotado..

“Las manos toscas, duras y torpes intentaron borrar, con una especie de orgullo, las fisgonas y pensantes líneas que cruzaban sin prisa la grotesca faz...” (de aquel hombre).

“Luego, los ojos se abrieron. Miraron el silencio de la casa pequeña y preñada de sombras al posarse, con suavidad, en los marcos de la ventana.

“Allí se quedaron, mirando y esperando. Esperando que un sol aguerrido y estrenado fundiera la piel del mundo, quemando las grises auroras que herían su desierto polvo. Esperando que en los brazos cuarteados y avezados de los árboles, volvieran a desperezarse, junto a las flores, millones de hojas y de pétalos ardientes de luz y color. Esperando que las crías animales irrumpieran de huellas los olvidados bosques de la Tierra... Esperando que los laberínticos tejidos de estrellas y luciérnagas campestres, bordaran los sueños de los hombres con mágicos poemas...” (y cuentos aleccionadores). Esperando que los días grises murieran germinando días verdes, verdes y azules. Como en los buenos tiempos”... (Los del Paraíso terrenal).

“Después, morir...”

(...)

“Pero, si aquello era cierto, si en verdad se trataba de (El Viviente, del primero y último hombre sobre la tierra), “sus ojos se nublarían viendo días verdes, verdes y azules...”

Alguien habría de entenderlo. Entonces, no se cansaría de esperar.

Alguien aflojaría la escarcha y las rocas que amurallaban los cielos en nubes grises. Y lloraría.

Con libertad. Con alegría”. (Recuerden:) “Después de los Ojos...” “O como sólo un fantasma o un robot...”³⁸ (llamado Adán, podría hacerlo...).

³⁸ Escudero, Adrián N. – “Los Últimos Días”, ob. cit. págs. 43/45.

2. Ensueños

Hoy, ahora, como nunca en este año, los roquedales se erizaban de albatros y gaviotas...

Y, como reyes en sus tronos, los cuellos enhiestos de las garzas presidían aquellos reinos de piedra; estatuas lavadas por el agua cristalina del mar...

El mar...

Hoy, sí, como nunca en este año, más verde y azul, sin algas empalagando las infinitas aristas de sus rocas solitarias, o amuralladas contra la pared costanera que circunvalaba un pedazo de la afamada costa este...

Hoy, como nunca, papá regresó feliz de haber convivido unos minutos en la barra de los pescadores, con aquellos hombres sencillos y rudos que enhebraban redes para sus barquillos ocres y ensalecidos, y desollaban brótolas para ofrecerlas al mejor postor...

Hoy, como nunca, los veleros y los yates amanecidos en el puerto estival irguieron sus mástiles de acero para hacerlos brillar, con orgullo de vigía, entre un racimo de velámenes entretejidos en la espesa mansedumbre de la llanura azul...

Hoy, como nunca antes, papá olvido ir a Misa y no sintió culpa por ello. Supo que Dios lo había traspasado, eucarísticamente, al sentirse transportado como al futuro viendo, a su izquierda, abajo, a ese conglomerado de piedras trapezoidales desmayadas sobre el perfil curvo de la extensa cintura portuaria donde suspiraba un faro bucanero... Sin tiempo ni medida. Sin calendario. Sólo el rito de la vida bombeando feliz su alegría nueva en las arterias hinchidas de un corazón vagabundo...

Hoy, sí, ahora, como nunca antes, papá se dejó mecer por el mar ondulante y nadó, desde un espigón al otro, sobre la montura de unas olas traviesas, y caminó marcando sus huellas por la arena húmeda brotado de sol; levantando la cabeza para cegarse con su luz, y bajándola en seguida para espiar tesoros de ostras y mejillones disputados por el certero apetito de las palomas del mediodía costero...

Si, hoy, en este año, papá aprendió a armar una caña de pescar y a colocar una carnada, y no fue una peluca de mujer bañista ni una gaviota extraviada en el mortecino atardecer lo que pescó, sino una pequeña y desnuda corvina que liberó pronto devolviéndola al mar y a la existencia, gozoso en su intimidad por aquel breve milagro del encuentro entre dos especies vivientes que se unieron, en un instante, por el flash de una fotografía familiar, y supieron despedirse, a su modo, con una sonrisa en los labios...

Y hoy, ahora, como nunca, el océano se aquietó luego, enorme y plano, en un silencio profundo escondido en la noche detrás de una flota de gaviotas nocturnas

patrullando en círculos aquella inmensidad acuosa, y de las almenas descoloridas que, en fila, contorneaban los arabescos de la costa oscura y serena, respunteada a lo lejos por una corola de luciérnagas artificiales que anunciaban, con su rumor de vida humana, la cercanía de la ciudad balnearia...

3. Esperanzas

Ahora, vamos en busca de un nuevo Nacimiento...

... Sí, hoy, como nunca, papá había estado angustiado y triste, y aceptado tomar la píldora de la felicidad que Ellos entregaran a los primeros colonos de este soñado planeta, a fin de ayudarlos a superar la crisis de desarraigo que, en forma inevitable y a pesar de la preparación a la que fuéramos sometidos, todos, alguna vez, sufriríamos...

Yo disfruté junto a él la holografía de sus ondas cerebrales, activadas por esos recuerdos hermosos de cuando la Tierra, todavía, era capaz de asegurar al hombre un destino de trascendencia... Nunca pude saber de qué pesadilla se quejaba, sino hasta muy grande; cuando, ya viejo, conjeturó el principio del final de la especie humana. Fue cuando nos confesó de dónde veníamos. Del postrer esfuerzo que, Adán, El Viviente, había hecho para rescatar de su completa desaparición a los últimos ejemplares, como nosotros, de la especie humana que, como autómatas o androide pensante, le había dado "vida"...

Papá nos dijo ya, casi muriendo, que las últimas palabras del Ancestro al dar energía a las máquinas que programaron la huída de un planeta destruido por la desidia del hombre, fueron, "nobleza obliga". Luego, también él apagó *-para siempre-* sus ojos eléctricos, esperando en que, desde Marte, todo volvería a comenzar, y, un día, no tan lejano, la Tierra volvería a recuperar su capa de ozono y a proteger la crianza de sus hijos y nuevas especies, de los escarmientos aplicados con justicia por el Padre Sol...

Pero afuera, detrás de la ventana oblonga de nuestra polarizada campana hogareña, el polvo rojizo marciano danzaba sin prisa al compás de su giro gravitatorio. Pronto la noche aturdiría su largo crepúsculo, y, entonces, el resplandor acerado de los cohetes y antenas receptoras se confundiría en un abrazo fraterno con la multitud estelar de ignotas estrellas que parpadeaban, sin cesar, como fogatas suspendidas en el abismo negro del cosmos...

Después... Después sonaría la sirena.

¿Y mamá? Y mamá, también feliz, acariciaría su vientre embarazado, apagaría las luces, y todos, excepto los guardias de turno, iríamos a descansar...

MARIONETAS CELESTIALES³⁹

A **H.P. Lovecraft**, y su cosmogonía del terror cósmico... En particular, in memoriam del **Prof. Daniel Barbieri (Croc)**, creador del *Círculo Argentino de Ciencia Ficción* y del Premio "Más Allá", pionero de los fanzines de fantaciencia en el país y fundador del *Magazin gráfico "Nuevomundo"* (1983), renacido como medio virtual de sus fértiles cenizas, bajo los improbables esfuerzos de su coequiper argentino, **Santiago E. Oviedo**.

Y en especial, al escritor y poeta platense, **Lic. Carlos Enrique Abraham**, creador del *Magazin gráfico "Nautilus"* y autor del monumental ensayo "La Literatura Fantástica Argentina en el Siglo XIX".

Ha sido un buen negocio, sin duda. Aunque ya no exista. Nunca más...

COCHERIA DEL ESPACIO "VIA NEGRA" S. A.

¿Risueño?; tal vez. ¿Imposible?; quizás.

Es que haber presidido un Cementerio Espacial tuvo su parte cómica. O de ácido humor (entre los accionistas). También de imposibilidad (una cuestión de intereses). Pero no hay negocio que triunfe sin una pizca de ingenio, riesgo y voluntad.

Y buena publicidad.

Su muerto, mejor conservado. Muertos saludables y selectos (no cualquiera tiene un mausoleo en las nubes). Sin corrupción de la carne a causa del vacío y su

³⁹ Santa Fe (Argentina), 1984. Texto ajustado: Octubre 1999.

Integró en su primera versión el **Libro "DOCTOR DE MUNDOS"**. Colección Nuevo Cauce. Editorial Vinciguerra SRL (Buenos Aires, Argentina - Enero de 2000), págs. 91/94.

Integra el **Libro "DESDE EL UMBRAL (Terrores cotidianos y de los otros)** - Colección de Horror. Inédito. La Botica del Autor (Santa Fe, Argentina), 2005-2018.

Mención Especial en CERTAMEN LITERARIO NACIONAL "CENTENARIO DE CERES" (PROVINCIA DE SANTA FE, Argentina) - Revista "TIERRAS PLANAS" (Auspiciado por Municipalidad de Ceres, Banco Integrado Departamental, Mutual Club Atlético Ceres y Senado de la Provincia). Año 1991.

Publicado en **Diario "EL LITORAL" (Santa Fe, Argentina)**. Año 1984.

Publicado en **Revista "VIDA ROTARIA" - Rotary Club Santa Fe - N° Setiembre-Octubre 1985.**

Publicado en **Revista "Tierras Planas" (Ceres - Provincia de Santa Fe, Argentina) - N° Abril-Mayo 1992.**

Publicado el 27-08-2006 en el **Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo Literario del Ateneo de Alicante - España)**- Director: Denys Roland Jurado.-

misteriosa bondad. Servicios complementarios. COCHERIA DEL ESPACIO "VIA NEGRA" S. A., con dos salidas al mes; previo tratamiento de conservación. Flores gratis. Y un paseo para usted. Con una inmejorable excusa para viajar a las estrellas; no olvide que "todo" lo demás, es obra y gracia del PODER ARMADO. O hace turismo macabro, o no conocerá la emoción del espacio. Y hasta, quién sabe, algún día, ¡la fórmula!; y entonces (alquilaremos arcángeles), con sonido de trompetas, el hombre "resucitará". El cáncer y el sida tendrán su fin. Pasarán algunos años, pero el hombre lo logrará. Y, si sobreviene a la GUERRA... entonces habrá tiempo. Todo el que quiera. No desespere. Sólo ahorre su dinero para volar hasta aquí. Tendrá, de por muerte, la más segura protección... Porque el hombre encontrará el camino, y, antes que el Universo se desintegre, lo logrará. Verá.

Ahora no hay necesidad de flores.

Inclusive, las visitas permitidas al comienzo del negocio floreciente, han terminado.

Es como si los Tiempos Finales hubieran llegado. También para "**ellos**", que están ahí, y se han adelantado como tantos otros a la frontera de lo desconocido.

Nadie rezará oraciones (aunque la Gran Cruz brille, insólita, entre las lunas de aquella inmensidad desolada).

Es que, o la gente se ha olvidado de sus muertos, o ya no puebla la TIERRA para recordarlos. Y uno se pregunta, pues, si habrá vivos allá abajo todavía...

Sí, han transcurrido muchos años desde las majestuosas peregrinaciones programadas al abismo, llevando los cuerpos en cohetes mortuorios y hacia el frío celestial.

Ahora no hay necesidad de flores.

Ahora "**ellos**" flotan, en sereno tiovivo, confundidos con la eternidad del espacio transformado en tiempo insomne... Ordenados y brillantes, en cajas metálicas del mejor acero.

De vez en cuando, claro, revisar los sellos. Evitar que algún cofre se abra, y la monotonía sepulcral de los cadáveres viajeros, se rompa...

Hasta que algo, al fin, suceda.

Es un *viento* extraño. Un *viento* como los del abuelo Bradbury, escapado de su Carnaval de la Muerte, lejos, en el PAIS DE OCTUBRE que alguna vez existiera, como tantas cosas que su memoria ha empezado a olvidar.

Más que sentirlo, lo presiente. Un *viento* fugado de algún agujero fantástico, como ráfagas de palabras sensoriales escapadas de aquel bello libro de terrores y ternuras.

Por cierto que la situación de la Nave se ha complicado después de las últimas

noticias recibidas. El equilibrio de la GUERRA se encuentra a punto de quebrarse y la seguridad del planeta, de sus sobrevivientes, críticamente amenazada. Sólo su especial condición de *espacio santo* ha evitado que alguno de los misiles dirigidos contra las Bases Lunares, lo destruyera. Destruyera la vida de la muerte, en asfixiante ironía.

Y en cualquier instante pueden cortarse las comunicaciones o recibirse la expresiva imagen del APOCALIPSIS, abriéndose como una flor mortal y radiactiva en el Universo...

Y ahora este *viento* secreto desgarrando el vacío que contiene a la Estación Orbital.

De pronto, un susurro. O un presentimiento.

Por lo demás, la linterna del abuelo, es el ABUELO COMANDANTE.

Chasqueando brillos entre los ataúdes de acero y hielo, gira leve y lentamente, de izquierda a derecha por la colmena de muertos que persisten en su inútil espera.

No obstante, el invisible *viento* continúa alertando el alma, mientras la linterna danza su danza de las estrellas, y el ABUELO COMANDANTE arriba a la escotilla creyendo que sus muertos, a pesar de la hecatombe en la TIERRA, siguen en paz, soñando su eternidad de sueños acerca de la definitiva libertad.

Hasta se le ocurre pensar que ellos y "*ellos*", no son más que una misma cosa.

Muertos que velan a sus muertos. Porque el viento no cesa, y el susurro, o el presentimiento, se ahonda...

Recuerda hace diez años, más o menos. Cuando el miedo al espacio superaba sus ansias de aventura.

Abuelo, tengo miedo, decía. He soñado algo muy feo.

¿A ver?, ¿cómo es eso? Cuéntame, hijo; respondía.

Abuelo, un hombre, un hombre de negro subido a la azotea de la casa vieja, arrancaba con su brazo de elástico, alargado, una por una a todas las estrellas. Y el payaso del cielo lloraba porque su traje de fiestas quedaba sin lentejuelas... Tengo miedo, abuelo.

Pero no existe ese hombre, hijo. Se trata de un mal sueño. Nada más. Porque aquí, vos sos el dueño de las estrellas. Y nadie podrá arrancártelas. Nadie en el mundo podría hacerlo... Al contrario; ellos se sienten seguros ya que, nosotros, desde las nubes, cuidamos sus sueños y el sueño de sus muertos. Y no debes tener miedo, porque algún día tendrás una gran responsabilidad: encerrarme en uno de esos cofres que giran, y cuidar también mi espera. Heredarás así la esperanza de la Humanidad...

Y eso, abuelo, ¿cuándo sucederá?

El viento ha llegado.

El abuelo duerme, y él, no logra conciliar el sueño.

Excepto por algunos guardias que controlan sistemas de rutina, no hay movimiento aparente en el cementerio espacial. Es noche en la mente de los hombres que pueblan este hogar ficticio y planeado artificialmente hasta el último detalle.

Se levanta. Mira hacia las tumbas negras con su enorme crucifijo de luz de faro centelleando el puerto oscuro.

Entonces, el viento toca las tumbas y las tumbas se abren, y "ellos" salen, desesperándose, en busca de la luz mayor.

El estupor lo paraliza. Puede tratarse, aún, de una pesadilla. Como cuando era niño.

Pero "ellos" se dirigen hacia allí. De a millares. En busca de la Nave. O del ABUELO COMANDANTE. Está seguro. Vienen a preguntarle por su planeta, por sus familias y casas, por sus trabajos y huertas. Por sus vidas e ideales. A pedir que les devuelvan sus mundos de polvo y locura nuclear...

Y no será posible.

Por lo demás, el casco de la Nave no resistirá a sus golpes sobrehumanos, todos morirán. Morirán sin tumbas espaciales, y, unidos a "ellos", clamarán por lejanas auroras y se dispersarán, como ciegos jinetes, como marionetas celestiales entre los pliegues brillantes del Payaso del Cielo.

Como los únicos y verdaderos muertos del Universo.

LA SALIDA (EN LA PRIMAVERA DE LAS TUMBAS)⁴⁰

A Joanne K. Rowling, Reina de los Hechizos Cotidianos, quien me devolvió la infancia y la magia de ser niño...

*Y a los colegas en el Verbo y hermanos en la Fe y Humanidad:
Dra. Lic. Gertrudis Pocoví y su mágico libro "La Plegaria de Don Vitto", y
Oscar Ángel (Cacho) Agú, poeta de las semillas laguneras y creador de
sus nutrientes hojas poéticas "Luz Azul"...*

Tambores

Algo así como el retumbar de cien gigantescos tambores golpeó las sienas del extraño hombre. Pero, lejos de tomar su cabeza para contener la andanada de sonidos que, desde la eternidad, agrietaba sus tímpanos, desplegó una ansiosa e inquietante sonrisa entre las sombras de la negra y siniestra concavidad de sus ojos vacuos. Era ese el modo con que Nicola Gianforte expresaba su anhelante felicidad...

Podría volver a sentirse vivo.

Nicola Gianforte sacudió su espíritu. Una carrada de polvo y nicotina se acumuló en torno de su alma amarilla. Claro que, a Nicola, poco importaba la sequedad y dureza de aquella sustancia que acostumbraba reposar en el lecho húmedo y frío al que había sido destinado un siglo atrás.

Mas, Nicola, no sufría en esta singular postura donde el ocio reinaba como la eternidad; donde su oficio y amigos eran sólo parte del polvo que, el retumbar de tambores, le había obligado despegar. Y esto era, quizás, porque Nicola tenía en su muñeca –atada fuertemente– una bolsa blanca, muy blanca, casi brillante... Y bien sabía él que, dentro de ella, estaban sus mejores joyas y aciertos: esos pequeños y elevados sentimientos –obras– que había llegado a construir a pesar

⁴⁰ Santa Fe (Argentina), 1976. Texto ajustado al 24-06-2004 y al 23-03-2018. Su versión original al 16-05-1976, integró la primera edición del Libro **"LOS ÚLTIMOS DÍAS"**, ob. cit., págs. 103/118.

Premio "Ciudad de Santa Fe 1976" de la Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal "Bernardino Rivadavia".

Seleccionado **VII Certamen Internacional de Poesía y Narrativa Breve - Editorial Nuevo Ser (Letras del Mundo 2005)**, Buenos Aires (Argentina), 15-09-2004 - Antología Cooperativa.

Publicado el **08-10-2005** en el **Magazín virtual MUNDO CULTURAL HISPANO (Círculo literario de Alicante – España – Director: Denis Roland-España)**.-

del barro y de la nicotina.

La bolsa blanca y brillante no era muy grande, pero tampoco insignificante. De ningún modo. La bolsa blanca era lo suficientemente adecuada como para asegurar que, allí, sobrarían elementos para enderezar a un alma simple y amarilla.

Sin embargo, el toque de tambores no había sido para que Nicola Gianforte extrajera su carga y se pusiera, con paciencia y entusiasmo, a refaccionar cada centímetro cuadrado de su ego. El toque advertía, sí, que el momento de la salida estaba cerca...

Cuando a su creciente murmullo se agregaran los tañidos invisibles de un millar de campanillas, ocultas a la ilusión, entonces, podría levantarse de su cama, vestirse, abrir la puerta de su inevitable encierro, y lanzarse –como lo deseara en aquel día- al mundo, a sus calles, a sus máquinas y hombres, a sus cielos y árboles, estrellas y relámpagos...

Nicola lo sabía. Por eso, lejos de alivianar su figura, la tensión de la espera lo aplanó de un golpe sobre la piedra lisa, húmeda y fría, detalles éstos en los que nunca hubiera reparado.

El Cuarto de los Vestidos

Todavía persistían los ecos del milagroso resonar. Las campanillas mecidas en forma tenue, acompasada y alegremente, contagiaron de estupor la estrujada estantería sobre la que, Nicola Gianforte, levantara su otrora humanidad.

La sonrisa pareció volver, nerviosa, a enquistarse en la borrosa tez; luces y sombras cavaron indefinidos sesgos en el ondulante caminar de un espectro que, con lentitud, se aproximaba al Cuarto de los Vestidos.

No obstante, a pesar de la lógica emoción que nublara su conciencia, el extraño hombre efectuó un despeje total de los residuos acumulados en su lúgubre estancia. Y aunque para alguien como don Nicola, los colores y las formas, los olores y sabores sólo ahora podrían volver a tener sentido, y poco importara que la antedicha habitación hubiera sido pintada de gris y su cama fabricada en el más ruin cofre de tinte caoba con pulido especial, el viejo fantasma había sido siempre un amante del orden y de la pulcritud. Su vida austera relucía, en verdad, como la del mejor acomodado y merced a una constante preocupación sobre la idea de que, no sólo era cuestión el comprar algo, sino mantenerlo bien después. Así que hasta aquel apretado cubículo sombrío comprobaría la delicadeza con que, el viejo italiano, tratara a las cosas...

Después que la caja estuvo reluciente, el puntilloso fantoche escrutó –con mirada inquisidora- todos sus rincones, dio una auto-aprobación a lo hecho – meneando las brumas de su inteligencia- y giró en redondo comprobando que la blanca bolsa estuviera firme en su lugar... Agitó las tinieblas de su muñeca derecha para estar seguro también de que, una caída voluntaria o accidental, no le acarrearía disgustos; y, luego, sopló con precaución hacia delante, y la puerta del cuarto se abrió chirriante dándole paso.

Nicola Gianforte avanzó sobrevolando el umbrío corredor rumbo al punto de luz que brillaba al final del angosto pasillo. La humedad colgaba de éste como llovizna y el frío se apelotonaba en los racimos musgosos de su negra corteza. Pero esto tampoco interesaba. Sólo el punto de luz tenía razón de ser. Era un círculo giratorio que crecía con cada paso del viejo. Al cabo de cien metros, el punto se había transformado en un enorme agujero de cerradura que alentaba la posibilidad de develar los misterios ocultos por tamaña puerta.

Excitado, el anhelante espíritu sopló sin dudar sobre el pozo de luz, y un sonido conocido se dejó oír al descorrer su secreto la Puerta del Cuarto de los Vestidos.

Los tambores sonaron y el incendio tornó rojos sus movimientos. La luz, derramada en cascada sobre su impresionable ánimo, lo inventó una y otra vez al avivarlo en fuerza y energía.

Nunca había visto nada igual.

Los vestidos y los cuerpos del Cuarto castigaron sus despojados ojos con un millón de matices y diseños. Aquello era... ¡fantástico! El gran cubículo parecía no tener fin. Allí estaban, ordenados, los modelos de hombres y de trajes que, alguna vez, caminaran fuera. Y si aquella impactante visión lo había conmovido profundamente, una razón como la suya, amante de la disciplina y de la pulcritud, no pudo dejar de admirar también la fina atención puesta en conservar a aquel trillón de maniqués...

El espectro aleteaba las sombras de sus manos y señalaba algún cuerpo célebre –no era cosa de todos los días ver a don Ray Bradbury esbozar su obesa e invitante sonrisa, o a don Federico Chopin cavilar notas en derredor de su desgarbada estructura, o a don Eduardo Manet discutir su nueva técnica de mostrar al mundo- y las confundía con las sombras de su boca en gesto admirativo, o con las sombras de su cabeza en gesto dubitante... El cuello le giraba de izquierda a derecha, mientras sus pies intentaban la marcha por la amplia vereda que dividía, centralmente, a tan inesperada colección, de la cual, más tarde, formaría parte.

Calculó que ambas filas debían extenderse hasta los confines de la eternidad, y

que, su pensamiento de intentar conocerlo todo, era tan descabellado como increíble el gesto del dios de permitirle una salida antes de marchar, con él, definitivamente a Palacio.

“¡Volver a vivir...!”, cantaron las bocas de los cuerpos inanimados. “... a vivir!”, y el coro perfecto hizo temblar la luminosa galería para luego, de golpe, acallar su sentencia sin que resonancia alguna perdurara en el recinto...

Nicola Gianforte detuvo su andar. De pronto, sus pies quedaron fijos en el suelo marmolado de blanco. Una angustia imprecisa turbó su conciencia y el cúmulo de sombras se aquietó, tenso, esperando...

“¿Cómo sería?”, se preguntó. “Creo haber sido claro por entonces”, masculló. “Tenía que ser alto, robusto, cabellos negros y ondulados. Los ojos, azules. Azules. Eso sí: nada de cambios. Mamá decía que papá los había traído del fondo del Mar Mediterráneo...”, recordó.

Claro, pues; podía renunciar a sus cabellos rubios -luego canos- o a su figura escuálida -luego obesa- pero no a sus ojos azules -por siempre azules-. Así que había sido claro: alto, robusto, cabellos negros y ondulados. Pero ojos... azules!

También había pedido un rostro magnánimo; y que profusos bigotes suavizaran las palabras nuevas de su boca nueva. ¡Y dientes! Quería dientes blancos. Los suyos habían quedado como hojas de otoño.

Debía aparentar unos treinta y seis años.

Las cejas, medianas. El cutis, lozano (nunca había fumado). Casi sin arrugas... ¡Y las manos! Las manos finas; manos con dedos largos y mágicos que supieran tocar el piano o escribir un cuento, o pintar un cuadro... En cuanto a la ropa.... Bueno, eso sería cosa del dios. La moda habría variado bastante y no podía caer al mundo despistado, ya que, en vez de observador, resultaría analizado, comentado, burlado y perseguido por monigote. Sí, el dios vería. Después...

Después estaría listo para saber cómo había evolucionado aquello.

La Noche del Día de la Salida

Nicola Gianforte cerró los ojos de su inteligencia y esperó. Un par de segundos...

Su alma amarilla palpó la tersura de la seda que comenzaría a rodearle hasta que, al abrir los párpados, lo mostrara completamente nuevo y joven. Alto, robusto, cabello ondulado y negro. No había espejos que reflejaran la armonía de aquel cuerpo. Pero Nicola la sentía. Y hasta podía adivinar que sus ojos eran azules...

Estos se movieron con la misma velocidad con que sus manos recorrieron la nueva piel, fresca y vellosa, forrada en un ajustado enterizo azul acero. Un cinto plateado rodeaba su cintura y un metálico reloj marcaba los microinstantes del tiempo de los hombres prendido a su muñeca izquierda. Estaba listo. Preparado para el gran salto. Por supuesto, todo había resultado extraño, mágico y casi inexplicable. La promesa del dios, luego de aquella discusión sobre el futuro, se cumplía al pie de la letra. Y ahora sí, Nicola Gianforte pudo advertir todo lo húmedo y frío que, ungido de raíz, teñía de negro la subterránea morada.

La bolsa blanca desapareció, súbitamente, de su vista. No hubo tiempo para preguntas tontas. Era lógico que ello sucediera.

Sus pasos resonaron dentro de la bóveda. Ya no sobrevolaba la tierra sino que la apretaba entre los dedos envueltos en aquellas lustrosas botas de cuero negro. La Puerta del Cuarto de los Vestidos selló nuevamente el misterio, y, el pozo de luz, volvió a ser un punto decreciente a sus espaldas. Pocos metros faltaban para salir de allí, aunque no había resplandores que anunciaran al mundo.

Sería de noche.

Y habría estrellas...

Esas incontables guedejas de calor que respunteaban la soledad del universo estarían esperándole a él. Le darían el sentido y la dirección necesarios para sortear las cruces, trasponer el rejado y caminar las calles de la antigua ciudad de inmigrantes. El dios había tenido cuidado en ensombrecerla. Cualquiera que hubiera advertido su presencia inesperada, lo habría denunciado como a un monstruo onírico escapado -como un *zombie*- de aquellas tumbas de la Ciudad del Descanso. Y Nicola Gianforte era, en este momento, un hombre más respirando aquel aire abrasador que le anudaba la nariz ahogando sus pulmones...

Siguió avanzando. Allí estaba la pequeña loza gris. Ahora la levantaría, despacio, como si en realidad nada ocurriera.

Excepto la noche.

La Noche del Día de la Salida.

Tal como pensara, una estrella guió sus pasos. La Ciudad del Descanso había cambiado. Mucho. Cien años era bastante tiempo. Se había vuelto más intrincada. La aglomeración de criptas era pasmosa; tan pasmosa como la quietud del lugar.

Cuando recapacitó sobre lo que estaba sucediendo, se sintió —en cierto modo— otro dios. ¿Cuántos hombres habrían soñado con esta oportunidad? Al cabo del fin, volver en la distancia a comprobar si el amor y la razón habían triunfado sobre el egoísmo y la necesidad...

A pesar del aire tórrido que circulaba en las aceras desiertas de los alrededores, la piel nueva y fresca de Nicola Gianforte se erizó de escalofríos. Es que su mente

traía del pasado el recuerdo de la Gran Crisis. Sus años de empleado sanitario, el hambre de su familia extranjera, las horas de sueño amontonadas en escaleras abarrotadas de vagabundos sin destino; las luchas en fábricas y estaciones de trenes, las manifestaciones, los disparos de armas que cargaba el Diablo y descargaban los infelices...

Su asesinato.

Se vio allí, frente a la Compañía Química. Con Ángelo caído en la refriega. Ángelo, su amigo. Había que ayudarlo... Pero, de un soplo, la vida se les había escapado por el hueco sangriento que perforaba sus costados...

Nadie supo bien lo que ocurría. Todos opinaban... Claro que, en la nueva habitación, uno olvida el pasado, cuelga los recuerdos, y sólo sirve para descansar...

¿Dónde estaría María? ¿Y Lucio, el mayor...? ¿Y Susana? ¡Cuánto tiempo había pasado ya! Tal vez..., de haber seguido recorriendo un poco más el Cuarto los hubiera encontrado: quietos, alineados, sin vida, pero limpios y ordenados. Y si el dios lo deseaba, hasta podría haber conversado con ellos...

Sin embargo, Nicola, a pesar de su apocalipsis personal, jamás había dejado de insistir. Confiaba en el hombre.

Cuando aquella tarde nubosa un látigo de fuego le nubló los ojos, y los carteles de colores se apagaron, y las flores de Parque Chico se marchitaron, y los árboles de su casa se conmovieron, alcanzó a perdonarlos. Estaba seguro que alguna vez aprenderían...

Y le dijo al dios. Le dijo que estaba seguro de ello. Que, como buen siciliano, podía ganar a un vasco en porfía. Que estaba dispuesto a hacer una apuesta con él si era tan desconfiado.

Y el dios había aceptado. Si ganaba, estaría a su lado como príncipe. Si era derrotado –por segunda vez- tendría que ponerse a sus órdenes y darle ayuda en los quehaceres del Palacio.

No era que el dios odiara a los hombres. Por el contrario, los amaba infinitamente. Les había dado vida, inteligencia y oportunidad de hacer las cosas bien, pero sabía algo que, Nicola Gianforte, nunca comprendería: la libertad era un don demasiado grande e importante como para manejarlo sin compromiso con el Bien Común...

Pronto los muros de la necrópolis quedaron atrás. Se asustó un poco ante el silencio que habitaba la ciudad. No dejaba de mirar hacia arriba, agudizar sus vírgenes sentidos y contemplar los monumentos que la Humanidad erigiera como agudos alfiles emulando a Babel...

Al final de la primera calle que tomara, rumbo al oeste, dio con una gran avenida. Le sorprendió su ancho aproximado a los doscientos metros, y su aire

arrollado por el invisible paso de algunas pocas ruedas susurrantes lanzadas sobre la plana superficie gris a fantástica velocidad.

Mucho de los carteles, de exagerado largo, estaban apagados.

Miró su reloj: marcaba las doce de la noche. También le sorprendió el hecho de que, ninguna ventana de aquel centenar de rascacielos, emitiera destello alguno. La ciudad parecía tan muerta como el lugar de dónde provenía. Algo pasaba.

La sirena aturdió su cerebro inexperto y sobresaltó su joven corazón.

Estaba cruzando la Avenida Mayor –así denominada- cuando, de pronto, la estridencia se interpuso entre su temple y su miedo obligándolo a correr. La sirena parecía decir: ¡Alto! ¡Deténgase!, pero Nicola Gianforte había puesto alas a sus pies, y la serie de persianas ocultando escaparates de bazares se volvió un centelleo de líneas que, a jadeantes trancos, lo encerró en aquel callejón cerca de un tanque recolector de residuos.

La sirena siguió su rumbo y se perdió a lo lejos. Algo pasaba. Estaba muy confundido.

La carrera despertó en su vientre nuevo un ancestral deseo: tenía hambre. Miró a su alrededor, y las sombras del callejón le negaron toda esperanza de probar bocado.

Las horas transcurrieron pesadamente. Una luz amada lo sorprendió dormido, recostado sobre el tanque. El alba lo despertó. Ahora sí sus oídos percibieron mayor movimiento en la ciudad, aunque no tanto como podría haberse esperado. Tal vez, en algún lugar, un vaso de leche fría con dulce y tostadas estuviera esperándole. Su aroma refrescante tocó de modo imaginario las entradas de su atosigada nariz, pero la Patria del antiguo ayer, estaba lejos. Muy lejos de ahí...

Unas gotas de sudor le llagaron el rostro y entumecieron su boca. Tenía hambre y sed. Y sentía calor. La atmósfera explotaba en persistentes iones de energía, mientras el cielo, libre de nubes, era inmensamente azul. Como sus ojos...

Se levantó. Acomodó su enteriza vestimenta, y marchó por las veredas de la Gran Avenida, bien pegado a los muros de los gigantes que atomizaban su humanidad.

Por otra parte, la gente no se mostró atrevida como lo hubiera deseado. Eran sendas fugaces y nerviosas las que surcaban su entorno. Los vehículos iban y venían con rapidez por el amplio circuito, o podía vérselos elevar y aterrizar en las terrazas lejanas de aquellas soberbias torres de vidrio y acero. La ciudad ahora latía.

--- ¡Eh! -la voz sonó ronca y dura-. ¿Qué hace ahí? –demandó.

Nicola salió de su clima meditabundo, y, abandonando el paso lento y cabizbajo, giró la cabeza hasta encontrar la mirada de su interlocutor.

--- ¡Venga! Puedo llevarlo. ¿Se ha descompuesto su vehículo? –preguntó la voz.

Nicola dudó.

--- Claro. Sí... Iba hacia Parque Chico.

--- Ah, bueno. Puedo acercarlo. Pero... ¿a Parque Chico dijo usted? Ese lugar no existe por aquí. Tal vez se refiera a Parque Dickson... –la voz cambió de tono y se trocó en manifiesta amabilidad.

--- Eh... Sí. Eso es. Parque Dickson... –asintió Nicola: no en vano había pasado un siglo por allí arriba.

El vehículo partió zumbando rumbo al norte, y quien lo manejaba no osó preguntar nada más. Era un hombre maduro, de unos cincuenta años; su cabello había sido teñido de azul y el rostro mantenía una sorprendente lozanía. Casi como la suya. Esto hizo que, Nicola, dudara al fin sobre su probable edad.

El Parque se mostró inmenso y solitario. Inhabitado.

--- Fue un milagro... –dijo el conductor al par que apretaba una serie de botones coloridos.

El coche se desplazó sobre el césped del parque sin dañarlo, pues las ruedas se habían replegado dando lugar a una fortísima presión de aire comprimido.

--- ¿Un milagro? –dijo Nicola a modo de singular turista.

--- Sí. Voy a casa –agregó su guía-. Me esperan. Tengo a mi esposa y a uno de mis hijos allá. El otro se ha escapado. No he podido hallarlo, pero estoy seguro de que estará a tiempo en el sitio... Tenemos que apurarnos –expresó luego con preocupación-. La radio aseguró que faltan sólo dos horas para que comience. Nuestra familia tuvo suerte. Tenemos los boletos rojos, así que... mientras haya vida habrá esperanza.

--- Claro... –contestó Nicola sin entender nada.

El hombre podría haber preguntado por él. Si a él también le había tocado el boleto rojo. Pero algo difícil e injusto podría haberse ocultado en tal pregunta. Así que guardó silencio. Y Nicola prefirió callar también. Ya vendrían las respuestas a lo que sucedía. Tenía dos horas para encontrarlas...

Brigada de Niños Exploradores

El hambre, implacable, lastimaba las entrañas del resucitado. Una canilla de riego salvó su sed, pero el líquido cayó tan pesado en su estómago vacío que, al cabo de un rato, estaba vomitándolo sobre la encinta gramilla. En ese momento pensó que hubiera sido mejor haberle pedido al dios un cuerpo de caballo y no de hombre; aunque, por supuesto, seguro lo habrían perseguido, capturado y encerrado en un zoológico como ejemplar insólito, pues dudaba que, en esta época, alguien recordara las bondades de un equino.

Miró el reloj. Las nueve de la mañana. Faltaba una hora y cincuenta para que sucediera lo que hubiera de suceder, según el hombre de vehículo errante que lo acercara al Parque...

--- ¡Eh, niño!

El niño corría entre las flores, se revolcaba, volvía a ponerse de pie, y apretaba un minúsculo botón del aparato que sostenía entre sus manos.

--- ¡Eh, niño! ¡Espérame...! –gritó Nicola emprendiendo veloz carrera.

El muchacho, asustado, se ocultó bajo un arbusto, manteniendo la respiración.

--- Oh, no tengas miedo. Por favor...

El niño tendría unos doce años. Era inefablemente rubio y pecoso. Vestía un enterizo verde con un cinto amarillo aferrado a la cintura. Era bastante delgado y, de súbito, como un payasito de caja-sorpresa estuvo de pie.

--- ¿Qué quiere? –preguntó molesto.

--- ¡Discúlpame! Es que por aquí no hay nadie a quien preguntar cosas.

--- ¿Qué cosas? –dijo el chico permaneciendo inmóvil y ocultando su delicado aparato.

--- Bueno, por ejemplo, qué hace un niño como tú por aquí. No veo a los mayores, ni a otros chicos siquiera...

--- Soy de la Brigada –respondió el pecoso secamente.

--- ¿De la Brigada?

--- Sí. De la Brigada de Niños Exploradores.

--- Ah, entiendo... -dijo Nicola sin entender nada-. ¿Y qué se supone hace una Brigada de Niños Exploradores...? –consultó.

El pecoso hizo un gesto dubitativo con la boca, se frotó la barbilla brotada de sol, y, señalando con el dedo su pecho, afirmó:

--- Soy su Jefe.

--- Oh, claro... Muy bien. Eres el Jefe. Bueno, ¿puedes decirme entonces qué hace una Brigada de Niños Exploradores?

--- Pero... Se supone que cualquier persona sabe lo que hace una Brigada de Niños Exploradores. No parece usted de este mundo.

--- Es que... Lo que ocurre es que he estado muy enfermo y... he olvidado algunas cosas. ¿Me crees? –mintió Nicola, muy nervioso...

El niño, en cambio, estoico en su puesto, rodeado de hojas y de flores y con la mano derecha pegada a sus espaldas, respondió serenamente:

--- Bueno... Verá usted: una Brigada de Niños Exploradores es un pelotón de chicos que buscan objetos valiosos para los Archivos.

--- ¿Los Archivos?

--- Sí. Papá ha dicho que, dentro de una hora y media, los otros comenzarán a romper todo lo nuestro. Y nosotros trataremos de responderles. ¿Entiende?

--- No. Creo que no.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

--- Papá dijo una palabra. Era corta. Sin embargo, no la recuerdo. Dijo que era una palabra muy empleada en otros tiempos por el hombre, y que ahora...

--- Claro... Dime, ¿tus padres tiene boleto rojo?

--- Sí, por supuesto. Y los papás de los chicos de todas las Brigadas también. Este es un trabajo importante.

--- ¿Qué buscan?

--- De todo. Mariposas, flores, hojas, pájaros, trozos de corteza, frutos, y además, sacamos... fotografías. Y filmamos también.

--- ¿Fotografías? ¿Filmar?

--- Sí. Yo soy el Jefe. Debo filmar y fotografiar. Las fotografías son lo más importante de un Archivo. Las fotografías perduran... De hecho, ni qué hablar de los vídeos...

--- Y dime: ¿qué es o para qué sirve ese... boleto rojo?

--- ¿Tampoco eso recuerda? Entonces... ¡usted no tiene boleto rojo!

--- Creo que no. Y tampoco sé por qué no lo tengo.

Nicola supo que había tomado la punta del ovillo. Sólo había que intentar desenrollarlo bien.

--- Pero...

El niño salió de su escondite, desvió la mirada hacia su izquierda y advirtió la llegada de varios niños más. Todos portaban unas bolsas pequeñas que parecían completas de carga.

--- Allí vienen. Traen lo que les pedí.

El niño pecoso pegó un grito y los demás comenzaron a acercarse hasta su posición.

--- Son Lemour, Katia y Morsk. Lemour trae hormigas; Katia, mariposas; y Morsk, escarabajos...

Nicola enmudeció.

--- ¿Encontraron todo? –gritó el pecoso.

--- Sí... -dijo el trío que avanzaba a grandes trancadas.

--- ¡Bravo! –exclamó el pecoso, y marchó a su encuentro.

Nicola sólo atinó a girar su cabeza y a cerrar los ojos cegados por el sol que coloreaba la floresta del Parque. Los juegos metálicos brillaban y, de pronto, oculto tras una arracimada cortina de árboles, el Cohete erigido en el centro del área apareció aprontando sus motores, listo para partir...

Los niños corrieron y corrieron hasta quedar a unos cien metros de él, y, de cuclillas, revisaron el tesoro de bichos y objetos que habían conseguido recolectar. Entonces, el pecoso hizo un gesto y los otros tres dieron un brinco, tomaron sus bolsas y se perdieron en gran carrera hacia la zona de monobloques que circundaba el espacioso terreno verde.

--- ¡Nos vamos! –dijo el pecoso.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Levantó su mano y Nicola sintió el alma del niño dentro de sí.

--- ¿Se van? ¿Adónde? ¿Por qué? –preguntaba Nicola en forma atropellada, y viendo que la oportunidad de aclarar la situación se escapaba...

--- A casa. Después al Refugio. Allí estaremos hasta que pase todo. Créame que lo siento. Siento mucho que usted no tenga un boleto rojo. Nos esperan. Nosotros no podemos... Nuestros padres se volverán locos. Nos hemos demorado en el trabajo...

--- (...).

---... y creo que ya deben estar bastante preocupado con nuestra fuga. Pero es la primavera. La última quizás, y no podíamos fallar... ¡Adiós!

El niño rotó sobre los pies y cruzó a tranco con sus amigos el ancho del Parque, espesando aún más su vacío humano.

Nicola había quedado solo. Y hasta había comprendido todo.

Guerra...

Primavera de tumbas

... La guerra vendría con esta arredrada primavera.

El canto de la tierra acongojó su corazón y lo tornó húmedo y frío. Nicola sintió que las lágrimas dolían.

Miró de nuevo su reloj. Faltaba media hora para que comenzara. Y el aire tórrido –otrora fresco, hace un siglo apenas de las nueve y media de la mañana- que enrojecía su piel, era simplemente el calor adelantado por el sudor del miedo que bañaba las vidas de una Gran Ciudad...

Inerte sobre la gramilla reverdecida, pareció escuchar los pasos de su niñez imaginando filmes, golpeando chaparelas en las paredes despintadas del barrio o surcando aerolitos de caña y papel con los colores de su equipo de fútbol favorito.

Estaba derrotado.

El dios no se había equivocado. A pesar del tiempo nada habían aprendido. Y eso dolía. Dolía como un pedazo duro de pan en una mesa desierta o un chocolate negro escondido tras una vidriera indiferente...

--- ¡Canten! –gritó.

Y el eco de su voz despertó a los jilgueros.

--- ¡Arrullen! –gritó.

Y al cucú de las palomas del Parque coreó la última existencia.

--- ¡Reciten! –gritó.

Y los Poetas clamaron su elegíaca añoranza.

Después, arrodilló su cuerpo, besó la tierra con devota unción, y se puso de pie.

La tumba esperaba.

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Y afuera, un torbellino de gentes sin pasaje al mañana empezaría a correr, a sacudirse, a tropezar y a suplicar en medio de un espanto sin fin que alzaría sus cuerpos muertos hacia los dioses, como el polvo de un billón de tumbas errantes...

Nicola Gianforte atravesó, abatido, el pasadizo oscuro, húmedo y frío de su hogar. El pozo de luz volvió a surgir frente a él, y la Puerta del Cuarto de los Vestidos se abrió a su hálito fantasmal.

Se quitó el cinto plateado y el traje azul acero. El reloj se desintegró súbitamente. Pronto la materia fue una enorme sombra. Una sombra con alma amarilla y una bolsa blanca atada a su muñeca.

Los cuerpos seguían allí, limpios, quietos y ordenados. Nicola alcanzó a preguntarse algo antes de volver sobre sus pasos para quedar encerrado en el viejo cofre caoba: “¿Dónde pondría el dios a los que llegaron? ¿Habría lugar aún para tantos?”

Y hasta pudo adivinar quién sería el encargado de que ello fuera posible.-

ANEXO

Citas y notas referenciales

¹ **VÍTORI, José Luis** (Santa Fe, Argentina / 1928-2015). Escritor y periodista. Miembro de la Academia Argentina de Letras. Periodista (1947-1997) y Director del diario "El Litoral"-Santa Fe (Argentina). Su primera novela: "Las fuerzas opuestas" (1961), obtuvo primer premio edición Fondo Editorial Municipalidad de Santa Fe. Editó diecisiete libros. Entre ellos, "Las campanas del sur" (novela) e "Imago Mundi" (ensayo) se distinguieron con el premio nacional de la Secretaría de Estado de Cultura Nacional (Región Centro-Litoral, 1976 y 1978); "Cuentos del sol y del río" - Faja de Honor (SADE-Buenos Aires, Argentina, 1977); "El escritor: medio y lenguaje" (ensayo), primer premio en el certamen nacional de La Matanza (Pcia. Buenos Aires, Argentina, 1974); "Literatura y región" (ensayo), primer premio nacional "Ricardo Rojas" (1986) y "Del barco Centenera y La Argentina", segundo premio nacional (1993), ambos otorgados por Secretaría de Estado de Cultura de la Nación. Completan su bibliografía, entre otros: "Gente de palabra" (novela), "La región y sus creadores" (crítica), "Literatura y cultura nacional" (ensayo), "El escritor y su condición en el siglo XX" (ensayo), "Exageraciones y quimeras en la conquista de América" (ensayo) y "El tiempo y los sueños" (cuentos, Ed. Vinciguerra SRL, 1998). Premios a la trayectoria cultural: "Fundación de Santa Fe" (1986); "Themis – Consagración" (ciencia y cultura), y "Ciudadano de Honor" (Santa Fe, 1993).-

2 Consultar https://es.wikipedia.org/wiki/Ray_Bradbury.

3 Reportaje a Adrián N. Escudero – CONFESIONES: MÁS ALLÁ DE LO REAL... (Carrera Diseño de Imagen y Sonido – Facultad de Ciencias de la Comunicación – Universidad Católica de Santa Fe – Autoras: Rocío Carolina Escudero y Valeria Jaime, Abril 2005.

4 Nota del Autor: *género narrativo que no debe confundirse con el de "Realismo Mágico", y denominado iniciáticamente bajo la expresión "CIENCIA FICCIÓN (CF)", expresión acuñada en 1926 por Hugo Gernsback. Término CF que se disputa con el de "ficción científica" o, más actualmente, con el de "ficción especulativa" o "ficción conjetural", pero que adviene hacia una significación acotada –y a diferencia de éstos- a un tratamiento específico de lo científico-técnico propiamente dicho. Sin embargo, y en opinión compartida por el suscrito, el cubano-canadiense y Prof. Eduardo Frank Rodríguez 19, en su agudo ensayo titulado, precisamente, "La endeble línea divisoria entre la Ciencia Ficción y lo Fantástico" (Weird Tales de Lhork, Nro. 33, 2014), y en correlato con las huellas "maturianas", afirma que "La Ciencia Ficción (denominada scientifiction en la revista Amazing Stories) y (que) en 1929 se convertiría en el definitivo science-fiction", (...) en estos momentos es mitad presente y mitad futuro; hoy se apoya en el presente y anticipa el porvenir, y (...) se presenta como una conjetura formulada a partir de tendencias válidas para el mundo real y previene hechos no sólo de las ciencias físicas sino también de las humanas, todo expuesto en imágenes artísticas". Ver Cita 7 vs. Cita 9.*

5 Nota del Autor: *el "REALISMO MÁGICO (RM) es una corriente literaria donde a lo real se lo trasmuta poéticamente, aunque sin desvirtuarlo, figurándolo y denotándolo desde lo maravilloso o lo fantástico; es decir, una percepción de lo real, traducido por el artificio de la palabra en una narración (cuento, relato, novela), o una forma de interpretar y escribir sobre la realidad con elementos fantásticos, mágicos y fabulosos.*

6 MATURO, Graciela. Doctora en letras. Escritora, poeta, ensayista y ex investigadora principal del CONICET en el área de Filología. Trayectoria docente universitaria: cátedras de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires, y tareas docentes en las Universidades de Cuyo y El Salvador, el Instituto Franciscano y la Universidad Católica Argentina (UCA), en la cual ocupó la cátedra de Literatura Iberoamericana y es actualmente

Profesora de Consulta. Profesora invitada y conferencista en Universidades nacionales (Argentina) y latinoamericanas (Perú, Colombia, Uruguay, Chile), así como en España, Italia y la República Checa. Fundó en 1970 el

Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA-UCA) con bases humanistas, renovadas por la fenomenología y la hermenéutica. Directora de la Biblioteca Nacional de Maestros (1990-1993). Dirigió las revistas AZOR y MEGAFÓN. Participó en la conducción de las Editoriales Castañeda y García Cambeiro. Miembro Honorario del Centro de Estudios Filosóficos de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires (CEF-ANCBA), Argentina. Directora del Centro de Estudios Poéticos ALETHEIA. Su extensa Obra poética y literaria ha merecido numerosos galardones, y se la reconoce como Maestra de América.

7 Maturo, Graciela, op. cit. En su prólogo al libro **DOCTOR DE MUNDOS** (Ed. Vinciguerra SRL, CABA. Enero 2000), titulado **“La ficción apocalíptica de Adrián Escudero”**, expresa: *“... Es que, en el fondo, toda literatura, aún cuando se nutra de la ciencia y la tecnología para hallar sus motivaciones, va más allá de la pura mostración objetiva de una realidad. Es la presencia de un sujeto evaluador, ausente en el planteo científico y en la aplicación puramente técnica, la que confiere a la creación literaria su carácter propio. El sujeto -inteligencia sentiente, según Zubiri y no mera caña pensante- es por su propia constitución óptico-existencial una entidad viviente, evolutiva, en relación con el mundo y con los otros. Es su trabajo simbólico, desplegado en alto grado en el arte, el que induce evaluaciones, reconocimientos y elecciones... (y) que ha de someter a crítica al proceso científico sobre el cual teje su especulación, reflexión o extensión anticipatoria. De allí la ambigüedad insanable de la expresión “science-fiction”. Y de su aún más imperfecta traducción “ciencia-ficción” (CF), que en algún momento se ha querido mejorar como “literatura de anticipación”. (Porque) La literatura no sólo anticipa: previene, descubre, juzga, interceptando el discurso tecnológico con otros aparentemente anacrónicos como lo son las sagas, leyendas y mitos de la humanidad –Nota de Autor: denominados Alta Fantasía-, que encierran (incluso) su inagotable reserva ético-religiosa”. Y de allí también que el aporte de Maturo a la comprensión del género en cuestión, se sintetice en su forma más académica y moderna al denominarlo: “ficción conjetural metafísica”.*

8 Ciencia Ficción – Wikipedia, la enciclopedia libre - https://es.wikipedia.org/wiki/Ciencia_ficci%C3%B3n.

9 ABRAHAM, Carlos Enrique – N. Tandil, Bs. As., Argentina (1975). R. La Plata (Bs. As., Argentina). Escritor (narrador, poeta y ensayista). Licenciado en Letras de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Especializado en literatura fantástica, ciencia ficción, filosofía, literatura medieval y barroca. Fundador de la Revista Académica Gráfica NAUTILUS, 2004 (Blog virtual desde 2008: <http://nautiluscf.blogspot.com.ar/>). Director de la Colección “Novena Musa”. Poemarios: “Rito de iniciación”, 1993; “Fuera de tiempo”, 1995; “Noche de trovadores”, 1998; “Crisálidas”, 2000; “A la sombra de las gárgolas”, 2003 y “En la noche de los tiempos”, 2006. Primer premio “Metrovías”: “Cuentos Cortos de Terror” (2005). Primer premio “Mejor Ensayo Crítico en Lengua no Inglesa” – IAEA (2007), por su obra “Las utopías literarias argentinas en el período 1850-1950”. Otros ensayos: “Borges y la Ciencia Ficción”, 2005; “Estudios sobre literatura fantástica”, 2006; “La literatura fantástica argentina en el siglo XIX”, 2007. Su amplia obra encontró difusión, entre otras, en las revistas “La Brújula”, “Julio Cortázar”, “Arkadin”, “The Burroughs bulletin”, “Cuasar”, “Axxon”, y “Series Monográficas” y “Cuadernos” (UNLP).-

Al respecto, y negando o desconociendo la importancia e influencia de lo mistagógico y del terror y/o perplejidad innata del hombre hacia lo desconocido, **Carlos E. Abraham** opina en principio –y estamos de acuerdo- que: **“La ciencia ficción (CF) es un género literario que intenta superar por medio de la imaginación ficcional uno de los principales conflictos ideológicos del siglo XIX: el enfrentamiento entre el racionalismo secularista heredado de la ilustración filosófica y el irracionalismo sobrenaturalista romántico (...)”**. Pero luego, entendemos que se se parcializa en una concepción tradicionalista del término CF, cuando afirma, que: **“Mientras que la literatura fantástica opera con la ambivalencia entre lo natural y lo sobrenatural (...), la ciencia ficción es una rama del realismo que evita cuidadosamente las apelaciones a lo sobrenatural. Los elementos insólitos y apartados de lo cotidiano que aparecen en ella (como alienígenas, fuerzas extrañas o naves espaciales) no cuestionan la racionalidad, sino que son extrapolaciones más o menos audaces del pensamiento científico”**. Omitiendo de este modo el efecto superador de la “ficción conjetural global” actual por sobre la CF tradicional, ya que contiene al mismo tiempo a las premisas del racionalismo secularista y del irracionalismo sobrenaturalista romántico, en virtud, precisamente, de sus facetas metafísicas o mistagógicas (**Ver Cita 6**). Quedando en esta discusión y a nuestro entender, **el universo de lo fantástico jugando, sí, entre lo natural y lo mágico maravilloso o aterrador**; mas no, y tan concluyentemente como expone Abraham, **entre lo natural y lo sobrenatural**.

10 CAPANNA, Pablo – Libro **“El sentido de la Ciencia Ficción”** – Editorial Columba, Buenos Aires, Argentina, 1969.

11 REVISTA “Nosotros” – Diario “El Litoral” (Santa Fe, Argentina) – 50º Aniversario de la Asociación Santafesina de Escritores.

12 PESANTE, Edgardo Alberto (Santa Fe, Argentina / 1932-1988) – Escritor, autor de teatro y ensayista. Publicó doce libros, entre los cuales podemos citar a: “Sitiados-Obando”, teatro (1961) y (1977); “Regreso al medio”, ensayo (1976); “Crónicas de lo mágico cotidiano”, relatos (1971) y (1977); “Cuentos del Santa Fe de ayer”, cuentos (1980). Su obra figura en varias antologías y muestras editadas en Buenos Aires y Santa Fe (Argentina). Premio Bial de la Asociación Santafesina de Escritores-ASDE (“Criaturas de la guerra”, cuentos, 1964); y Premios Municipalidad de Santa Fe (1970) y Provincia de Santa Fe (1971) por “Pájaros en la niebla (cuentos, 1970): libro reeditado por el Fondo Editorial de la Provincia de Santa Fe, 1978. Ed. Plus Ultra (Buenos Aires, Argentina) reunió en “Cuentos del Santa Fe de ayer” (cuentos, 1984): textos de los libros “Criaturas de la guerra” (ob. cit.) y “El soberbio capitán” (cuentos, 1968). Fundó y coordinó—hasta su fallecimiento— el Taller Literario ASDE. Miembro activo de la Comisión Directiva y Presidente ASDE. Desempeñó cargos en el FFCC “General Belgrano”, Radio LT10 (Jefe Artístico) e Instituto Superior de Música-UNL (Santa Fe, Argentina). Condujo junto al escritor Adrián N. Escudero y durante el período 1979-1987, el Programa “Acontecer Literario” (LR1 - Radio Nacional, Santa Fe, Argentina).-

13 ZANELLI, Miguel Ángel (Santa Fe, Argentina/1924-2006) – Bibliotecólogo, ensayista y poeta santafesino. Educador de vasta trayectoria, reconocido a nivel nacional por su quehacer en la formación de Talleres Literarios. Fundó y coordinó junto al escritor Edgardo A. Pesante (1932-1988), el Taller Literario (gratuito) de la ASDE, siendo miembro de su Comisión Directiva. Desempeñó cargos directos en la Biblioteca Municipal de Santa Fe, y en la Escuela de Artes Visuales “Juan Mantovani”, Director de la Biblioteca y Presidente de la Asociación Cooperadora de la Biblioteca Popular “Dr. José Gálvez” (exCosmopolita - Dirección de Cultura - UNL, Santa Fe, Argentina). Creador y profesor de la carrera “Bibliotecología” del Instituto Superior Nº 12 “Dr. Gustavo Martínez Zuviría”. La colección “Apertura” (Fondo Nacional de las Artes – Res. Nº 13395/74), publicó su libro de poemas “La búsqueda”. Participó en la colección “Cuadernos” (Ed. Colmegna S.A. - “Antología Poética: Homenaje a la poeta Nilda Vicentín de Robert”). Su obra y colaboraciones literarias figuran en diarios y revistas de la Capital Federal (Buenos Aires, Argentina) y ciudades del interior del país.-

14 Nota del Autor: Consultar al respecto, **obras bio-bibliográficas** como, por ejemplo: **SELECCIÓN BIOGRÁFICA “SANTA FE EN LA CULTURA” – Autores: Felipe J. Cervera, Graciela F. de Cocco y Elda María Paván** (Ediciones Sistemas de Apoyo Educativo). Santa Fe (Argentina); **SELECCIÓN BIOGRÁFICA “NUEVA ENCICLOPEDIA DE LA PROVINCIA DE SANTA FE - ARGENTINA” – Tomo I - Capítulo: LITERATURA. Autores: José L. Vittori, Graciela F. de Cocco, Osvaldo R. Valli y Eugenio Castelli** (Ediciones Sudamérica Santa Fe). Santa Fe (Argentina), 1991-1993; **“LITERATURA: CREACIÓN SITUADA”. Ensayo y recopilación artículos publicados - Osvaldo Raúl Valli - Parte Introductoria: Su artículo: “Las variaciones de escritura en el cuento santafesino” – Noviembre 1985 (pág. 34) - Ediciones Sudamérica Santa Fe (Biblioteca Popular Santafesina); SELECCIÓN BIOGRÁFICA “NARRADORES SANTAFESINOS”, de Carlos O. Antognazzi. Ediciones Tauro. Santo Tomé (Provincia de Santa Fe. Argentina); SELECCIÓN BIOGRÁFICA “UN SIGLO DE LITERATURA SANTAFESINA: Poetas y narradores de la provincia (1900-1995)”, de Eugenio Castelli (Ediciones Culturales Santafesinas - Gobierno de la Provincia de Santa Fe, Argentina); “BREVE DICCIONARIO BIOGRÁFICO DE AUTORES ARGENTINOS - DESDE 1940” - Recopilación: Silvana Castro - Dirección y Crítica Literaria: Pedro Orgambide. Ediciones Atril. Buenos Aires (Argentina); “LA CREACIÓN LITERARIA EN SANTA FE – LA NARRATIVA”. Edic. GACETA LITERARIA – Año XIX – Nº 108 – Diciembre 2000. Santa Fe, Argentina; y **COLECCIÓN DIARIO “EL LITORAL” (Santa Fe): “Los que hicieron Santa Fe” – Capítulo 34 – La creación Literaria – Prof. Nora Didier de lungman. Santa Fe (Argentina), pág. 417.-****

15 LAMMERTYN, María Ester – “Colmegna: recuerdos de un hito en la cultura santafesina – El librero de Santa Fe” – Diario “El Litoral” (Santa Fe, Argentina) – Edición gráfica y on line – Sección “Nosotros”, 19-03-2011.

16 Nota del Autor: Virginio Colmegna, fundador de Librería y Editorial “Colmegna” S.R.L. (Santa Fe, Argentina). Fecha estimada de su nacimiento en Udine (Italia).

17 LOMELLO, Arturo Pedro (Santa Fe, Argentina / 1930-2015), filósofo, narrador, poeta y periodista. Cultor de lo maravilloso y lo conjetural. Obras: “Vivir es milagro” (Poesías, 1959), “La doble muerte de Jaime Marcel” (Cuento, 1970), “Mi joven y bruja abuela” (Cuento, 1973) y “El presente creativo” (Ensayo, 1975). En 1961, 1962 y 1964

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

obtuvo premios de la ASDE. En 1965 fue staff de la Revista "Apertura" (visión de lo real-maravilloso y el pensamiento romántico siglo XIX y sus actuales). Creó el programa "Cuentos de la otra realidad" (LT 10-Radio UNL - Santa Fe, Argentina, 1966). Integró el volumen "13-19" (Antología de Narradores Santafesinos y Entrerrianos, 1967) y en 1970 "Provincia Poética" (Ed. Provincia de Santa Fe). Premio Provincial "Alcides Greca" de narrativa 1971 (cuento "La doble muerte de Jaime Marcel", ob. cit.); y, en 1990 cristaliza su última obra publicada: "La casa y el sueño" (Poesías).-

Dicho escritor, en su libro "El presente creativo" (1975), afirmaba: "... **al crear se quiebran los mecanismos de la sucesión, aquello que Chestov denominaba la "ley de causalidad". No hay determinismo, dado que no puede haber determinismo de lo infinito, de lo incondicionado. La libertad no es una meta a la que se llega sino que se encuentra más allá del tiempo y del espacio. De ahí que la cuestión fundamental a que me refiero se resuelve por la acción de la creatividad...**". En tanto que, al acuñar el concepto de "**Realismo Fantástico**" (Revista "Apertura" (Nº 01 - Santa Fe, Argentina, 1965), acotamos, y desde una expresión de vanguardia y aparentemente bipolar, aunque integradora y contrapuesta por ende al divisorio de aguas acerca de lo fantástico y la ciencia ficción, y que en este Prólogo llamáramos: "ficción conjetural global", advertiría, con gran lucidez, que: "**El Realismo Fantástico es una revolución fundamental porque, por primera vez en la historia, el hombre adquiere conciencia de que por el poder de su voluntad puede modificar sus condicionamientos y hasta llegar a suprimirlos. (...) De allí que las antiguas concepciones racionales y filosóficas hayan caducado totalmente y que, de pronto, aquello que parecía fabuloso se torna un hecho de concreción casi inmediata. El concepto de realismo como sujeción pura y exclusiva a los datos que obtenemos directamente de la observación del hombre y el mundo no puede continuar en vigencia en una sociedad que ha descubierto ya que lo invisible tiene, por lo menos, tanta importancia como lo visible en la existencia humana...**".

18 Nota del Autor: La versión original de "**LOS ÚLTIMOS DÍAS**" (1977) fue considerada, de algún modo, pionera en el género de ficción anticipatoria, al menos en la región centro-norte de la Provincia de Santa Fe. En tal sentido, el profesor y licenciado en letras **OSVALDO RAÚL VALLI** (N. Santa Fe, Argentina, 1943 – Especialista en Literatura Iberoamericana FL-UCSF y autor de numerosos trabajos sobre su especialidad, vgr.: "La recuperación de lo americano en la novela de Alejo Carpentier"; "Leopoldo Marechal: una búsqueda de la luz" y "1926: un año clave para la literatura argentina"), en su Libro "**Literatura: creación situada**" (Ediciones Sudamérica Santa Fe – Biblioteca Fundamental Santafesina, Mayo 1992) (Cita 14), al referirse a "la idea de realidad que sustenta (la) modernidad en la que estamos insertos", en su artículo "**Las variaciones de escritura en el cuento santafesino**" (Nov. 1985, págs. 34/35), expresa: "**En este mundo atomizado, con sus valores y caídas, sus quiebras y consolidaciones, hace rato que no rige la rotunda seguridad también representada por el realismo tradicional. La observación o el verosímil de la presencia ya no les significa nada. El desafío que al parecer (los nuevos autores) han aceptado, y con innegable talento, es el de desentrañar desde las profundidades del lenguaje, los símbolos connotadores tanto de la propia alquimia interior como del universo en que participan. (Así) La búsqueda de la otra dimensión en Escudero, la corporización de lo mágico en Pagés, la realidad paralela en Antognazzi, el encuentro con el territorio posible de Morán, son pruebas palpables, concretas de la dimensión escrituraria del "nuevo" cuento santafesino. En ella (...), las historias de César Actis Brú (recogen) los motivos fundamentales de la condición humana...**". Por su parte, y en la región centro-norte de la citada Provincia, la escritora rosarina Angélica Gorodischer fue quien alentó con gran éxito y desde aquella innovadora década de los '70, la producción literaria ficcionada conjeturalmente.

19 DIDIER DE IUNGMAN, Nora (Santa Fe, Argentina). Poeta, investigadora y ensayista. Referencias sobre su obra se hallan, entre otros, en: Relecturas, reescrituras. Articulaciones discursivas (Facultad de FyL-UBA, 1999); Poesía Argentina de Fin de Siglo (Tomo VI. Vinciguerra. Bs. As., 1999); Un siglo de literatura santafesina (Castelli, Eugenio, Rosario, 1998); International Biographical Centre. Diccionario (Cambridge, England, 2000); Quién es ella en Santa Fe (Bertero, Gloria, Bs. As. Tomo I, 1995; Tomo II, 2001); Breve diccionario biográfico de autores argentinos desde 1940 (Orgambide, Pedro. Bs. As, 1999); Of Professional and business women international, Seventh Edition (EEUU, 1999); Antología de Poetas (Gente de Letras. Bs. As., 1998); Cincuentenario de Adán Buenosaires (Fundación Leopoldo Marechal. Bs. As., 2000); "Il canto sotto la bruma" (Antología della poesía iberoamericana del secondo '900) por el "Archivio della poesia del '900 (Italia, 2001); Poesía Argentina Contemporánea (Rosario, 1986). Preside la C.D. de la ASDE y dirige su Revista Literaria. Integra la C.D. de la Asociación de Poetas Argentinos (APOA, Buenos Aires) y es miembro de la Asociación Internacional de Mujeres Periodistas (AIMP - Canadá). Fue Secretaria de Redacción de la ex "Gaceta Literaria de Santa Fe" (Argentina). Algunos de sus libros publicados: Poemas (1988), Mínimo designio de memoria (1992), Repetición de los naufragos (1993), En un tiempo de granero y espiga. "In un tempo di granario e di spiga" (Edición bilingüe, 1999), La Poesía en la Historia (2001) y "Poemas en lila" (2004).-

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

20 FRANK RODRÍGUEZ, Eduardo (La Habana, Cuba, 1944. Radicado en Canadá). Escritor y ensayista, aficionado a la astronomía. Como narrador cultiva la temática de la ciencia ficción. Traductor en Lengua Inglesa, Italiana y Francesa. Desde la década de los años 70 colaboró en antologías y revistas de Argentina, Austria (alemán y español), Cuba, España (vgr.: revista madrileña Lhork), Italia y México. Para Ed. Lhork, tradujo al español el libro de Novalyne Price *The One Who Walked Alone* (vida del escritor estadounidense Robert E. Howard). En Canadá colaboró en los periódicos *Eco Latino* (Ottawa) y *El Mensajero* (Gatineau, Québec). Publicó en *Authors. The Blue Book* (Hamilton, Ontario, 1995), en la antología de *Tesseract Books* (Edmonton, Alberta, 1988), y en la revistas *El Faro de Campeche* y *Akalán*, de la Universidad del Carmen, Campeche, México (colecciones *La Isla del Tesoro* e *Isla de Letras*). En 1986 obtuvo el Premio David de Ciencia Ficción-UNEAC (Libro *Más allá del sol*, cuentos). En 2004 la Editorial Vinciguerra (Buenos Aires, Argentina) publicó su libro de cuentos, *Mundos Azules*. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) hasta junio de 1993; y de la Alianza de Escritores de Terranova y Labrador (Newfoundland, Canadá). Miembro actual de la Federación de Escritores de New Brunswick (FENB-Moncton, New Brunswick-Canadá) y de Naciones Unidas de las Letras (UNILETRAS-Bogotá, Colombia).-

ooOOoo

BREVE RESEÑA CURRICULAR (Febrero 2018)

*“Ya que estamos juntos; conozcámonos” -
Enrique Butti (N. Santa Fe, Argentina - 1949)*

“El que quiera ser el primero, que se haga el servidor de Todos” (Mc 9, 30-37)

ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO. Nacido en Santa Fe, Argentina, el 12 de enero de 1951. **E-mail:** adrianes@hotmail.com. Casado, cuatro hijos y seis nietos (por ahora, y a la espera de los que vendrán, a Dios gracias). Como **Dr. Contador Público Nacional (1975) y Magíster en Dirección de Empresas (CT – 1998)**, se desempeñó en la gestión privada y pública. Ejerció la **docencia y cargos académicos universitarios** en el Área de Administración de Organizaciones y Área de Gestión Educativa (FCE-UNL, 1972/1980 y FCE-UCSF, 1980-2000).

Como **Escritor** cultiva la narrativa, el ensayo, la crónica articulista. Prologuista de libros, conferencista, jurado y crítico literario. En **Narrativa** se expresa en los géneros: *realismo mágico, maravilloso, fantástico, terror, y ficción conjetural-científica y ficción conjetural-metafísica*: Autor de **4 Libros de cuentos editados**: *Los Últimos Días* (Ed. Colmegna SRL, Santa Fe, 1977), *Breve Sinfonía* (Ed. Colmegna SA, Santa Fe, 1990) y *Doctor de Mundos I (El Sillón de los Sueños)* (Ed. Vinciguerra, SRL, C.A.B.A., 2000); y *El Emperador ha muerto* (Ed. Dunken SRL, C.A.B.A., 2018); **5 Breviarios Literarios editados**: *Breviario Literario - Septeto* (Colección Mesa de Cuentistas – Ed. ASDE, 1996); *Apocalipsis bang - Las siete Parábolas de la In-Creación* (Ed. Vinciguerra SRL, Bs. As., 1999); *Los Últimos días - Tetralogía* (Ed. Mundo Cultural Hispano, España, 2005); *El Emperador ha muerto - Tríptico* (Colección La Abadía, Vol. 10. Ed. Ciudad Gótica - Rosario, 2006); y *Teofanías y otros relatos* (Colección 30º Aniversario SADE-Filial Santa Fe, 2006); **9 Libros de cuentos/novelas inéditos**: *Desde el Umbral...* (2008); *Nostalgias del Futuro (Antología I)* (2009); *El Reino de los Sueños I* (2009); *Nostalgias del Futuro (Antología II)* (2011); *Piedras (una Fábula Mitológica)* (2015); *Doctor de Mundos II (Visiones Extrañas)* (2016); *Doctor de Mundos III (Mystagogia Narrativa o el Legado de Juan)* (2016); *Apocalipsis Bang* (2017); y *Mixturas Cotidianas* (2017); y **6 libros de cuentos en desarrollo**: *Los Espaciales*; *Perdido en el Templo*; *Punciones Mentales*; *El Reino de los Sueños II*, *Atila y Otros Cuentos de Abecedario*; y *Mundos Paralelos*. Como **Ensayista, Articulista y Prologuista**, ha elaborado más de **60 artículos** (éditos e inéditos).

Premiado en más de **60 Certámenes Literarios** (locales, regionales, nacionales e internacionales). Su **obra y biografía** forma parte en más de **40 Antologías** (locales, regionales, nacionales e internacionales) (Argentina, Bosnia, Colombia, España, USA, etc.). Usuario-colaborador en más de **40 Magazines virtuales** locales (Ceres, María Juana, Laguna Paiva, Rafaela, Santo Tomé, Santa Fe), nacionales (Bahía Blanca, Buenos Aires, Córdoba, La Pampa, Mar del Plata, Mendoza, San Luis, etc.) e internacionales (Canadá, Colombia, USA, Uruguay, México, Venezuela, Italia, Marruecos, España y Bosnia) y **21 Suplementos Culturales** locales (Santa Fe), regionales (Ceres, Coronda, María Juana, Rafaela, Rosario), nacionales (Córdoba, Corrientes, Buenos Aires) e internacionales (México), en los **Diarios** “Época” y “El Litoral” (Corrientes); “La Opinión” (Rafaela - Provincia de Santa Fe-Argentina), y “El Litoral”, “La Provincia” y “Diario Uno” (Santa Fe-Argentina); así como en las **Revistas Literarias Gráficas**: TIERRAS PLANAS de Ceres (Provincia de Santa Fe-Argentina); “CLARABOYA” de Coronda (Provincia de Santa Fe-Argentina); “LA SABIA LUCIÉRNAGA” - Área de Cultura, Comuna de María Juana (Provincia de Santa Fe-Argentina), BANCO CLUB, ROTARY CLUB SANTA FE, PLEAMAR, LA GACETA LITERARIA DE SANTA FE, VOCES y TRAZAS (UNIVERSIDAD CATOLICA DE SANTA FE); y SUELO SANTAFESINO (Subsecretaría de Cultura de la Provincia), Santa Fe (Argentina); MILENIUM y NUEVOMUNDO (Ia. y IIa. Etapa), Buenos Aires (Argentina); ACALAN - UNIVERSIDAD DEL CARMEN, Estado de Campeche (México); DECIRES de Cosquín (Provincia de Córdoba-Argentina); TERCER MILENIO EN LA CULTURA de Rosario (Provincia de Santa Fe--Argentina); y DIOGEN PROKULTURA (Bosnia).

La labor de **Jurado de eventos literarios y presentador de libros** la desarrolla en la región noreste del país. Asimismo, condujo durante 8 años (1979-1987) junto al escritor santafesino, Edgardo A. Pesante (1932-1988) el **Programa “Acontecer Literario”** (Radio Nacional Santa Fe-Argentina). Actualmente ejerce, y desde el 2014, como Secretario ad-hoc del **Grupo de Flamenco “ANDALUCÍA A COMPÁS”** (Santa Fe, Argentina), que integra el periodista, escritor y recitador Antonio Camacho Gómez, con la dirección de la bailaora prof. ballet clásico y flamenco, María Eugenia Irigoyen. Su **perfil biográfico** se destaca, entre otros, en la **Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe** - Tomo I. Edic. Sudamérica (Santa Fe-Rep. Argentina, 1992), así como en el **Breve Diccionario de Autores Argentinos**. Edic. Atril - Buenos Aires-Rep. Argentina, 1999); y en las **Selecciones Biográficas Narradores Santafesinos**. Edic. Tauro (Santa Fe-Rep. Argentina, 1994) y **Un siglo de Literatura Santafesina**. Edic. Culturales Santafesinas (Rosario, Rep. Argentina, 1999); también, en “**Los que hicieron Santa Fe**”, cap. 34 – La Creación Literaria. Edic. Diario "El Litoral" (Santa Fe-Rep. Argentina, 2005).

ENTIDADES Y FOROS CULTURALES: a) **LOCALES:** Miembro de la **ASOCIACIÓN SANTAFESINA DE ESCRITORES-A.S.D.E.** (Integró su CD - Período 1978-1996); de la **SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES-SADE Filial Santa Fe**; del **INSTITUTO ARGENTINO DE CULTURA HISPANA - I.A.C.H.-Filial Santa Fe**; de la **ASOCIACIÓN CULTURAL EL PUENTE- Santa Fe**; de la **ASOCIACIÓN SANTAFESINA DE LECTURA -A.S.L.**; del **SERVICIO DE EDUCACIÓN PARA EL ARTE-SEPA Filial Santa Fe**; de la **ASOCIACIÓN DE ESCRITORES SANTAFESINOS INDEPENDIENTES-A.D.E.I.S.** (colaborador ad hoc); **REGISTRO CULTURAL DE RAFAELA** (Municipalidad de Rafaela-Provincia de Santa Fe); **FORO PUENTE DE PALABRAS-MERCOSUR** (Rosario) y del **GRUPO DE ESCRITORES, POETAS Y ARTISTAS NACIONALES (G.E.P.A.N)** -

Los últimos días y otros cuentos - Adrián N. Escudero

Rosario; **b) NACIONALES:** Integrante, entre otros, de los Foros Literarios: **ESCRITORES.ORG;** **PARNASSUS-PATRIA DE ARTISTAS;** **LAZOS DE ARTE Y AMISTAD y MAPUCHE** (Buenos Aires); **NARRADORES Y POETAS DEL MERCOSUR-GUALEGUYCHÚ** (Entre Ríos); **LETRAS EN EL ANDÉN** (La Pampa); y, **c) INTERNACIONALES:** Integrante de Foros Literarios, como: **MUNDO CULTURAL HISPANO** (Alicante, España); **PARNASSUS** (C.A.B.A. - Argentina); **DIOGEN PRO KULTURA** (Sarajevo - Bugojno, Bosna i Hercegovina y North Berkeley, USA); **CAFÉ DE ESCRITORES** (Madrid, España); **CLUB LITERARIO CERCA DE TI** (Madrid, España); **RED MUNDIAL DE ESCRITORES EN ESPAÑOL -R.E.M.E.S.** (Madrid, España); **UNIÓN HISPANOMUNDIAL DE ESCRITORES-U.H.E.** (Perú); **NACIONES UNIDAS DE LAS LETRAS (UNILETRAS-SEMILLAS DE JUVENTUD- SJ Siglo XXI** (Chía/Bogotá, Colombia): Miembro de Honor (2012) y ex Vicepresidente Internacional Adjunto y Consejero Asesor de Presidencia (2015-2016), y Presidente Colegiado y Embajador de Buena Voluntad (D. 2017); **ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE TROVADORES** (Texas/USA – Alicante/España): ex Vicepresidente (Argentina) (2015-2017); **Revista Virtual LUNASOL (USA/España):** ex integrante Staff Directivo Editorial (2017); **CIRCULO INTERNACIONAL DE NARRADORES Y POETAS DEL MER.CO.SUR-C.I.N.Y.P.** (Rosario, Argentina): Miembro Fundador - Embajador de la Paz y Defensor del Medio Ambiente WWPO-Rosario (D. 2016); **Magazin Virtual ARISTOS INTERNACIONAL - Revista Literaria en Lengua Hispana y Portuguesa** (Alicante, España): usuario-colaborador d. 2017 y miembro Comité Editorial (D. 2018); y Miembro de Honor **ASO.LA.PO. (Asociación Latinoamericana de Poetas, Escritores y Artistas)-Filial ARGENTINA** (Buenos Aires, Argentina) (D. 2017).-

ooOOoo

PD: El currículum vitae y literario completo de este Autor puede consultarse en REMES (Red Mundial de Escritores en Español. Madrid, España) y en el link de Autor y Biblioteca virtual de UNILETRAS-SJ SIGLO XXI (Naciones Unidas de las Letras- Semillas de Juventud, Chía/Bogotá, Colombia).-
